

SEBASTIAN DE BELALCAZAR.

(CONQUISTADOR DE QUITO Y FUNDADOR DE POPAYÁN).

I

La pequeña villa de Belalcázar, situada en la raya de las provincias de Córdoba (Andalucía) y Extremadura, contenía al fin del siglo XV tres veces más habitantes que los que encierra al presente. Aquella población se encuentra sobre la margen de un arroyo y dominada por un castillo ó alcázar del mismo nombre, que fué en sus principios fortaleza construída por los Romanos sobre uno de los últimos contrafuertes de la Sierra-Morena. Este castillo, que es uno de los monumentos más hermosos de España, está aún erizado de torreones, atalayas y enormes murallas que sirvieron á los Arabes y á los Españoles para defenderse en sus guerras; cíñelo el arroyo que abastece la villa y hermosea los campos, y en un tiempo llenó los fosos y excavaciones en contorno de la fortaleza. En Belalcázar se goza de un clima benigno y sano, y, con el andar del tiempo, sus habitantes han abandonado las cercanías del castillo para derramarse por la parte llana, en donde los terrenos son menos quebrados, pues yá no necesitan, como en la Edad Media, la protección de sus señores feudales para defenderse de los asaltos de los enemigos.

Hacia fines del siglo XV vivía en los alrededores de Belalcázar un aldeano de apellido Moyano, el cual, aunque de pocos recursos, se preciaba de ser de linaje

llano, pero limpio de toda mezcla de moro ó judío. Moyano era casado y padre de un hijo ya mozo útil en la casa de sus padres, cuando su mujer dió á luz un par de niños gemelos, uno de los cuales las comadres declararon que sería hombre importante y afortunado, según las señales que notaron en él al nacer. Este niño, que bautizaron con el nombre de Sebastián, creció hermoso y robusto, ayudando desde chico á sus padres y hermanos en las faenas campestres que les ocupaban. Pero habiendo quedado huérfano y en poder de su hermano mayor, éste solía tratarle con poca blandura, y le obligaba á trabajar en su labranza reciamente, castigando sus travesuras pueriles y recompensándole tan sólo con lo necesario para vivir, y nada más. El tesoro más preciado de aquella pobre familia era un jumento, el cual no sólo servía como cabalgadura, sino también para cargar el producto de la labranza y llevarlo á los mercados de la villa, así como la leña para el hogar, que Sebastián iba á cortar al vecino monte.

Principiaba el año de 1514 cuando, en una mañana lluviosa y fría, Sebastián salió de su choza y se dirigió hacia una ladera al pié de la Sierra-Morena, en donde debía de cortar una carga de leña. Había cumplido ya el mozo quince años, y era robusto, ágil y bien parecido, pequeño de cuerpo y de ojos no muy grandes, pero llenos de viveza y expresión. Subió alegremente y sin dificultad las sendas resbalosas de la montaña, caballero en el jumento, llegó al lugar en que cortó y reunió la leña, con la cual cargó al asno, y volvióse para su casa. Pero ya para entonces el misero jumento había perdido el brío; la carga era pesada y los caminos estaban más y más enlodados y escabrosos; Sebastián lo apuraba con impaciencia juvenil, hasta que de improviso el pobre animal fué rodando á caer en un hoyo.

La situación no dejaba de ser desagradable; el día empezaba á decaer y la lluvia arreciaba; además, el hambre agujoneaba, sin duda, la impaciencia del mozo. Ni los gritos, imprecaciones ni palos valieron para sacar al asno del atolladero; entonces Sebastián resolvió quitarle la carga y también la albarda, pero en vano, pues el jumento no se movía ni hacía esfuer-

zo alguno para salir del hoyo. Montado en cólera el aturdido mozo, echó mano de un grueso leño, y con éste le descargó tal porraza en el cogote, que le dejó muerto en el sitio. Su intención no había sido hacer semejante daño; mas, espantado con su fechoría y temeroso de que su hermano le castigase de alguna manera ejemplar por haber muerto al ganapán de la familia, dejó tirados en el camino el asno muerto, la leña y la albarda, y se echó á correr como un gamo por el monte, resuelto á no volver á su casa sino cuando hubiesen olvidado su acción. (1)

No obstante el retiro en que vivía Sebastián, no hay duda que habían llegado á sus oídos las noticias de las conquistas del Nuevo Mundo, y llamaríale la atención lo que se decía de las aventuras de los Descubridores. Así fué que, corriendo á escape por las sendas más recónditas de aquellas montañas, recordaría lo que había oído decir de los enganches que se hacían en Sevilla, particularmente para enviar tropas á las expediciones de Indias. Torció entonces su marcha con dirección á la ciudad, centro en aquel tiempo de la civilización española. En el camino no faltaría quien le hablase de la nueva tierra llamada Castilla de Oro, en la que, decían los que la habían visitado, era tál la abundancia del metal aurífero, que no había más que echar redes á los ríos para pescar las pepitas de oro, como si fuesen sardinas; y en cuanto á las perlas, se hallaban tiradas por las playas como guijarros y conchas marinas. Con éstas ó semejantes fábulas se hacían por caminos y aldeas recogidas de expedicionarios para llevar al Nuevo Mundo. ¿Y quién podía resistir á semejantes leyendas, más maravillosas que los cuentos orientales de Senaquerib?

Entusiasmado el mozo labrador con estas historias, y sintiendo hervir en su seno una ambición nueva, no paró hasta hallarse frente al nuevo Gobernador de Castilla de Oro, don Pedro Arias Dávila, que se hallaba en Sevilla reuniendo la tropa que debía acompañarle á Tierra-Firme. Este yá tenía completos los

(1) No es posible pensar que Sebastián contase más de quince años en aquella época, como lo han dicho algunos historiadores, pues un joven de mayor edad tiene más independencia y no se espanta con la cólera de un hermano.

hombres que había de llevar, que eran la flor y nata de la juventud aventurera de Castilla y Andalucía, la cual se había alistado bajo las banderas del Gran Capitán para pasar á Italia á recuperar lo perdido en Ravena; pero como el Rey Fernando había mandado que no se llevase á efecto aquella campaña, los que se habían aprestado para ir á Italia resolvieron servir bajo las órdenes de Pedrarias y cambiar las magnificencias italianas por las miserias del Nuevo Mundo, aunque ellos pensaban lo contrario.

Parece que Pedrarias rechazó en un principio al pobre mozo labrador que le pedía le permitiese embarcarse en su armada, siquiera como grumete, para lo cual era ágil y bien dispuesto. Pero como el muchacho insistiese en su petición, Pedrarias notó que era despierto y alegre y tenía el donaire y la sal andaluza, unidos á la prudencia y la malicia del Extremeño, en cuyas fronteras se había criado. Además, vió que, aunque pequeño de cuerpo, parecía robusto y propio para resistir los trabajos que les aguardaban del otro lado del Océano. Preguntóle su nombre, y el villano, comprendiendo que su hermano podría irle á buscar hasta allí, resolvió ocultar su apellido y llamarse Sebastián de Belalcázar. Apuntó Pedrarias el nombre entre los expedicionarios del Darién, y con éste es conocido en la Historia. (1)

(1) Leamos en los "Comentarios reales del Perú" por el Inca Garcilazo de la Vega: "Sebastián de Belalcázar, de su alcuña se llamaba Moyano; tomó el nombre de la patria por ser más famoso; fueron tres hermanos: dos varones y una hembra, todos gemelos. El hermano se llamó Fabián García Moyano, y la hembra Anastasia: fueron valerosos, á imitación del hermano mayor, particularmente la hermana. Esta relación me dió un religioso de la orden de San Francisco, morador del famoso convento de Santa-María de los Angeles, natural de Belalcázar, que conocía bien toda la parentela de Sebastián de Belalcázar; diómela porque supo que yo tenía propósito de escribir esta historia, y yo holgué de recibirla, por decir el extraño nacimiento de este famoso varón." Este es el único autor que habla de la hermana de Belalcázar, lo cual juzgamos fué error del Inca, y es más verosímil lo que de su parentela hablan otros que conocieron personalmente al Conquistador.

II

Salió la armada de Pedrarias de San Lúcar el 11 de Abril de 1511, llevando á nuestro Sebastián entre los mil quinientos hombres que capitaneaba, y llegó al Darién, según algunos historiadores, el 29 de Junio, día de San Pedro; otros dicen que fué á principios ó á mediados del mes. No es del caso referir aquí lo sucedido entonces en el Istmo: las desgracias y miserias que sufrió aquella engañada gente, los crímenes de Pedrarias, la muerte injusta de Balboa y la triste suerte de los indígenas comarcanos. Belalcázar (así le llamaban todos), que no era sino un niño, subalterno y sirviente de los soldados, no se hizo conocer entonces por cosa alguna notable, y harto logró conservar la vida en medio de la espantosa mortandad que la peste y el hambre hicieron en las tropas de Pedrarias. Entre tanto que tenían lugar aquellas desgracias, Sebastián crecía, se robustecía, cobraba más bríos y alientos, y se formaba moral y físicamente para convertirse después en uno de los más intrépidos y expertos Capitanes del Nuevo Mundo. Sólo sabemos de su vida de entonces que era protegido particularmente por Francisco Pizarro y por su amigo Diego de Almagro, á quienes acompañaba en sus expediciones por el Istmo.

Fundada la ciudad de Panamá (la más antigua de Colombia) en 1518, por orden del Gobernador Pedrarias, con el objeto de escapar á la vigilancia y autoridad de los Padres Gerónimos que le gobernaban desde Santo-Domingo, el tráfico por el Istmo se hizo muy frecuente; pero como aun no hubiese en 1519 un camino trillado á través de las montañas, solían los caminantes perderse en aquellos despoblados y extraviarse, con gran peligro de su vida, entre las escarpadas montañas de esos lugares, habitados sólo por fieras é Indios enemigos.

Yendo una vez el Gobernador Pedrarias con tropa, de Nombre-de-Dios á Panamá, se extravió en un bosque tan espeso, que parecía imposible salir de él y escapar de los peligros que le rodeaban. Re-

fieren (1) que entre la tropa iba el joven Belalcázar, el cual, como era muy ágil y atrevido, se subió á la cumbre del árbol más alto que pudo columbrar, y desde allí descubrió humo y señales evidentes de habitaciones humanas, guiando después al Gobernador hasta el sitio en que tenía su asiento una tribu de indígenas; éstos recibieron muy bien á los Españoles, á quienes dieron alimentos, y les sacaron del bosque poniéndoles en la vía de Panamá. Agradecido el Gobernador del servicio de Belalcázar, y prendado de su viveza, le hizo muchos elogios, y le ofreció una fuerte suma como propina. Pero el mancebo no era codicioso, ni lo fué en su vida, y lo que ambicionaba era obtener reputación y gloria; así, rehusó la recompensa en dinero, pero pidió que le diesen un título mayor que el que tenía en las tropas del Gobernador. Este le nombró Capitán inmediatamente, y, á pesar de sus pocos años, desde entonces se empezó á contar á Belalcázar entre los caudillos mejor dispuestos y más populares de la colonia. "Desde entonces, dice Simón, fué muy querido entre sus subalternos; era apacible en su conversación, modesto, amigo de virtud y de virtuosos, y estimaba mucho la nobleza." Y no paró la protección del Gobernador en el título de Capitán, sino que, cuando hizo los repartimientos definitivos de la ciudad de Panamá, concedió á Belalcázar solar y encomienda fuera de ella. Pizarro y Almagro le tenían en grande estimación; y el segundo, que se había establecido en la ciudad, le hizo padrino (en unión de Pizarro) de un hijo que tuvo, Diego, el mismo que, aunque hijo de una india, fué educado después en el Perú como un príncipe y tuvo un fin desastroso.

Conquistado el Istmo completamente, y fundadas en él varias poblaciones españolas, ya en 1524, Pedrarias quiso hacer otras conquistas en las tierras del Cacique de Nicaragua, para lo cual preparó una tropa, engancho para el caso muchos de los habitantes colonizadores de Panamá. Entre éstos se empeñó en que tomase parte en la expedición Sebastián de Belalcázar, por considerársele como uno de los mejores caudillos de la

(1) Fray Pedro Simón.—III parte manuscrita; y Castellanos—VABONES ILUSTRES.

colonia. Según Pedro Simón y Castellanos, Pizarro y Almagro trataron de disuadir á Belalcázar de que participase en la expedición proyectada por Pedrarias, pues ellos preparaban ya para entonces un viaje de descubrimiento por las costas del mar del Sur, y deseaban que aquél les acompañase. Pero acudieron tarde con sus propuestas, porque ya el Capitán había dado su palabra á Pedrarias, y dijoles que tenía por fuerza que cumplirla. Partió, pues, Belalcázar á la conquista de Nicaragua, y estuvo presente en la fundación de la ciudad de León, de la cual fué nombrado primer Alcalde, é hizo señalados servicios á la Corona en aquella incipiente colonia durante los años que permaneció allí.

Entre tanto Pizarro había puesto por obra su proyecto de salir á descubrir aquellas tierras famosas, regidas por monarcas poderosos, cuya fama había llegado tantos años antes á oídos de Balboa. Parece que la suerte tenía reservada esa gloria al oscuro soldado de Ojeda, porque hasta entonces todos cuantos trataban de salir á aquel descubrimiento habían tenido que abandonarlo. Las imponderables angustias, hambres, temporales, *guazabaras* de Indios salvajes y desgracias sin fin que sufrió Pizarro en las costas de lo que ahora es Colombia y Ecuador, no fueron suficientes para hacerle desmayar en su propósito; por lo que, siguiendo adelante en su viaje, ya socorrido por Almagro con armas, caballos y vituallas, al fin tocó en las costas del Perú, y tuvo allí noticias ciertas de la riqueza y esplendor del Imperio Inca.

Reinaba aún entonces el conquistador y avasallador de todo el territorio desde Chile hasta Colombia: este Inca, ya muy anciano, se llamaba Huayna-Capac, y era temido cuanto adorado por sus vasallos. A las primeras noticias del arribo de los Españoles á las costas peruanas, el Inca se acordó de una tradición que había en aquellos pueblos, la cual profetizaba que el reinado de los Incas sería destruido con la llegada de unos hombres barbados, blancos, rojizos, de naturaleza superior, cuyo aspecto y vestido serían muy parecidos á los que le describieron usaban los extranjeros que se habían presentado en algunos puntos de las costas. Aquella preocupación afligió tanto á Huayna-Capac,

que enfermó y murió en breve, en Diciembre de 1525. El monarca dejó dividido su imperio entre dos hijos, llamados Huáscar y Atahualpa: al primero tocó el reino del Cuzco y al segundo el de Quito. No pasó mucho tiempo antes que de que los dos hermanos se declarasen una guerra cruda y de exterminio; en ella morían Indios á millares, y los enconados soberanos mandaban esparcir los corazones de los soldados enemigos por campos y sementeras, diciendo Atahualpa "que quería ver el fruto que daban corazones fingidos y traidores."

Mientras que esto sucedía, Pizarro, comprendiendo que no podía apoderarse de una tierra tan rica y poderosa, con tan tristes recursos como los que él llevaba, resolvió regresar á Panamá, y de allí pasar á España á pedir auxilios al Rey, y el título de Adelantado y Capitán general de los países que conquistase al Sur del río llamado San Juan (en el Cauca), con independencia absoluta de las gobernaciones de otros conquistadores. Embarcóse en Nombre-de-Dios, y llegó á Sevilla á mediados del año de 1528; después de un año de pretensiones, logró al fin lo que deseaba, y acompañado de sus cuatro hermanos tornó á Panamá en 1529, en donde se ocupó activamente en preparar la armada conquistadora del Perú. De aquella ciudad escribió á Belalcázar, convidándole á que participase en la empresa, abandonando á Nicaragua, que no le ofrecía porvenir halagüeño, y le acompañase á la rica tierra descubierta por él, en donde encontraría aventuras dignas de sus cualidades y osadía. Sonrió al valiente caudillo aquella propuesta, y aceptó gozoso la invitación de Pizarro, pero no pudo emprender viaje inmediatamente, sino en Agosto de 1530. A pesar de lo mucho que había guerreado y expuesto su vida en todas las expediciones emprendidas en el Istmo, desde 1514 hasta 1529, esto es, durante quince años de trabajos, Belalcázar no había logrado hacer sino una fortuna muy mediana. Para enganchar treinta hombres, fletar un navío y embarcar por su cuenta seis caballos, con vituallas, vestidos, alimentos y armas para todos, tuvo necesidad de empeñar todas sus haciendas, y cuando llegó á unirse con Pizarro en Puerto-Viejo, llevaba consigo cuanto poseía. Belalcázar acompañó al

Adelantado en su marcha hasta la villa que fundaron en Piura, llamada de San Miguel, que fué la primera población española en aquellas regiones; y allí permaneció con el grueso del ejército, mientras que Pizarro continuaba por la tierra adentro á encontrarse con Atahualpa, que había sentado sus reales en el valle de Cajamarca. Aquella empresa era por cierto la acción más temeraria de que se tiene noticia en el mundo. Para hacer frente á un déspota que tenía bajo su dominio á diez millones de súbditos, según se decía, y estaba en aquel momento rodeado de un ejército de treinta mil hombres, el Jefe español avanzaba á la cabeza de ciento sesenta y un soldados, por tierra extraña y por sendas escabrosas y casi intransitables!

El 15 de Noviembre de 1532 Pizarro llegó, al fin, al valle y ciudad de Cajamarca, cerca de la cual estaba acampado Atahualpa bajo toldas de campaña, y con una disposición tan ordenada, que dió á entender á los Españoles que el Inca gozaba de un grado de civilización tal como hasta entonces no se había visto en las Indias. La situación de Pizarro era delicadísima, y con los indicios que tuvo de que Atahualpa pensaba apoderarse de los invasores, comprendió que su vida y la de los suyos estaban en un riesgo inminente. Sin duda el Inca aguardaba la primera oportunidad para atacarle, á pesar de las palabras amistosas con que había recibido á los mensajeros del Español; pero, más avisado y activo que el Indio, Pizarro logró tomarle la delantera, y con una audacia que parece fabulosa, se apoderó del Inca en medio del ejército y se hizo dueño de toda la tierra. Desgraciadamente oscureció su gloria mandando matar al Inca, sin ninguna necesidad política, é hizo coronar Inca á un hermano de Atahualpa en su lugar y en el de Huáscar, el cual había sido vencido antes por el soberano quiteño. Dícese que hasta hoy día los indígenas del Ecuador visten luto por Atahualpa y le lloran todavía, cantando y tocando tristes tonadas en recuerdo suyo. (1)

(1) La raza indígena de Quito es, sin embargo, triste por naturaleza, y según el historiador del Ecuador, don Pedro Fermín Cevallos, "el Indio, abatido por el despotismo, cuya acción aun alcanzaba á inducir á reglas, diremos así, la vida doméstica (en tiempo de sus Incas), y embargar hasta

III

Mientras que los conquistadores del Perú recorrían la tierra y hacían suyos los tesoros de los templos y de los Incas; Sebastián de Belalcázar había permanecido tranquilamente en San Miguel de Piura, ocupado en gobernar la nueva colonia española. Pero aquella inactividad no era propia del carácter vivo y emprendedor de nuestro caudillo, y estaba impaciente por salir él también por esos mundos á ganar fama y riquezas. Aun no estaba todo el Imperio de Atahualpa bajo el dominio español. Como en la ciudad de Quito se había hecho coronar rey un antiguo General de los Incas, llamado Rumisahui, después de haber asesinado á toda la familia de Atahualpa, Belalcázar resolvió tomar por su cuenta la conquista del Reino de Quito, á la cabeza de ciento cincuenta soldados aventureros que tenía bajo su mando en San Miguel de Piura, y, acompañado por un ejército de indígenas enemigos de Rumisahui, emprendió marcha al promediar el mes de Octubre de 1533.

Mientras que Pizarro entraba como vencedor en el Cuzco, Belalcázar se dirigía hacia Quito. Después de un viaje difícil, á través de tierras por extremo frías é intransitables para los caballos, llegó al Cañar, á cuarenta leguas de Quito, en donde hizo una parada, mientras que su Teniente, Juan de Ampudia, perseguía á los indígenas y hacía quemar vivo al infeliz Cacique del lugar, por no haber querido confesar en dónde tenía ocultos sus tesoros. Entre tanto crecía el ejército de Belalcázar con los auxilios que le llevaban los indígenas de todas aquellas comarcas enemigas de Rumisahui. Este antiguo General procuró defender la entrada á sus dominios, impidiendo la marcha de los caballos de los Españoles: en todos los caminos del Cañar á Quito había mandado abrir hoyos disimulados y clavar estacas ocultas para que los caballos cayesen en aquellas trampas.

el alma con los efectos producidos por la chicha, su bebida celestial, vivía habitualmente por demás triste casi con la enfermedad de la melancolía. Cantos y bailes eran tristes, tristes sus miradas y hasta sus sonrisas; y sentado ó de pie, fuera de los ratos de trabajo y de las ceremonias de una fiesta, más bien que hombres parecían estatuas por su inmovilidad y taciturnidad."

Paro en vano luchaba el indígena contra los traidores de su misma raza, que servían de espías á Belalcázar. (1) Éstos no solamente tenían á los Españoles al corriente de cuanto hacía Rumiñahui, sino que les daban noticia de lo que decía y casi hasta de lo que pensaba el General indígena. Al fin se rompieron decididamente las hostilidades, y en la primera batalla murieron seiscientos indígenas enemigos, tres Españoles y cuatro caballos; retiróse entonces Rumiñahui, y presentó otra más adelante, en la cual combatieron once mil hombres de su parte y ciento treinta Españoles y un ejército de Indios Cafiáres, al mando de Belalcázar. Después de un combate largo y reñidísimo, volvió el español á quedar victorioso, pero á costa de la vida de siete europeos, bastantes caballos y casi todos los indígenas auxiliares. Triunfaba el caudillo español, pero su triunfo podía convertirse en su pérdida si le volvía á atacar inmediatamente el enemigo, acampado no lejos del real de Belalcázar. Vacilaba éste sobre si debería seguir adelante ó devolverse á San Miguel, cuando aquella misma noche el volcán Cotopaxi hizo tremenda erupción, con ruidos subterráneos aterradores. Los indígenas creían que cada erupción y terremoto indicaban que sus dioses desaprobaban su conducta (2), por lo que los soldados de Rumiñahui, espantados, le abandonaron en el acto, pensando que la Naturaleza desaprobaba el que se opusiesen á la entrada de los extranjeros en su patria. A la mañana siguiente, Belalcázar se encontró sin el enemigo al frente, y así pudo apoderarse pacíficamente del campamento de Rumiñahui. Desde allí envió mensajeros á los moradores de toda la provincia, proclamando que él no hacía la guerra á los habitantes indígenas, sino simplemente al usurpador del trono de Atahualpa. Aquellas palabras de paz y buena voluntad, unidas á los temores supersticiosos, trajeron al campamento de Belalcá-

(1) El cacique Chaparra obsequió á Belalcázar con un plano ó mapa de las provincias de Quito para que le sirviese de derrotero en la campaña.—HISTORIA ECLESIASTICA DEL ECUADOR, por González Suárez.

(2) También hay la tradición en el Ecuador de una erupción del Cotopaxi, en las vísperas del día en que fué aprisionado Atahualpa.—Cevallos—HISTORIA DEL ECUADOR.

zar á miles de indígenas comarcanos, quienes le llevaron víveres, obsequios de oro y plata y ofrecimientos de adhesión y amistad.

Entre tanto el General indígena se había encerrado en la ciudad de Quito, con la intención de morir peleando antes que someterse. En su marcha había destruído é incendiado todas las poblaciones y sementeras vecinas, y á su llegada á la capital mandó pasar á cuchillo á todas las mujeres de su serrallo, que eran numerosísimas; puso fuego á los templos y monumentos, ocultó los tesoros de Atahualpa (los cuales jamás se han encontrado), y destruyó cuanto encontró y pudo haber á las manos. Pero aquella furia insana, en lugar de producirle amigos, le enajenó los que le habían quedado, y viéndose abandonado por todos los suyos tuvo que salir de Quito y huir á un monte escarpado, en donde acabó su existencia, dejándole su nombre, el cual lleva hasta el día de hoy.

Belalcázar continuó su marcha pisando las huellas de Rumifihui y entró en Quito por la Pascua de Navidad de 1533. Pero encontró, no una ciudad rica y populosa, sino un montón de escombros y cenizas. No solamente ya no había habitaciones en donde alojarse, sino que á muchas leguas á la redonda no habían quedado sementeras, de manera que se carecía completamente de vituallas. Fué preciso contramarchar y volverse á Riobamba para no morir de hambre. (1)

En Riobamba el General español se ocupó activamente en organizar la provincia conquistada y dictar ordenanzas de policía y algunas otras reglas, para poderla gobernar. Una vez establecida la colonia, Belalcázar empezaba á descansar de sus fatigas bélicas, cuando en Marzo de 1534 le llegó la noticia de que avanzaban hacia Quito dos expediciones españolas: una que venía del Sur, al mando de Diego de Almagro, y otra por el Norte, bajo las órdenes de Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala. Este Capitán, compañero de Hernán Cortés y dueño de una provincia, la había

(1) Herrera refiere (y es el único que lo hace) que, al pasar Belalcázar por el pueblo de Quínche, como hubiesen huído los varones, mandó matar á las mujeres y los niños para escarmentarles. Otros dicen que el criminal fué Ampudia.

abandonado para ir á buscar aventuras en las ricas tierras del Perú, á la cabeza de dos mil Indios de Centro-América y quinientos Españoles, alegando que los terrenos que pisaba yá no pertenecían á la jurisdicción de Pizarro, y que aquél podía conquistar el reino de Quito por su cuenta. Pero cuando Alvarado llegó á Riobamba, yá encontró en esta ciudad no solamente á Belalcázar, sino también á Almagro, que había ido á pedir cuentas al Conquistador, de la expedición de Quito. Sebastián había recibido á Almagro con algún desabrimiento, pero le entregó el mando como á su superior, y juntos resolvieron unir sus fuerzas para resistir la invasión de Alvarado, si éste seguía en su pretensión de apoderarse del país conquistado por otros.

Mas Alvarado había hecho una jornada desastrosa desde la costa del Pacífico, en donde había desembarcado; así, cuando tuvo noticia de que aquella tierra que él pretendía conquistar estaba yá ocupada por las fuerzas de Almagro, resolvió abandonar la empresa y contentarse con hacerse pagar un buen precio por sus navíos y armamentos, y dejando en Quito la gente que quisiese quedarse con los conquistadores del Perú, apartarse de aquel país y volverse á Guatemala. "Así Alvarado - dice Quintana - que había salido de Guatemala con el estruendo y arrogancia de un gran Conquistador, volvió cargado de cajones de oro y de plata, á manera de mercader."

Almagro permaneció en el reino de Quito hasta haber visto fundar, el 8 de Diciembre de 1534 (1), una población española en la capital de los Incas, llamada San Francisco de Quito. Bien que Belalcázar fué el conquistador de aquella ciudad, su nombre no figura, sino el de Almagro, como el del fundador de Quito, en los archivos del Cabildo. Pero aun después de aquella época los indígenas hicieron alguna resistencia, y libraron varias refriegas sangrientas antes de que Belalcázar lograra someter todo el país bajo el dominio español. Una vez pacificado el reino de Quito, "Belalcázar, dice Ceballos, yá sólo pensó en perfeccionar y

(1). Cevallos, HISTORIA DEL ECUADOR.—Tomo 1.º—González Suárez dice que la fundación se hizo el 28 de Agosto.
¿A quién debemos creer?

consolidar la obra que debía á los esfuerzos de su audacia y talento. El gobierno civil, el religioso, el militar, el municipal, todo fué atendido, y todo comenzó á progresar, si bien con lentitud, con mucha regularidad. Ni se desentendió tampoco de la agricultura, ni del comercio, &c. Pero si había tino para el gobierno del pueblo conquistado, faltaba en Belalcázar piedad para los vencidos, y sus Tenientes andaban deslustrando cuanto bueno tenían las disposiciones del Capitán.”

No se comprende realmente cómo aquel hijo de aldeano, que no había tenido tiempo de educarse después en los campamentos, las expediciones riesgosas y *guasabaras* de los indios, pudiese ser tan instruido y conocer las leyes españolas, de manera de poderlas plantear en su gobernación con arreglo á lo que se acostumbraba en España. Pero á Belalcázar importaba mucho ocupar lo más posible á los soldados que tenía á sus órdenes; eran éstos aventureros que no comprendían la inactividad, y era preciso no permitirles descanso, si se quería tener paz y evitar desórdenes. Así envió al Teniente Juan de Ampudia á reconocer las provincias del Norte, y á otro Oficial, Juan de Puelles, á reconocer el país por otro lado, mientras que él bajaba á la costa y fundaba sobre el hermoso río Guayas la ciudad de Guayaquil, el 23 de Julio de 1535. En aquellas expediciones Belalcázar llevaba consigo muchos indigenas de las tierras altas, los cuales, no pudiendo soportar el clima caliente de las costas, morían como moscas, y perecían también en los combates que era preciso librar á los feroces habitantes de las orillas del mar. Se ha notado en América que los habitantes de las tierras cálidas siempre se han manifestado mucho más valientes y feroces que los del interior ó de las tierras altas, los cuales eran de índole suave y de débil temperamento, flojos para soportar el dolor y amantes de la paz y el sosiego.

IV

Mientras que el Conquistador de Quito se ocupaba en colonizar lo que hoy día es el Ecuador, el Imperio Peruano se hallaba despedazado por los bandos de Pizarro y Almagro; y el Inca Manco-Capac, — á quien los Conquistadores habían dejado el nombre y los honores de soberano, mas no el poder, — había aprovechado las disensiones de los Españoles para tramar una conspiración, la cual hizo levantar en armas numerosos ejércitos indígenas que pusieron en apuros á los hermanos de Pizarro que estaban en el Cuzco. Pero ni aquellos peligros hicieron que se uniesen los Castellanos rivales; al contrario, una vez sufocada la insurrección indígena, pizarristas y almagristas se fueron á las manos, dando un ejemplo pernicioso á la Colonia y dejando en ella la semilla de futuras rebeliones. Belalcázar había tenido hasta entonces la fortuna de permanecer alejado de aquellas disputas, y su nombre no se encuentra mezclado en ninguno de los dos bandos que encabezaban sus antiguos amigos y protectores.

Una vez enteramente sometido todo el antiguo reino de Quito, y fundados en él los primeros núcleos de civilización, nuestro conquistador envió á su Teniente Juan de Ampudia y á otro Oficial de su confianza, Pedro de Añasco, á descubrir los territorios que demoraban al Norte, poblados por tribus de feroces indígenas, hoy día la provincia de Pasto ó los Pastos. Ampudia recorrió todos aquellos países, continuando su marcha hasta un punto en que le atajó el río Cauca. Después de fundar una villa que llamó de Ampudia, envió una partida á Quito (que llegó á principios de 1536) á dar cuenta á su General de lo que había descubierto.

Sin duda fué entonces cuando llegó á oídos de Belalcázar, por primera vez, la noticia del *Dorado*. Dice Piedrahita que le presentaron al Gobernador de Quito en aquella ocasión un Indio que se decía embajador del Rey de Cundinamarca ante el Inca del mismo Quite, el cual, habiendo perdido una gran batalla que tuvo con los Chizcas (*Chibchas*) sus confinantes, pedía socorro al soberano quiteño. Aquel prisionero dió

muchas noticias acerca de las riquezas que poseía su amo, y refería cómo se cubría éste el cuerpo con oro en polvo para ofrendarlo á su divinidad, de donde vino el nombre del *Dorado*, que tanto ruido hizo entre los Conquistadores. (1)

Aquellas halagüeñas noticias, junto con lo que le mandaba á decir Ampudia de la abundancia y riqueza del país que había recorrido, animaron á Belalcázar á ponerse personalmente en marcha para ir á dar alcance á la descubierta. Pero este conquistador, aunque hijo de aldeano, tenía todos los instintos de los príncipes, así como éstos á las veces carecen de ellos, aunque hayan nacido sobre las gradas de los tronos; por lo que mandó preparar la expedición con gran boato y sumo lujo. Ricas tiendas de campaña, bajillas de oro y plata, vestidos de preciosas telas, armas relucientes de joyas, é innumerables indígenas llevando toda especie de viandas y manadas de cerdos, iban en pos del ejército, formando un equipaje que más parecía el de un sátrapa asiático en una correría militar, que el de un descubridor del Nuevo Mundo que viajaba por tierras incultas entre salvajes antropófagos.

Mas no se crea que, por ser como de sátrapas el aspecto de los expedicionarios, su valor y osadía fuesen inferiores á los de los héroes fabulosos de la antigüedad. En el valle de Patía les salieron á atajar tres ó cuatro mil indígenas, que los doscientos Españoles de Belalcázar espantaron y derrotaron fácilmente, y continuando su marcha se encaminaron al territorio del Cacique de

(1) Castellanos no dice que aquel Indio fuese prisionero, sino residente en Quito, pero oriundo de Cundinamarca.

“Allí venido, no sé por qué vía,
El cual habló con él, y certifica
Ser tierra de esmeraldas y oro rica,
Y entre las cosas que los encamina
Dijo de cierto rey que, sin vestido,
En balsas iba por una piscina
A hacer oblación, según él vido,
Ungido todo bien de trementina
Y encima cantidad de oro molido,
Desde los bajos piés hasta la frente,
Como rayo de sol resplandeciente.”

Castellanos. — VARONES ILUSTRES.

Popayán. La belleza de las campiñas, que parecían extensos huertos y jardines, salpicados de estancias pintorescas, rodeadas de ricas sementeras y árboles frutales, y lo apacible del clima (18 gr. cent.), cautivaron tanto al General, que resolvió no pasar adelante sin fundar en aquel país una villa, en Diciembre de 1536. (1) Más lejos mandó fundar otra villa, en clima más templado (22 gr. cent.), en un sitio que los naturales llamaban Likí, y que hoy día se llama Cali, y es una de las ciudades más bellas y prósperas del valle del Cauca.

Pero á medida que Belalcázar se alejaba del Perú y de su Gobernación de Quito, y comprendía la extensión y la riqueza de las tierras que iba conquistando, más se exaltaban en él la ambición y el deseo de hacerse dueño de aquellos territorios, con independencia de Pizarro. Para lograr este objeto le era preciso ir á España á pedir al Rey lo que deseaba; pero su empeño era no tener que tocar con Pizarro y pasar directamente á la madre patria, saliendo por el mar de las Antillas, sin navegar por el Océano Pacífico. Tan atrasados estaban todavía en los conocimientos geográficos, que el Gobernador de Quito pensaba que el mar de las Antillas estaba cercano, cuando aún les faltaban más de trescientas leguas, por tierras fragosísimas y casi intransitables para llegar á él! Para llevar á cabo aquel propósito, Belalcázar regresó á Quito, con el objeto de reunir mayor número de soldados aguerridos y hacerse á más vituallas y recursos, á fin de atender á las necesidades de un viaje cuyo término ignoraba. Sin embargo, á nadie confió su verdadero proyecto, haciendo el papel de que cuanto hacía era para aumentar los territorios y las glorias de Pizarro.

Enganchados trescientos hombres aguerridos y acopiando cuantos pertrechos pudo, se devolvió á Popayán, de donde salió en Mayo de 1538 con dirección á las provincias que le había indicado el indígena de Bogotá, en busca del famoso Dorado, cuya conquista pensó hacer de paso para el mar de las Antillas. Caminando con su acostumbrado séquito, atravesó sin desmayar por las tierras más fragosas de América,

(1) Hé aquí un refrán que cita Piedrahita: "El mejor cielo, suelo y pan, el de Popayán!"

pobladas de indígenas por extremo belicosos que procuraban atajarle el paso, y después de muchos meses de marcha llegó al valle de Neiva.

Aunque no había confiado la intención de separarse de Pizarro, sino á sus más íntimos amigos, al fin la noticia del deseo que tenía de independizarse llegó á oídos del Conquistador del Perú, y al momento resolvió éste impedirselo. Para conseguirlo, llamó á un capitán que le era muy adicto, Lorenzo de Aldana, le envió en misión secreta á que buscase á Belalcázar, le apresase con mafia y se declarase Gobernador de las provincias recién conquistadas, en lugar de su descubridor. Quando Aldana llegó á Popayán, los desgraciados pobladores de aquella villa se encontraban en los mayores aprietos: hacía mucho meses que ignoraban el paradero de Belalcázar, y se morían de hambre por falta de víveres; los indígenas comarcanos, viendo que no podían vencer á los invasores por medio de las armas, habían resuelto no volver á sembrar cosa alguna en muchas leguas á la redonda, diciendo "que era menos penoso consumirse y sepultarse unos en otros, que vivir muriendo bajo el dominio español." (1)

Como aquellos naturales eran antropófagos, parece que, á falta de otros víveres, no tenían inconveniente en comerse unos á otros. Así murieron, según los cómputos de algunos historiadores, como cincuenta mil Indios, y perecieron también más de cien mil de una peste que sobrevino después y acabó con la mayor parte de los que habían quedado. ¿Qué era aquella peste? No la explican los cronistas; pero, sin duda, no sería enfermedad del país: quizás sería la viruela, pues los Indios, no obstante su salvajismo, eran muy conocedores de la virtud de las hierbas medicinales, y hacían entonces, como lo hacen hoy día, curaciones prodigiosas con el zumo de ciertas plantas que sólo ellos conocían. Los indígenas civilizados yá no las conocen; pero los que se hallan aún salvajes las han conservado tradicionalmente de padre á hijo, y jamás, por ningún motivo, han consentido en revelar sus secretos á los blancos. ¿Quién les enseñó aquellas virtudes naturales? Nadie lo sabe ni lo sabrá; pero es creí-

(1) Piedrahita—Parte 1.^a—Libro IV—Cap. 1.^o

ble que esos conocimientos medicinales fuesen restos de una pasada civilización, de la cual sólo les quedaron, á través de los siglos, esos recuerdos que les convenía no olvidar, en climas malsanos y mortíferos y en medio de una Naturaleza plagada de fieras, reptiles y venenosos enemigos del hombre.

Aldana fué recibido con entusiasmo por los míseros Payaneses, que le reconocieron como su Gobernador, en ausencia de Belalcázar, y aunque el enviado de Pizarro trató de mandar quien siguiese los pasos del Conquistador de Quito, nunca le pudieron dar alcance. Aldana gobernó con bastante acierto; ordenó el gobierno civil y eclesiástico, y fomentó la conversión de los Indios, de que hasta entonces se había hecho poco caso; "tánta era la tibieza con que, á vista del oro, se trataban las cosas espirituales," dice Piedrahita.

V

Mientras que sucedían estas cosas en Popayán, Belalcázar continuaba su marcha por terrenos ya más propicios, á través del valle de Neiva, en demanda del Dorado y del mar de las Antillas. Corrían los primeros días del mes de Enero de 1539, cuando, habiendo acampado á orillas de un hermoso río (el Sabandija), que desembocaba en uno aún más caudaloso (el Magdalena), fueron á avisar al General que del otro lado del río Grande se veían diez hombres vestidos á la española y á caballo, los cuales, aunque armados, desplegaban una bandera blanca. No debió de sentar muy bien á nuestro conquistador, después de haber sufrido tántas penalidades, encontrar ya en manos de sus compatriotas las tierras que consideraba exclusivamente descubiertas por él. Pero como era hombre naturalmente caballeroso, ocultó la impresión desagradable que el suceso le hacía experimentar, y mandó que recibiesen con hidalguía á los que tan inopinadamente se presentaban, pero que antes de darles entrada en el campamento les preguntasen quiénes eran y de dónde venían.

Respondieron los recién llegados que eran envia-

dos por el Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, nombrado por el Gobernador de Santa-Marta para hacer descubrimientos por aquellas tierras. Añadieron que hacía ya un año que tenían conquistado el país, pero que, habiendo tenido noticia de la llegada de una tropa forastera al valle de Neiva, habían salido á reconocerla. Además, el que comandaba el destacamento declaró llamarse Hernán Pérez de Quesada, hermano del Adelantado, el cual le había confiado una carta y un presente para el General de la tropa que tenía delante.

Belalcázar mandó llevar á su tienda á Hernán Pérez, y después de obsequiarle con delicadas viandas, recibió con mucho aprecio el regalo de Quesada, que consistía en una cantidad de oro y algunas esmeraldas, y mandó que en retorno enviasen en su nombre al Adelantado Quesada algunas piezas de la bajilla de plata que llevaba consigo para su uso particular. Pasmóse Hernán Pérez con el boato regio de Belalcázar y la magnificencia que despleaban en sus vestidos y en sus arreos los Conquistadores de Quito, en tanto que éstos no dejarían de mirar con extrañeza los humildes atavíos de mantas indígenas que usaban los compañeros de Quesada. Los *peruleros* (que así llamaron á los que iban del Perú) dieron noticias más frescas que las que tenían los otros, de lo sucedido en Cartagena y Santa-Marta, de las cuales carecían hacía tres años, y Belalcázar despidió á Hernán Pérez con palabras muy corteses, asegurándole que no tenía intención de allanar tierras conquistadas por otros, y que su objeto era ir al descubrimiento del Dorado, de paso para la mar del Norte; además de esto mandó los parabienes de su conquista á Quesada, deseándole toda clase de glorias y felicidades.

Una vez que se hubo alejado Hernán Pérez con dirección á la sabana de Bogotá, los soldados de Belalcázar casi se amotinaron, declarando que no darían un paso adelante si no seguían las huellas de los compañeros de Quesada, cuyas conquistas estaban muy deseados de conocer. El General, que sin duda tenía el mismo deseo, accedió á las exigencias de los suyos, y marchando en pos de Hernán Pérez fué á acampar á la entrada de la Sabana, á los pocos días de haber salido de las orillas del Magdalena. De allí Belalcázar mandó

en comiación al Capitán Juan de Cabrera hasta la recién fundada ciudad de Santafé de Bogotá, á pedir licencia al Adelantado para descansar en ella algunos días, antes de atravesar el Nuevo Reino de Granada con sus cuantiosos equipajes y hombres armados, para ir á buscar el mar. Según algunos cronistas, Cabrera trató de entrar en comunicación con Nicolás de Federmann, que venía de Venezuela con gente, con ánimo de proponerle que se unieran para sobreponerse á Quesada en sus conquistas. Pero como tuviese noticia el Adelantado de la intención de Cabrera, se había apresurado á ofrecer cuatro mil castellanos de oro al Alemán para que guardase la paz, y en seguida mandó proponer igual suma á Belalcázar con las mismas condiciones. "Pero este último, como caballero, dice Zamora, no quiso admitir el cohecho, —desaire que al Alemán no le sacó los colores al rostro, ni de la bolsa los cuatro mil castellanos que había recibido."

Parece que no sólo no admitió Belalcázar el oro de Quesada, sino que improbó reciamente á Cabrera la propuesta que trató de hacer á Federmann, sin su consentimiento, y se contentó con pedir licencia al Adelantado para vender en Santafé los caballos y cerdos que llevaba (1) Quesada concedió de buen grado á Belalcázar la licencia que pedía, y los dos Generales, el de Venezuela y el del Perú, hicieron su entrada en la capital del Nuevo Reino en Febrero de 1539.

"Belalcázar, dice Acosta, estaba dotado, en grado muy superior á Quesada y Federmann, de tacto político y de genio observador, y aunque hijo de un leñador, alcanzó por sus talentos y valor el renombre de uno de los más célebres conquistadores de la América meridional." Así fué que supo persuadir á Quesada á que, para plantear mejor su dominio y su influencia en el Nuevo Reino, fundase en la villa de Santafé (que más era campamento que otra cosa) una ciudad en toda regla, que sirviese después como un núcleo para las posteriores conquistas que hiciera, y además, á que enviase á dos Capitanes de su entera confianza á fundar otras ciudades por el Norte.

(1) Vendió los caballos á razón de mil castellanos de oro cada uno, y los cerdos en proporción; siendo éstos los primeros traídos al Nuevo Reino de Granada.

Belalcázar resolvió terminar aquí su viaje: devolvió á su Teniente Ampudia al Cauca, y al Capitán Cabrera á Neiva, á fundar una ciudad en las márgenes del río Magdalena; dejó á los soldados que quisiesen quedarse en Santafé, gozando de los mismos privilegios que los de Quesada y los de Federmann; embarcóse con los otros dos Generales en el Magdalena (puerto de Gnataquí), y pasó á la Corte de España á pedir la gobernación de los territorios que había descubierta y conquistado.

De los tres conquistadores, que llegaron juntos á España á mediados de 1539, sólo Belalcázar logró obtener lo que pedía, á pesar de las quejas que contra él levantó Hernando Pizarro (que entonces estaba en Europa), en nombre de su hermano el Marqués. El Emperador le concedió la Gobernación de la Provincia de Popayán y de las llamadas Equinoxiales, con el título de Adelantado; y lo hizo con mucho gusto, dice Piedrahita, para moderar las exorbitantes pretensiones de Francisco Pizarro, quien quería abarcar demasiado, sin que nada contentase su ambición.

Belalcázar supo, con sus modales cultos y aspecto marcial, ganarse las simpatías de la corte del Emperador, y fué muy favorecido por los cortesanos y personajes influyentes en el Gobierno.

No se sabe si yá antes, desde Panamá ó Nicaragua, Belalcázar había vuelto á España alguna vez, ni si durante los veintiséis años que había permanecido en el Nuevo Mundo, tuvo alguna comunicación con su familia. Pero si al volver á España entonces se dió á conocer á sus hermanos, ¡qué sorpresa no tendrían éstos al ver que su compañero de faenas campestres, el triste aldeanillo que había huído de la casa paterna por haber muerto á un jumento, se hombreaba yá con duques, condes y grandes de España, y al pié del trono de Carlos V gozaba del favor de tan encumbrado personaje!

VI

Mientras que Belalcázar estaba en España, un poblador de Panamá, llamado el Licenciado Pascual Andagoya (que había obtenido en la Corte, en 1538, el

nombramiento de Gobernador del territorio comprendido entre la bahía de San-Miguel y el río de San-Juan), desembarcó á fines de 1539 en una bahía que llamaban de Santa-Cruz (hoy día Buenaventura), y subiendo el río Dagua llegó en Mayo de 1540 á la ciudad de Cali.

Los habitantes de aquella ciudad se encontraban en la situación más desamparada, desde el regreso de Aldana á Quito. Así que, como Andagoya llevaba recursos y fuerza armada para defenderles de los Indios, no tuvieron inconveniente en hacer con él lo que antes con Aldana: recibirle también con gusto y reconocerle como á Gobernador, á falta de Belalcázar, cuya suerte ignoraban. Otro tanto hizo Jorge Robledo, el Teniente de Aldana, que se hallaba en el bajo Cauca, ocupado en correrías y descubrimientos en los confines de la provincia.

Un año duró aquel letrado gobernando la provincia de Popayán, hasta que al fin, despachado Belalcázar de la Corte, llegó al Cauca en 1541, mandando adelante mensajeros que avisasen su próxima llegada á Cali. Inmediatamente que se tuvo aquella noticia en la ciudad, salieron á recibirle todos los habitantes, manifestándole que le reconocían como á su legítimo Gobernador. Pero Belalcázar deseaba entrar á gobernar pacíficamente y sin desavenencias; por lo que no quiso hacer su entrada en Cali, sino después de que el Cabildo hubo reconocido los despachos que llevaba de la Corte, en los cuales se le otorgaban los territorios que median entre el Océano y los límites del Cauca y el Magdalena, y desde la provincia de los Pastos hasta donde descubriese por el Norte, y además, el título de Adelantado, Capitán general y Teniente del Rey. El Cabildo reconoció la justicia que asistía á Belalcázar, y no sólo le aclamó Gobernador, sino que hizo prender al Licenciado Andagoya como á usurpador de ajena jurisdicción, y le mandó preso á Popayán. Viendo cómo se hallaban las cosas, Jorge Robledo, aunque Teniente nombrado por Aldana, también reconoció á Belalcázar como á su legítimo Gobernador, y mandó pedirle órdenes para continuar sus conquistas. A pesar de este reconocimiento oficial que hizo Robledo, sus actos no eran los de un subalterno que procuraba aten-

der exclusivamente á las órdenes de su superior, en sus conquistas, y según informes que tuvo Belalcázar de su conducta, aquél deseaba independizarse de su jurisdicción.

Y no faltaba razón á Belalcázar para temer que Robledo hiciese con él lo que él mismo había hecho con Pizarro, y lo que hizo Quesada con el Gobernador de Santa-Marta; por lo que, deseando cortar el mal antes de que se volviese incurable, ocultó sus temores, pero hizo saber á su Teniente que deseaba tener con él una conferencia para arreglar ciertos asuntos concernientes á las conquistas. Robledo, aunque con mucha cortesía, se negó á la entrevista con su Jefe, y después de haber fundado á Anserma, (1) ó Santa-Ana de los Caballeros, Cartago y Antioquia, viéndose yá á gran distancia de su Gobernador y muy querido y estimado por los soldados que le acompañaban, así como temido y acatado por los indígenas de todas aquellas comarcas, resolvió dar decididamente su golpe de Estado. Bajando por el Atrato, salió en 1542 al golfo de Urabá, en donde el Gobernador de Cartagena le apasionó por hallarle en su territorio, y le envió preso á España, cosa que no debió de pesarle mucho á Robledo, puesto que su intención era pasar á la madre patria á pedir que le concediesen la gobernación de la parte de Antioquia que había conquistado.

Entre tanto había desembarcado en la Gobernación de Belalcázar el Licenciado Vaca de Castro, Visitador enviado por el Emperador al Perú para que tomase cuenta de los motivos de quejas que contra el marqués Francisco Pizarro llegaban sin cesar á la Corte. Pero Vaca de Castro había sufrido tanto en la mar, que, en vez de continuar su viaje por agua, había resuelto tomar tierra en el primer puerto que encontrase y continuar su marcha por caminos fragoaisimos, aunque fueran riesgosos. Desembarcó el emisario español en Buena-Ventura (2), y subiendo

(1) Esta ciudad ha tenido tres nombres: Santa-Ana, San-Juan y después Anserma.

(2) Buena-Ventura no fué sino un refugio de pescadores, durante cerca de tres siglos; los Españoles no fundaron en aquel punto población ninguna, y no fué sino en la época de la Independencia, en 1826, cuando se estableció allí una villa, bastante próspera hoy día.

el Dagua pasó á Cali, en donde Belalcázar le recibió con muchas atenciones y le dió guías y una escolta hasta Popayán. Gastó en la jornada desde Cali tres meses,—camino que al presente se hace á caballo en tres días.—Llegado á Popayán, Vaca de Castro tuvo noticia del asesinato de Pizarro, ocurrido en Lima el 25 de Junio de 1541; continuando su viaje, llegó á Quito, en donde presentó los despachos del Rey de España, que le declaraban Gobernador del Perú por falta de Pizarro; y reconocido así por las autoridades de Quito, se ocupó inmediatamente en allegar tropas y recursos para declarar la guerra al hijo de Almagro, en cuyo nombre se había cometido el asesinato del Marqués.

De Quito, Vaca de Castro mandó pedir auxilios á Belalcázar, el cual se puso en marcha inmediatamente con los recursos y tropas que pudo reunir. Pero como ya para entonces él se había informado de la antigua amistad de Belalcázar con Almagro, y de cómo era padrino del joven don Diego, caudillo de los insurrectos, y que, además, había ocultado en su casa, y dado medios para que se escapase, al Capitán Pedroso, uno de los conjurados,—Vaca de Castro, que no conocía el carácter caballeroso de Belalcázar, temió que éste le fuese infiel, y no quiso que permaneciese en el Perú. Ordenóle, por tanto, que se devolviese á Popayán, en donde, dijo, necesitaban de su presencia sin demora. El Adelantado obedeció, mas no sin haber manifestado á Vaca de Castro la indignación que sentía por la falta de confianza que se tenía en su lealtad.

No había dicho mal Vaca de Castro cuando afirmó que era urgente la presencia del Gobernador de Popayán en sus territorios: hallólos sumamente alborotados con la nueva rebelión de los Indios Paeces y Yalcones, los cuales, después de asesinar al Capitán Añasco y castigar con una cruelísima muerte las persecuciones que Ampudia les había infligido, tornaron á ponerse en armas y tenían en apuros á las poblaciones españolas de Timaná y Cali. (1)

Belalcázar salió inmediatamente á atacar á los Pae-

(1) La villa de Timaná, en el Estado llamado ahora del Tolima, fué fundada el 18 de Diciembre de 1537 por el Capitán Juan de Añasco, por orden de Belalcázar.

ces sublevados, que se habían hecho fuertes en Tálaga; mas, á pesar de su denuedo y pericia militar, salió mal trecho de aquella lucha, y tuvo que regresar á Popayán, sin haber podido vencer á los indígenas, y después de haber visto morir á manos de éstos á un Capitán Tobar, á quien apreciaba mucho. De Popayán pasó á Cali, en donde tuvo noticia de las fechorías de Robledo y su partida para España. Por extremo disgustado con su Teniente, le declaró públicamente desertor, y mandó que en donde quiera que le encontrasen fuese tratado como á tál; en seguida destacó una tropa al mando de Cabrera para que tomase posesión, en su nombre, de la ciudad de Antioquia, que Robledo había fundado por cuenta del Gobernador de Popayán en 1541. Estando Belalcázar en Cartago en 1543, supo que Cabrera había apresado en Antioquia al Gobernador de Cartagena, don Pedro de Heredia, quien pretendía que aquellos territorios hacían parte de su Gobernación.

El Adelantado no quiso verse con Heredia, sino que mandó que le remitiesen preso á la Audiencia de Panamá que debía juzgarle como á usurpador. No se sabe qué sentencia dictó aquella Audiencia; pero mandó que pusiesen en libertad al Gobernador de Cartagena, el cual no regresó á su capital sino para aprestarse á entrar de nuevo en Antioquia, como efectivamente lo hizo al cabo de algunos meses. Entre tanto había llegado á Cartagena el Visitador Armendáriz, portador de las *nuevas leyes* que había expedido Carlos V con el objeto de proteger, en lo posible, á los indígenas contra la rapacidad de los conquistadores y encomenderos; leyes que produjeron muchos trastornos y disgustos en todas las colonias, pero que, dice Acosta, "salvaron y conservaron en gran parte la raza indígena, á pesar de haber sido en mucho desobedecidas y reformadas." (1) Armendáriz remitió copia de las

(1) "A fin de que se vea con cuántas consideraciones eran tratados los colonos, y cuán infundadas eran sus quejas, por lo menos en lo que toca á la Nueva Granada, vamos á copiar las disposiciones que excitaron mayor clamor:

"Que las Audiencias tengan particular cuidado del buen tratamiento de los Indios, y cómo se guarden las ordenanzas hechas en su favor, y castiguen los culpados, y

leyes á Belalcázar apenas hubo llegado en 1544; pero el Gobernador no las aprobó en lo mínimo, escribió al Emperador una carta desde Cali, quejándose de ellas, y para calmar á los suyos inventó entonces aquel conocido mote que tanto se ha citado entre nosotros y que se puso en práctica durante toda la dominación española en América, á saber: *se obedece pero no se cumple*; con lo cual fingió acatar la voluntad del monarca, y

que no se dé lugar á que los pleitos entre Indios y con ellos se hagan pleitos ordinarios, sino que sumariamente se determinen, guardando sus usos y costumbres.

“Que por ninguna causa de guerra, rebelión ú otra, ni rescate, ni de otra manera, no se pueda hacer esclavo Indio alguno, sino que sean tratados como personas libres y como vasallos reales que son de la Corona.

“Que las Audiencias, llamadas las partes, sin tela de juicio, sola la verdad sabida, pongan en libertad los Indios que fueren esclavos, si las personas que les tuviesen no mostrasen título, como los poseen legítimamente; y que las Audiencias pongan personas de diligencia que hagan la parte de los Indios, y les paguen de penas de cámara.

“Que los Indios no se carguen, y si en alguna parte no se pudiere excusar, sea la carga moderada, sin peligro de su vida y salud, y que se les pague su trabajo y lo hagan voluntariamente.

“Que ningún empleado del Rey ni los monasterios, religiones, hospitales, cofradías &c. tengan Indios encomendados, y que aunque digan que quieren dejar los oficios y quedarse con los Indios, no les valga.

“Que mereciendo los encomenderos ser privados de sus repartimientos por los malos tratamientos hechos á los Indios, se pongan en la corona real.

“Que las Audiencias tengan mucha cuenta que los Indios que se quedaren y vacaren sean bien tratados y doctrinados en las cosas de nuestra Santa Fe Católica.

“Que los que están descubriendo hagan la tasación moderada de los tributos que han de pagar los Indios, teniendo atención á su conservación, y con el tal tributo se acuda al encomendero; de manera que los Castellanos no tengan mano, ni entrada, ni poder con los Indios, ni mando alguno, y que así se estipule expresamente en todo nuevo descubrimiento.”

COMPENDIO HISTÓRICO DEL DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACIÓN DE LA NUEVA GRANADA por el Coronel Joaquín Acosta—Capítulo XVII—Página 315.

al mismo tiempo acallar el mal humor de los colonos. (1)

VII

En el Perú, Vaca de Castro había logrado vencer á los partidarios de Almagro, acabándose aquel drama con el suplicio del joven don Diego; y fué ésta la tercera muerte trágica y violenta que ocurrió en el suelo peruano entre los caudillos conquistadores, vengando los mismos Españoles, unos en otros, las traiciones y crueldades cometidas con los Incas y sus súbditos. Desgraciadamente, parece que al cabo de tres siglos aun no está satisfecha la justicia divina, y día por día los descendientes de los Españoles perpetran en aquel suelo un sinnúmero de atrocidades, unos contra otros, sin que se vea esperanza de aliviar tanta desventura.

Vaca de Castro había logrado pacificar el país, y su gobierno resultó justiciero y probo. Sin disgustar demasiado á los colonos, protegía á los indígenas y pro-

(1) Según el cronista Pedro de Cieza, no fué Arméndáriz quien comunicó las nuevas leyes á Belalcázar, sino que le llegaron directamente de España, en una carta del príncipe don Felipe (después Felipe II), en la cual le decía "que luégo hiciese ejecutar las ordenanzas y nuevas leyes, que para la gobernación de las Indias se habían hecho, y que en ello le haría servicio grande. Venida esta real cédula, todos los vecinos (de Popayán) se alteraron, diciendo que no se había de consentir que tan grande agravio se les hiciese, pues los servicios que habían hecho no lo merecían. . . . Belalcázar mandó que de todas las ciudades ó villas de la provincia se juntasen procuradores para ver lo que se podía hacer sobre lo tocante á las ordenanzas. Y llegados á la ciudad de Popayán, el Adelantado hizo ejecutar las nuevas leyes, habiendo primero puesto gran suma de Indios en cabeza de sus hijos, porque al tiempo de cumplir no hobiesen á él que le tirar. Los procuradores, como viesan que quería ejecutarlas, reclamaron y en nombre de toda la provincia le pidieron que otorgase la suplicación, y así fué hecho, y se dejaron de ejecutar, y nombraron á un Francisco de Rodas para que fuese por procurador á España. . . . y desta manera se aseogó aquella provincia, é no hobo en ella ningún alboroto &c."

Libro III.—Capítulo XXIX de "LA GUERRA DE QUI-
TO."—Publicada en Madrid en 1877.

curaba que se les tratase bien. Pero discurrieron en España que era llegada la hora de crear un Virey en el Perú para dar mayor auge é importancia á la Colonia, y así removieron á Vaca de Castro y nombraron en su lugar á un anciano llamado Blasco Núñez de Vela, encargado de plantear las *nuevas leyes*.

Núñez de Vela llegó al Perú en 1544, y apenas se hizo cargo del gobierno del país cuando, sin prudencia ni tino, y sin usar de la diplomacia que pedían las circunstancias, empezó á apresar y castigar á los colonos que tenían en su poder Indios esclavos y á poner á éstos en libertad, repentinamente, produciendo trastornos en todo el país. Esta conducta era por extremo peligrosa, como se vió en breve: los colonos entonces buscaron alivio en la rebelión, poniendo á la cabeza de ella al joven Gonzalo Pizarro, hermano del Marqués. La insurrección ardió y se propagó por todo el Perú con la mayor velocidad, mientras que el Virey, esclavo de las leyes, no cejaba en un punto, y obró con tan poca cordura, que puso en contra suya hasta á los miembros de la Real Audiencia de Lima; y llegó á tal punto la exasperación de los Oidores y demás personas notables de la capital, que le pusieron en la cárcel y le transportaron á un navío que debía desembarcarle en Panamá. Entre tanto Gonzalo Pizarro entraba en Lima y se hacía dueño del gobierno, como lo era yá de casi todo el país, y la rebelión tomó un aspecto popular.

Sin embargo, el apresado Núñez de Vela había logrado, para su mal, hacerse desembarcar en las costas del Ecuador, y subiendo á Quito se proclamó con funciones de Virey y expidió desde allí un llamamiento á todos los leales servidores del Rey de España, á quienes convocó á aquella ciudad para que le ayudasen á combatir la insurrección encabezada por Pizarro. Acudieron con socorros de algunas partes del Perú, y al terminar el año de 1544 Núñez de Vela se vió á la cabeza de un cortísimo ejército que se le había ido reuniendo; pero éste no estaba aún disciplinado, y tuvo que retirarse delante de las fuerzas de Pizarro, compuestas de aguerridos y audaces conquistadores. En su retirada de Quito, Núñez de Vela se replegó hasta Payán, en donde Belalcázar le acogió con su acostun-

brada caballerosidad, y le proporcionó no solamente todos los recursos necesarios, sino cuantas tropas tenía disponibles; además, ofreció tomar el mando de las fuerzas del Virey, quien absolutamente nada entendía de arte militar.

El 1.º de Enero de 1545 Belalcázar, á la cabeza de cuatrocientos hombres bien pertrechados y montados, se puso en marcha, acompañando al Virey hasta la ciudad de Quito, á la cual llegó el día 17 á marchas forzadas y fatigando mucho á la tropa y los caballos. Gonzalo Pizarro, al frente de más de ochocientos hombres, estaba acampado en las inmediaciones de Quito, y tenía en su favor á todos los vecinos de la ciudad, quienes veían en él á su defensor y en Núñez de Vela un tirano rígido é inflexible. El 18 de Enero, al caer la tarde, se hallaron los dos ejércitos enemigos frente á frente en los ejidos de Quito, en un punto llamado Iniquito ó Añaquito. Belalcázar tenía fundadas sus esperanzas en la caballería, que era de primer orden, pero que, después de haber viajado apresuradamente por caminos fragosísimos, estaba sumamente fatigada y no pudo resistir al primer empuje de los soldados de Pizarro, que peleaban con ardor, porque habían tenido muchos días de descanso. Una vez roto el escuadrón y derribados los primeros caballos, los soldados de Pizarro se ocuparon en destrozar al enemigo sin misericordia, haciendo una espantosa carnicería en las tropas del Virey, compuestas en gran parte de oficiales notables. Entre éstos murieron el bravo Juan de Cabrera, fundador de Neiva, y el Licenciado Luis Gallegos, y fué hecho prisionero Belalcázar, que hubiera corrido la suerte de los suyos, si un antiguo amigo, el Capitán Alvarado, no le protegiera y le sacara de manos de los que trataban de matarle.

Parece que poco antes de entrar en combate, viendo Belalcázar la superioridad de las fuerzas de Pizarro y la debilidad y cansancio de las del Virey, se acercó á éste y le dijo que sería más prudente tratar de entablar un arreglo para ganar tiempo. Pero Núñez de Vela, inflexible hasta el fin, le contestó: "No hay que fiarse en traidores! Vamos á combatir y no á lamentar, que así cumpliremos con nuestro deber como buenos y leales. Yo os prometo que la primera lanza

que ha de romperse contra los enemigos será la mía!" (1)

El Virey quiso adelantarse á todos y ponerse á la vista. "Iba en un caballo rucio crecido; llevaba una ropita de telilla blanca de Indios, con unas cuchillas largas por donde se descubrían unas coracinas de raso carmeí con franjas de oro. Viéndose yá junto al enemigo, dijo á su gente: "Caballeros, bien veo que teneis ánimo para ponérmele á mí,—y en esto haceis lo que debeis y como quien sois; y por tanto, no os quiero decir otra cosa, pues sois tan leales á vuestro Rey, sino que de Dios es la causa, de Dios es la causa!" (2) Á pocos pasos el desgraciado Virey se vió acometido por una partida de arcabuceros de Pizarro, y aunque peleó como un león, no obstante haberse criado como pacífico letrado, al fin fué derribado de su caballo, y un anciano feroz llamado Carvajal, que le odiaba (porque había mandado degollar á un hermano suyo en Lima), le cortó la cabeza y la puso en una pica, y con ella entró con los vencedores en Quito, después de haber arrancado los bigotes canos de Núñez de Vela para distribuirlos como trofeos entre los soldados de Gonzalo Pizarro. (3) Pizarro fingió que le pesaba mucho la muerte del Virey, y le mandó hacer un suntuoso entierro, al cual asistió vestido de luto; y al mismo tiempo hizo poner en libertad á Belalcázar, compañero de su hermano el Marqués."

VIII

Después de algunos días de grave enfermedad, á consecuencia de las muchas heridas que había reci-

(1) HISTORIA DEL ECUADOR por P. F. Cevallos—Tomo I, página 451.

(2) HISTORIA DEL PERÚ, por Agustín de Zárate.

(3) En mala hora, y yá de mucha edad, Blasco Núñez de Vela había abandonado el empleo de Veedor de las guardas de Castilla, que tenía en España, después de haber sido pacífico Corregidor de Cuenca y de Málaga, para venir-se á buscar aventuras en el Nuevo Mundo, tan ajenas de sus precedentes.

bido en la batalla de Añaquito, Belalcázar regresó á su Gobernación. A poco de haber llegado á Popayán tuvo noticia de que su antiguo Teniente Jorge Robledo acababa de regresar de España, donde le habían premiado con el título de Mariscal, y que el Visitador Armendáriz, haciendo uso de un derecho que no poseía, le tenía nombrado Gobernador de las tierras descubiertas y conquistadas en Antioquia; tierras que en realidad pertenecían á la Gobernación de Popayán, según creía Belalcázar, en cuyo nombre se habían hecho aquellas conquistas y fundaciones. Sabedor de que Robledo se había hecho reconocer como Gobernador en Antioquia y otros puntos de aquella provincia, le mandó notificar que desocupase los territorios invadidos y devolviese el oro que había tomado en Anserma, de las cajas reales. Robledo contestó que había sido nombrado Gobernador por el Visitador y no tenía por qué dar cuenta de sus actos á Belalcázar. Envenenóse más y más el espíritu del Gobernador de Popayán contra Robledo con los recados que iban y venían entre los dos, y pasando á Cartago le hizo saber que se preparaba á ir contra él á mano armada.

En estas disputas verbales se pasaron muchos meses, y promediaba el año de 1546 cuando uno y otro comprendieron que no era posible entrar en arreglos pacíficos, y que era preciso irse á las manos. Pero Robledo apenas había podido reunir y armar pobremente setenta hombres, mientras que Belalcázar se hallaba á la cabeza de ciento cincuenta soldados veteranos, bien pertrechados y que llevaban todas las comodidades posibles, según la costumbre de su General. Además de esto, Robledo llevaba consigo una tropa indisciplinada, y él, por su parte, tenía poca experiencia militar. No es extraño, pues, que Belalcázar le sorprendiera en un sitio llamado Loma del Pozo (lugar inexpugnable, si Robledo hubiera sabido defenderlo), y que, tomándole prisionero, le llevara á un triste caserío, en donde después se fundó un pueblo llamado de Arma.

Desgraciadamente Belalcázar, además de estar resentido de tiempo atrás de la conducta de Robledo, é indignado de su actual rebeldía, tenía á su lado un mal hombre, llamado Francisco Hernández Girón, que le

aconsejó hiciere cortar la cabeza al alzado. (1) Este consejo contrastaba con el de otros oficiales del Gobernador de Popayán, que le suplicaban no hiciera tál, pues yá Robledo estaba vencido y deshecho, y, sin duda, aunque le pusiese en libertad, no podría rehacerse en mucho tiempo; y bien podía Belalcázar, entre tanto, enviar su petición á España para que se aclarase el asunto. Sin embargo, prevalecieron la cólera y la palabra de Girón, y, desdiciendo de su noble y generoso carácter, Belalcázar sentenció á muerte á Robledo, declarándole traidor, usurpador y opresor de la real justicia, y le condenó por bando á que se le diera garrote, en unión de tres de sus oficiales. La sentencia se cumplió el 5 de Octubre de 1546. Belalcázar manchó su memoria con aquella sangre derramada inútilmente, y no pasó mucho tiempo sin que la divina Providencia le castigase por tal acto, que fué más bien de venganza cruel, que de verdadera justicia.

Mucho debió de sentirse la muerte de Robledo, puesto que á poco un comisionado del Rey (Hernán Venegas Carrillo), nombrado para que examinase las causas pendientes en el Nuevo Reino, declaró que Armendáriz había obrado mal al enviar á Robledo á apoderarse de la Provincia de Antioquia, que pertenecía á la Gobernación de Popayán; pero aunque dió la razón á Belalcázar en cuanto á combatir y tratar de lanzar fuera de su territorio al Mariscal, improbió altamente la muerte que se le había dado. Así, pues, debió de pensar con remordimiento Belalcázar que había cometido un crimen en vano, y que si hubiera dejado vivo al ambicioso joven, nunca podía haberle hecho competencia en su Gobernación. (2)

(1) Girón era *perulero* (conquistador del Perú), de malas entrañas y peores hechos, que después se hizo notar en la historia como rebelde.

(2) Aunque Cieza de León fué tan amigo de Robledo que no se le puede considerar imparcial en este asunto, citaremos aquí lo que él dice de Belalcázar, después de la muerte del Mariscal, porque da á conocer el estado de los ánimos en el Cauca: "Andaba el pobre viejo tan temido, que casi estaba fuera de sí; é no iba ninguno de los de Robledo en aquel tiempo hacia donde él estaba, que osase llevar espada ni otras armas," y aunque fuese sin ningunas

Sin embargo, por el momento el Gobierno de la Colonia no quiso perseguir á Belalcázar, porque necesitaba de su potente brazo y de la influencia que aún conservaba entre los *peruleros*, para tratar de debelar las fuerzas rebeldes que aún se conservaban dueñas del Perú, al mando de Gonzalo Pizarro, quien, apoderado de todo el antiguo Imperio de los Incas, era idolatrado por los suyos. A mediados de 1546 había llegado á Panamá un eclesiástico llamado Pedro de la Gasca, enviado por el Emperador á pacificar el Perú. Era éste un hombre de modesta y aun humilde apariencia, pero de gran pericia y saber, de extensa erudición en las leyes de su patria y profunda perspicacia y conocimiento del corazón humano; además, desprendido, enemigo del boato y sin un ápice de codicia. El nombramiento de La Gasca para aquella misión prueba el genio del que le mandó en aquellas circunstancias tan delicadas.

Antes de pasar al Perú, La Gasca envió á ese país comisionados secretos para que difundiesen por todas partes proclamas, en las cuales el Comisionado regio ofrecía perdonar y absolver á todos los que abandonasen las banderas de Pizarro, "según lo había ordenado el misericordioso Emperador," decían las proclamas. Aquellas amonestaciones produjeron el efecto que aguardaba el perspicaz eclesiástico; así fué que, cuando arribó al Perú en Junio de 1547, Gonzalo Pizarro había sido abandonado por la mayor parte de sus partidarios, y vagaba de ciudad en ciudad, tratando de buscarse amigos con una escasa tropa, compuesta de la peor ralea del Perú. Con aquella tropa trató de pasar á Chile, y aunque enviaron unas pocas fuerzas reales á perseguirle, Pizarro las derrotó en Huarinas, lo que produjo entusiasmo entre sus antiguos partidarios, los cuales, viéndole victorioso y pensando que sus triunfos serían durables, se le volvieron á reunir para entrar con él en el Cuzco, en donde fué muy bien recibido. La Gasca no se desalentó por aquel revés, que ase-

é iba á hablar con él, luego se empuñaba de una daga. Yo me acuerdo en esta ciudad de Cali allegarle á hablar á poner la mano en el puño de la daga."

"LA GUERRA DE QUITO"—Lib. III. Cap. CCXXXV.
Madrid—1877.

guó sería pasajero, y, mandando pedir socorro á don Pedro de Valdivia á Chile, á Armendáriz á Santafé y á Belalcázar á Popayán, se puso en marcha, en persecución de Pizarro, que había sentado sus reales en el Cuzco. Comprendieron los pizarristas, á quienes no se les escapaban los movimientos y cuanto hacía La Gasca, que sería imposible hacer frente á todas las fuerzas españolas del Continente, y aquéllo les amilanó mucho, de cuyo pensamiento Gonzalo procuraba distraerles proporcionándoles toda clase de diversiones y orgías, en las cuales pasaban los días y las noches.

Entre tanto La Gasca había reunido dos mil hombres, con los cuales pensó podría vencer fácilmente á los rebeldes; así fué que mandó devolver del camino las fuerzas que le enviaba Armendáriz de Santafé, y lo mismo mandó decir á Belalcázar, que había llegado á Janja con trescientos hombres de caballería. Pero el Gobernador de Popayán no quiso devolverse sin haber hablado con el Presidente del Perú; dejó, pues, su gente en Janja y fué á unirse al ejército real que se hallaba frente al Cuzco. Llegó, dice Piedrahita, "á tiempo que todo el de Pizarro, sin que se disparase un arcabuz, se rindió al trueno de la voz del Rey, pasándose á La Gasca." (1) Otros historiadores dicen que Belalcázar mandaba la caballería real, y aunque ésta no entró en batalla, el Presidente La Gasca le agradeció mucho su lealtad y buena voluntad en servir al Rey cada vez que le pedían socorro del Perú. El Gobernador de Popayán estuvo presente en la muerte de Gonzalo Pizarro, quien fué juzgado militarmente y conde-

(1) Cuando los dos ejércitos, —el de Pizarro y el de La Gasca, —se hallaban el uno frente al otro, la mayor parte de las tropas sublevadas se empezaron á pasar á las reales, uno á uno y de ciento en ciento, hasta dejar al desgraciado Pizarro rodeado apenas de unos pocos amigos.

—Qué haremos? preguntó éste á uno de los que tenía cerca.

—Arremeter al enemigo y morir como romanos! contestó un Capitán llamado Juan de Acosta.

—Mejor es morir como cristianos! repuso el desventurado Gonzalo; y se puso en marcha, en solicitud del campamento real.

Véase HISTORIA DEL ECUADOR antes citada.

nado al último suplicio como traidor, en unión de algunos de sus oficiales, el 2 de Abril de 1547.

No bien se había devuelto Belalcázar á Popayán, cuando le signió allí una requisitoria con orden de juzgarle como responsable de las depredaciones cometidas por sus segundos Jnan de Ampudia, Alonso Sánchez, García Tobar y Roque Martín, en el reino de Quito, en tiempo de la conquista, los cuales habían cometido toda clase de excesos, asesinando y atormentando á los indígenas para que declarasen en dónde estaban ocultos los tesoros del Inca. La Gasca obró en esto con cierta deslealtad para con Belalcázar, pues hacía mucho tiempo que tenía orden de indagar aquellos hechos, pero no lo quiso hacer sino cuando el Gobernador de Popayán le hubo prestado todos los servicios que necesitaba. Además, Ampudia y Tobar habían muerto asesinados años antes, á manos de los Indios Paeces, y fueron cruelmente castigados por sus antiguas fechorías.

Envió La Gasca un comisionado á Quito á que levantase el sumario contra el Gobernador de Popayán, y al mismo tiempo se levantaba contra él otra tempestad en el Nuevo Reino. Acusado Belalcázar, por la esposa de Robledo y por sus amigos y partidarios, de la ejecución de este Capitán, ante la Corte española, ésta había enviado para que le residenciase á un Licenciado Francisco Briceño, el cual debía juzgarle además por haber hecho romper los sellos reales en Popayán para acuñar moneda.

Atendía Belalcázar á las acusaciones de La Gasca, y procuraba defenderse en lo posible desde Popayán, alargándose indefinidamente aquel proceso, cuando al principiar el año de 1551 llegó Briceño á Popayán, é inmediatamente le suspendió de su empleo, y le hizo poner en prisiones. Los amigos que le habían sido fieles en su prosperidad, se hicieron entonces á un lado, y poco á poco se fué viendo abandonado por los que antes le adulaban. A pesar de su conocimiento del mundo, parece que el Gobernador de Popayán ignoraba que la mala fortuna retrae á los amigos, y que cuando se nubla el sol, los que antes nos amaban dejan de vernos; así fué que le causó mucha pena la ingratitude de aquellos á quienes había protegido, eleva-

do y enriquecido. (1) A muchos de los cargos que le hicieron podía haber contestado que eran iguales á las faltas cometidas por otros conquistadores á quienes no se pensaba en juzgar ni perseguir; pero cuando le acusaron de la muerte de Robledo y de sus compañeros, comprendió que no tenía disculpa plausible que dar; y así se vió condenado á muerte y á ver confiscados sus cuantiosos bienes.

“ Aunque estamos muy lejos de pretender justificar á Belalcázar, dice Acosta, (2) no es posible dejar de suponer que su juez, condenándole á muerte, no obrara con alguna parcialidad, cuando vemos que no mucho después se desposó el Oidor Briceño con la viuda de Robledo. Otorgóse, sin embargo, al Adelantado la apelación ante el Rey, dando fianzas; y ciertamente parece difícil que hubiera sido posible hallar en todo el Reino quien se prestase á dar muerte á un caudillo querido y popular como Belalcázar.”

No bien le hubo dado permiso Briceño, cuando el triste y humillado Conquistador,—que no había levantado cabeza desde que se vió en la cárcel,—se puso en camino para Cartagena, en donde pensaba embarcarse para España. Pero llegó enfermo á la costa, y su antiguo émulo, don Pedro de Heredia, le llevó á su propia habitación y le atendió y puso á su disposición cuanto poseía; pero nada pudo aliviarle de sus dolencias, y creció su enfermedad hasta verse en las puertas del sepulcro. Lo que más le atormentaba era la idea de arribar á su patria en calidad de reo; y fué tanto lo que aquello le apesará, que no pudo soportar la vida, rindiendo el alma en Cartagena, según Piedrahita, en 1551. (3) Don Pedro de Heredia le costeó un entierro muy pomposo, y vistió luto por él, así como todos los habitantes notables de Cartagena que conocían sus méritos y buenas cualidades.

(1) “ La ingratitud de muchos que habían militado bajo su mando, no fué pequeño torcedor al estado en que se hallaba, porque no llegó á discurrir que á la falta de la dependencia terminan las sumisiones.”

Piedrahita—Parte 1.^a—Lib. XI.—Cap. VIII.

(2) Acosta—Cap. XVII—Pág. 320.

(3) Castellanos dice que murió en 1550; Ceballos, historiador del Ecuador, que en 1549; Acosta, que en 1550.

Aunque ningún historiador de los que hemos consultado dice que el Conquistador del Cauca hubiese sido casado, el Obispo Piedrahita afirma que cuando Robledo estaba deseoso de seguir de Gobernador de Antioquia, ofreció á Belalcázar que ajustarían las paces casando á los hijos del Gobernador con una hermana y una sobrina de doña María de Carvajal, mujer de Robledo; y más adelante, el mismo historiador añade: "En Popayán dejó hijos tan herederos de sus hazafías; como lo acreditó el mayor, don Sebastián de Belalcázar, en las sangrientas guerras de los Pijaos." (1) Hay familias en el Estado del Cauca que pretenden descender de Belalcázar, pero no hemos podido recoger datos suficientemente fundados para poderlas señalar con seguridad.

(4) Parte 1. *—Lib. XI—Cap. VIII.

GONZALO SUAREZ RONDON

(FUNDADOR DE TUNJA).

I

Corría el segundo tercio del siglo XIII cuando, estando un ejército castellano al mando de don Sancho el Bravo de Castilla (el cuarto de su nombre) entre la ciudad de Algeciras y la Villa de Tarifa, guerreando contra los Africanos de Aben-Jusef, la vanguardia de los cristianos vió venir sobre ellos en tropel un gran número de moros. Titubeaba la gente acerca de lo que debería hacer en aquel percance, si acometer á los infieles, que eran muchos y ellos pocos, ó volverse al cuerpo del ejército, que estaba atrás, comandado por el Rey, á pedir órdenes. Pero uno de los caballeros que iban adelante indignóse con la vacilación de los soldados, y exclamó con voz fuerte, afirmándose sobre los estribos y enristrando la lanza :

—¡ A ellos, señores, á ellos, de rondón!

Arremetió el caballero como un vendabal sobre el enemigo, y obligó á que le siguieran los demás cristianos con tal ímpetu, que á pocos embates vencieron á los Moros, les desbarataron y pusieron en completa derrota á los que escaparon con vida.

Apenas se tuvo noticia de aquel hecho de armas en el cuerpo del ejército, cuando muchos caballeros (sin duda envidiosos) fueron á quejarse al Rey, diciendo que aquel caballero con su imprudencia pudo haber comprometido todo el ejército real, y pidieron con

descompuestas razones que se castigase semejante falta de disciplina.

Inmediatamente que hubo oído lo que le decían sus cortesanos, el Rey mandó que compareciera el imprudente caballero á su presencia. Presentóse como estaba: con la lanza rota en la refriega, y ensangrentadas las armas y vestidos, y con humildé ademán pidió perdón á su soberano por su arrebatada conducta.

Pero el bravo Rey don Sancho le levantó diciéndole:

—No sólo os perdono, sino que esa acción valerosa bastaría, aunque no hubierais hecho otra, para armaros caballero.

—Caballero soy, contestó el otro con orgullo castellano, y también hijodalgo del linaje de los Sarmientos; además, vasallo vuestro he sido y lo seré hasta morir en el servicio de mi Rey y señor.

—Pero ¿cuál es vuestro nombre? preguntó Sancho el Bravo.

—Garcí Pérez de Burgos, hijo de Diego García Sarmiento.

—En adelante no os llamaréis Garcí, Pérez, sino Rondón, repuso el hijo de don Alfonso el Sabio, en memoria de la voz que disteis al arremeter á los Moros, y además, os armaré Caballero de la Banda, (1) y en vuestro blasón pondréis esta letra:

Vencer y nunca vencido.

Estas mercedes del Rey fueron extendidas y legalizadas ante notario, y desde entonces aquel valiente caballero, que después hizo prodigiosas hazañas, fué tenido en grande estimación en la corte de Castilla. (2)

(1) Otra sería la orden de caballería que le concedió don Sancho, porque, aunque pese á la tradición, los caballeros de la Banda no fueron instituidos sino en 1330 por don Alfonso XI de Castilla.

(2) "Diéronle privilegios para sí, sus hijos, nietos, biznietos y sus herederos que de él viniesen y á sus amos y amas (que son ayos y nutrices ó madres de pecho), mayordomos, caseros, vaqueros, porquerizos, boyeros, criados y otros sus paplaguados, librándoles de todos pechos (tributos) y á las heredades que tenía, para que ellos no corten ni carguen leña contra su voluntad," etc.—NOBILIARIO de Ocariz—Arbol tercero.

II

Descendiente de aquel primer Rondón fué el conquistador y poblador de Tunja, don Gonzalo Suárez Rondón. Nació en la ciudad de Málaga, en Andalucía, no sabemos en qué año, y era hijo de Rodrigo Suárez Rondón y de Isabel Jiménez Suárez, su esposa. Gonzalo tenía cuatro hermanos: Rodrigo, Sabariego, Ana y María, la cual casó después con Pedro Loaysa Vásquez.

Durante toda la Edad Media y el Renacimiento en Europa, y sobre todo en España, bastaba pertenecer á una familia medianamente hidalga, para que todos los varones de ella se dedicasen á la Iglesia; ó tomasen las armas como soldados: considerábase que toda otra profesión era impropia de un hombre bien nacido. Hasta los mismos religiosos que se consagraban á la Iglesia, tenían en España conocimientos militares; y seguramente por este motivo todos los conquistadores manifestaban tanta habilidad en el ejercicio de las armas, aunque en éste no se hubieran criado: el militarismo estaba en la sangre, y lo habían heredado de sus abuelos.

Así, pues, no era de extrañar que, cuando apenas le apuntaba el bozo á Gonzalo Suárez Rondón, ya se alistase en los ejércitos reales. Pasó con ellos á Alemania, y asistió en 1519 á la coronación de Carlos V en Aquisgrán, en donde por primera vez el Emperador se hizo llamar MAJESTAD, título desconocido hasta entonces en España, pues allí el Rey había sido siempre Alteza ó Gracia. Continuando en los ejércitos españoles, sirvió en las campañas contra los Franceses, y se halló en 1525 en el sitio de Pavía, en donde cayó prisionero Francisco I; estuvo en Alemania ó Italia con don Pedro de Guzmán, y permaneció cuatro años en Hungría con el hermano de Carlos V, don Fernando, el cual no sólo poseía todos los Estados de la Casa de Austria, sino que fué coronado rey de Hungría, de Bohemia y de los Romanos.

Con el Emperador volvió Rondón á España (des-

pués de haber estado con él en la campaña contra Solimán I, que fué derrotado por los cristianos). Al regresar á España el Emperador, se preparó á ir contra el pirata Haradín Barbaroja, que se había apoderado de Túnez, despojando á Muley-Hacén, feudatario de los reyes de Castilla. Nuestro hidalgo malagués levantó una compañía de infantería por su cuenta, la que mandaba como Capitán en la expedición contra el pirata, y llevaba como caudillo al mismo Emperador. Los Españoles se apoderaron de las fortalezas en que se había guarecido el pirata, y aunque éste tenía noventa mil hombres bajo sus órdenes, Carlos V le venció, desalojó y obligó á de volver la ciudad de Túnez á Muley-Hacén.

Aquella fué la última campaña á que asistió Rondón en España. Al regresar á su patria en 1535, encontró que don Pedro Fernández de Lugo, nombrado Gobernador de Santa-Marta, aprestaba una armada para atravesar el Océano y enganchaba gente de armas que le acompañase en las conquistas de Tierra-Firme que se proponía llevar á cabo. Gonzalo Suárez Rondón empleó entonces cuantos ahorros había hecho durante diez y siete años de campañas por una gran parte de Europa y Africa, en preparar una compañía de á caballo, que levantó á su costa con el objeto de acompañar á don Pedro Fernández á Santa-Marta.

Aunque no lo dicen las crónicas del tiempo, se infiere que, á poco de haber llegado á Santa-Marta Gonzalo Suárez, casó con doña Mencja de Figueroa, hija de Alvaro de Figueroa, uno de los primeros colonizadores de aquella ciudad.

Este caballero había pasado á Indias á buscar fortuna, dejando á su mujer é hijos en Sevilla; pero una vez establecido en Santa-Marta, hizo venir á su familia al lugar de su residencia, con Luis de Manjarrés, que era pariente suyo, y pasó al Nuevo Mundo con García de Lerma en 1529.

Causó grande asombro á los que desembarcaron con don Pedro Fernández el aspecto miserable y ruín de la nueva ciudad; y como empezaban á desalentarse, á padecer hambres y sufrir una epidemia de disentería que mató á muchos soldados, el Adelantado Lugo resolvió enviar varias expediciones por la tierra adentro,

á someter tribus indígenas, hacerse de alimientos y buscar oro,—el anhelo constante de los Españoles.

En aquellas empresas militares Gonzalo Suárez se hizo notar por su caballería, audacia y experiencia en toda suerte de guerras; y aunque enseñado á pelear con gente civilizada y en países repletos de recursos y comodidades, en breve se hizo á las costumbres del Nuevo Mundo y á las *guazabaras* indígenas. Por este motivo y por su importancia como antiguo militar de los ejércitos del Emperador, fué nombrado tercero en el mando de la expedición que, bajo las órdenes de Gonzalo Jiménez de Quesada, envió el Gobernador á descubrir por las márgenes del río grande de la Magdalena, saliendo de Santa-Marta como capitán de jinetes en Abril de 1536. Durante toda aquella penosísima jornada, Gonzalo Suárez, con la caballería, infundía tal terror á los indígenas, que bastaba que se presentase para ponerles en derrota.

Al pasar por el caudaloso río que los indígenas llamaban Saravita, el caballo que montaba Rondón fué arrastrado por la corriente y se ahogó, aunque el Capitán logró salvarse. Por este motivo los Españoles llamaron aquel río el de Suárez, nombre que conserva todavía. Distinguióse el Conquistador por su brío, fuerza moral y paciencia á toda prueba en las diferentes expediciones que emprendió bajo el Conquistador del Nuevo Reino de Granada.

Una vez partido Gonzalo Jiménez de Quesada para España,—habiendo quedado en su lugar Hernán Pérez,—éste se apresuró á mandar fundar dos ciudades en las provincias del Norte, como se lo dejó ordenado su hermano. Tocó á Suárez Rondón hacerse cargo de establecer una ciudad española en el cercado del Zaque de Tunja, y partió de Santafé á fines de Julio de 1539, y llegó á su destino, á la cabeza de una lucida tropa de caballería, en los primeros días de Agosto.

El lugar no había sido escogido por la amenidad del sitio, sino por ser el centro de las poblaciones más ricas y civilizadas que se encontraban en todas aquellas comarcas. Situada á una altura de 2,793 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura muy fría (13 grados centígrados), careciendo de agnas corrientes, teniendo casi siempre un cielo nublado, azotada por vientos fre-

cuentes y erigida sobre desiguales barrancos, Tunja, aunque muy poblada en tiempo de la conquista, no ha podido progresar como debiera, por la falta de comercio y de actividad entre sus habitantes.

Rondón hizo la fundación con las ceremonias que se usaban, tomando posesión del terreno en nombre del Rey de España, y trazó el área de la población; repartió los solares entre los Españoles que le acompañaban, nombró la iglesia que habían de erigir "Nuestra Señora de Guadalupe," puso horca y picota, y señaló el sitio en donde se debía levantar una fortaleza.

Esto se hacía el 6 de Agosto de 1539, al año completo de haberse fundado la ciudad de Santafé de Bogotá y dos años no completos después de la entrada de los Españoles en los Estados del Zaque.

III

Durante cuatro años consecutivos gobernó Gonzalo Suárez Rondón á Tunja y los territorios adyacentes. Hombre pacífico, á pesar de ser militar, era buen padre de familia, y labró para la suya una casa muy ostentosa al lado de la iglesia mayor; reservó para sí ricas encomiendas fuera de la ciudad, terrenos de labor y extensas dehesas, á donde hizo llevar desde Santa-Marta y Venezuela crías de ganados vacunos, lanares y de cerda; que por ambas partes llegaron estos animales al Nuevo Reino de Granada. Con todos estos negocios, el malagués reunió una fortuna considerable, una de las más valiosas del Nuevo Reino.

Cuando hubo llegado á la costa Quesada y dado noticias de sus conquistas, ocurrió á Gerónimo Lebrón, entonces Gobernador de Santa-Marta, por haber muerto el anterior, subir á arrebatar de manos del Teniente General de Quesada el Gobierno del Nuevo Reino. Reunió prontamente una tropa, algunos artesanos, bastantes mercaderías de Castilla, semillas españolas y yeguas, útiles en una colonia que debería naturalmente carecer de todas las comodidades de los países civilizados. Además, en aquella expedición subieron á

Santafé las primeras mujeres españolas que vinieron á la Sabana. Como no conociesen otro camino los guías que llevaban, que eran algunos de los que habían venido en la expedición conquistadora, traían la vía del Opón, y las miseras mujeres españolas padecieron indecibles penalidades, muriendo algunas de ellas en el tránsito; y la mujer de un Henríquez, que quería establecerse en Tamalameque, fué robada por los indígenas, con quienes tuvo que vivir hasta su muerte. Después de muchos meses de tránsito, al fin Lebrón arribó á la ciudad de Vélez, en donde las autoridades (en ausencia de Galiano) no tuvieron inconveniente en reconocerle como su Gobernador.

Mientras que descansaba su tropa y recuperaba fuerzas para proseguir su viaje, Lebrón mandó avisar á Tunja y á Santafé, que se prepararan á recibirle como á su caudillo. Pero si en Vélez le acogieron sin dificultad, nó fué lo mismo en Tunja ni en Santafé, en donde no aceptaban las pretensiones de Lebrón y deseaban un gobierno independiente del de Santa-Marta.

Apenas llegó la noticia á oídos de Hernán Pérez, que era hombre vivo y arrebatado, se disgustó muchísimo, é inmediatamente comisionó á dos caballeros de toda su confianza para que se vierán con Lebrón y le explicasen la situación de aquellos países, que estaban resueltos á no aceptar la jurisdicción del Gobernador de Santa-Marta. Los comisionados encontraron á Lebrón todavía en Vélez, y le dieron con mucha cortesía la bienvenida al Nuevo Reino, en nombre del Teniente del Adelantado Jiménez de Quesada; aseguráronle en seguida que Hernán Pérez estaba listo "á obedecer pecho por tierra" las órdenes de la Real Audiencia de Santo-Domingo, si en el título se expresaba que Lebrón tenía jurisdicción sobre el Nuevo Reino de Granada; pero que si no iba en esta forma el despacho, no dejaría por ningún motivo el puesto de Teniente General de su hermano el Licenciado Quesada. Añadieron que, aunque Hernán Pérez viniera en abandonar su empleo, los demás oficiales del Reino no se lo permitirían sin una orden expresa del Rey.

Contestó Lebrón, también con comedimiento y atención, que veía que Hernán Pérez partía de un error, y era pretender que se le hubiesen extendido órdenes expresas

para gobernar lo descubierta y conquistado por Quesada, cuando todas aquellas tierras pertenecían á la Gobernación de la provincia de Santa-Marta, en cuyo nombre se habían allanado, y que él, como Gobernador de dicha provincia, tenía el deber de reclamar lo suyo.

Antonio de Olalla, que fué el que primero dirigió la palabra á Lebrón, creyó prudentemente que era mejor callar y no entrar en una disputa tal vez indecorosa, antes de recibir órdenes de su caudillo. Pero su compañero, que era Juan de Avellaneda, conquistador de Venezuela y muy impetuoso y violento, exclamó muy alterado :

—“Que vuesamerced venga con despachos más que suficientes y todo lo demás que representa, importa muy poco, si el título no expresa este Nuevo Reino; y así lo que le podía estar mejor es no moverse de esta ciudad, ni dar paso adelante, porque tengo sabido de buena parte que cuantas diligencias intentare para conseguir el gobierno le han de ser de muy poco fruto.”

—“Eso será,—replicó Lebrón,—si vos y otros de semejantes caprichos fueseis los consejeros de Hernán Pérez; id con Dios y válgao el privilegio de mensajero, que ni yo tengo de apresurar el paso por lo que digo, ni suspenderlo por lo que decís, sino proceder de suerte que sin perjuicio del puesto tiene todos los medios templados antes de poner esta diferencia en las armas.” (1)

Apresuraron su partida los dos mensajeros, y llegaron en dos días á Santafé á dar cuenta de lo que decía Lebrón. Hernán Pérez, que deseaba guardar la paz, mandó otros dos caballeros á tratar con Lebrón, pero obtuvieron el mismo resultado que los primeros. Entonces el dicho Pérez mandó suplicar al Gobernador de Santa-Marta que se sirviera pasar á Tunja, en donde podría presentar sus despachos al Cabildo, el cual juzgaría entre los dos, según lo que mejor conviniera al servicio del Rey.

Lebrón emprendió entonces marcha con dirección á Tunja, engrosadas las filas de su tropa con los vecinos de Vélez, los cuales habían resuelto sostenerle en sus pretensiones, yá que le habían reconocido como su le-

(1) Piedrahita—Parte I.—Libr. VIII.—Cap. VI.—Pág. 834.

gítimo Gobernador. Por junto contaba Lebrón con 200 infantes y 100 jinetes, todos bien pertrechados y municionados. Marchaba aquella gente (que era un ejército para la época) en tón de guerra, como si atravesase un país enemigo, aunque los desgraciados naturales estaban enteramente subyugados y sometidos, al parecer, y no daban señal alguna de vitalidad. /

El mismo día que salió Lebrón de Vélez, salía Hernán Pérez de Santafé con igual número de fuerza, y ambos se dirigían á Tunja. Como á un cuarto de legua de aquella ciudad se avistaron las dos tropas, é hicieron alto, aguardando cada cual que el otro rompiera las hostilidades, ó propusiese arreglos.

Con Lebrón habían subido de Santa-Marta, ó se le habían unido en Vélez, los Jefes más experimentados en las conquistas de estas tierras; á Hernán Pérez acompañaban los Capitanes de más valor que había en el Nuevo Reino. La situación era por extremo delicada, y el riesgo se aumentó cuando se vió que las vecinas faldas se cubrieron de indígenas, que salían de sus pueblos con el objeto ostensible de ver á los recién llegados (los cuales eran los primeros Españoles que veían después de los conquistadores de Quesada), pero sin duda con el secreto propósito de aprovecharse del combate de los invasores para atacarles y deshacerse de unos y otros.

Hasta entonces Gonzalo Suárez Rondón no había querido intervenir en las disputas de Lebrón y Hernán Pérez; pero cuando tuvo noticia de lo que sucedía, resolvió tomar cartas en un asunto en que peligraba la existencia de la incipiente colonia.

Montó, pues, inmediatamente á caballo, y saliendo de Tunja, fué primero á verse con Hernán Pérez de Quesada, á quien hizo comprender la necesidad que tenía de obrar con prudencia; y le obligó á darle su palabra de que no movería pie ni mano hasta que él no hubiese conferenciado con Lebrón. Pasó en seguida al campamento del Gobernador de Santa-Marta, y después de los primeros cumplimientos y besamanos del caso, le dirigió la palabra con estas ó semejantes expresiones:

—Presumo, señor, que tendriés noticia de mi persona, y por consiguiente comprenderéis el móvil que me anima en este caso, que no es mi conveniencia propia,

sino del deseo de servir á mi rey. No dudo que no faltarán malos consejeros que, deseosos de medrar en una guerra civil, os querrán precipitar á declararla; pero os suplico que me escuchéis primero.

Después de un momento de pausa continuó:

—El negocio que os ha traído á este Reino no necesita de fuego y hierro para arreglarlo, y bueno es que uséis en primer lugar medios suaves, con los cuales os acreditaréis de prudente.

Y como el otro no le contestará:

—Si tendéis la vista, añadió, por esas campañas, las veréis cubiertas de enemigos simulados, entre quienes vivimos con las armas en las manos y el riesgo á los ojos. ¿Qué pensáis que les arrastra de sus casas, sino la novedad de nuestra división, esperando de ella la libertad á que aspiran? Si vencéis, como aseguran los que os engañan, bien se ve que no será tan sin daño vuestro, que no perezca la mayor parte de vuestro ejército. La muchedumbre de aquellos bárbaros no esperaría entonces sino el remate de la batalla para triunfar á su salvo. . . . Y decidme: si así sucediera, ¿quién podría refrenar la osadía de varias naciones reunidas? ¿quién librar las ciudades del saqueo y del incendio, y reducir las provincias sujetas á nuestro rey y perdidas por nuestra culpa? Creedme, señor: unidos todos, todavía tenemos riesgo de perecer: ¿qué sería si riñésemos?

Y como notase que al fin sus palabras hacían alguna impresión en el Gobernador, continuó diciendo:

—¿Y sería posible que signiéramos aquí el afrentoso ejemplo que nos han dado en el Perú los Almagros y los Pizarros, entablando una lucha entre vasallos del mismo rey? Y por último, —y este es mi argumento más poderoso y que quizás no os han aducido antes, —y es que hemos mandado poderes al Real Consejo pidiendo encarecidamente que se divida este Nuevo Reino, de la Provincia de Santa Marta. Así, pues, si os place ceder esta vez á las exigencias del Teniente de Quesada, obraréis con saludable prudencia, de manera que cuando presentéis vuestra queja á la Corte, si la presentáis, nada os servirá tanto en vuestro litigio y de mejor título para ser premiado por nuestro monarca, según vuestros méritos, que el haber evitado que se alborote la tierra. (1)

(1) Véase Piedrahita—Parte 1.—Lib. VIII—Cap. VI.

Lebrón, ya más templado con las razones de Rondón, no encontró respuesta que darle en favor de sus pretensiones, y contestó que deseaba conferenciar á solas con Hernán Pérez en medio del campo. Este vino en ello sin dificultad; y señalado el sitio, se dirigieron á éste los dos candillos á pie, desarmados y sin más distintivos que las espadas al cinto, arma que no abandonaba jamás un caballero de aquellos tiempos.

Después de haber hablado á solas, los dos Jefes resolvieron que fingirían someterse á la decisión de los Cabildos de Tunja y Santafé; pero la verdad era que Hernán Pérez se dió sus trazas de ofrecer á Lebrón un arreglo pecuniario, comprándole á precios fabulosos los negros esclavos que llevaba (que fueron los primeros que vinieron al Nuevo Reino y causaban el mayor asombro á los Indios); las caballerías, las semillas y mercaderías españolas, lo cual lo dijo que le produciría una cuantiosa suma, capital que le serviría para retirarse de la vida pública y vivir de sus rentas en donde quisiese. (1) Y así lo hizo Lebrón: aceptó la sentencia adversa á sus pretensiones que dictaron los Cabildos, y á pocos días regresó á Santa-Marta, cargado de oro y esmeraldas, y de allí pasó á Santo-Domingo, en donde acabó su vida, "bien acrecentado de caudal, dice Piedrahíta, y libre de los bajíos en que los gobernadores peligran con el mandó y la codicia."

IV

Una vez arreglado aquel asunto con Lebrón, Hernán Pérez se ocupó activamente en preparar una expedición en busca del Dorado, de que tanto hablaban los expedicionarios de Federmann y los de Belalcázar.

Pero con el objeto de no dejar atrás ningún peligro de alzamiento de los naturales, resolvió mandar matar al último Zaque de Tunja y á varios capitanes y caciques de los Indios, que se decía tramaban una conspiración para sublevarse. Aquimenzaque era joven, inteligente, y se había convertido sinceramente al cristianis-

(1) Rodríguez. Fresle — CONQUISTA Y DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO REINO.

mo, según dicen los cronistas; pero su persona era grandemente respetada por sus súbditos, de manera que Hernán Pérez vivía temiendo que lograsen al fin unirse bajo las órdenes del Zaque, y si atacaban todos juntos á los Españoles, sin duda acabarían fácilmente con éstos.

La historia no dice si Gonzalo Suárez Rondón favoreció ó aconsejó aquel crimen de lesa-humanidad; es posible que no fuera culpado, pues no se registra de él ninguna acción cruel, ni su nombre suena en la desapiadada hazaña de Hernán Pérez; pero tampoco mencionan los cronistas el nombre de Rondón con el de los Capitanes Olalla y Venegas, que intercedieron por los míseros indígenas para que no les diesen muerte, y aunque sus súplicas fueron vanas, la Historia les honra por los esfuerzos que hicieron.

Una vez quitado aquel riesgo, Hernán Pérez se puso en marcha por la vía de los Llanos, y dejó como Gobernador interino á Gonzalo Suárez Rondón, á quien le tocaba, por ser Justicia Mayor del Nuevo Reino de Granada.

Subyugados por completo y profundamente afligidos con la muerte de sus caciques y candillos, los indígenas parecían resueltos á guardar una paz duradera; pero la rapacidad de uno de los encomenderos de Tunja les exasperó tanto, que todas las tribus de la provincia se sublevaron de repente, á poco de haber partido Hernán Pérez. ¿Acaso la acusación que se le hizo al Zaque tendría un fondo de verdad, y sería cierto que tenía ya tramada la conjuración contra los Españoles cuando le mataron? Algunos de sus propios súbditos le acusaban, pero generalmente se ha pensado que aquello no era sino un pretexto de Hernán Pérez, para llevar á cabo su proyecto, y que las acusaciones eran simuladas. ¿Y qué sabemos si con aquella cruel acción los Españoles no hicieron sino defenderse? Es cierto que nos conmueven hondamente las desgracias de los dueños de la tierra; mas siempre, en todos los tiempos y en todas las épocas, los invasores y conquistadores han cometido actos sanguinarios, cuando es cosa averiguada que la vía de la clemencia es mucho más segura que la de la fuerza brutal. ¿Pero qué entendían de misericordia ni de paciencia aquellos fieros conquistadores? Ellos se defendían como podían, y derramaban sangre, porque creían ser esa la única manera de hacerse temer y respetar.

Rondón, sin embargo, era muy astuto, y creyó ganar más partido entrando en arreglos con los caciques más poderosos que atacándoles con las armas en la mano. Una vez que notó que la sublevación era tan general que pocos pueblos habían permanecido fieles á los Españoles en toda la provincia de Tunja, envió primero uno de sus más valientes Jefes al Cacique de Ocabitá, el cual se presentó desarmado en el campamento indígena, y habló al Cacique con tanta dulzura y benevolencia, que éste se rindió con la condición de que no se trataría de vengar la muerte del encomendero que había sido asesinado (1) por los Indios en castigo de su rapacidad, y que en adelante mandarían encomenderos que se contentasen con tributos moderados y fuesen menos codiciosos. Con esto quedó pactada la paz, y tras del de Ocabitá se entregaron los demás sublevados de la provincia de Tunja, la cual se sometió desde entonces y para siempre al yugo español.

Gobernaba Gonzalo Suárez, según parece, á contentamiento de muchos, aunque se manifestara enemigo de conquistas sanguinarias; y cuando trabajaba para que adelantase la colonia que se le había encomendado, tuvo noticia, al empezar el año de 1543, que subía al Nuevo Reino otro Gobernador, nombrado expresamente por el Rey, y cuya autoridad era tan legítima que no se le podía negar obediencia. Venían con éste algunos conquistadores que habían bajado á la Costa por estar descontentos con el gobierno de Rondón, según refiere Piedrahita, aunque este historiador no dice el motivo. Seguramente el descontento consistiría en que les impidiera cometer injusticias con los indígenas de sus encomiendas; pues, como hemos dicho, Gonzalo Suárez no tiene sobre su nombre mancha ninguna de crueldad: era un verdadero caballero, y siempre manifestó en sus actos una patente nobleza de hidalgo.

El nuevo Gobernador era nada menos que el competidor de Quesada, el tipo más completo del ambicioso de mala ley, que no se paraba jamás en medios para tratar de lucrar y contentar su desmedida pasión de oro é insaciable codicia. Don Luis Alonso de Lugo traía una lucida expedición de España, abundantes mercaderías

(1) Mateo Sánchez Cogolludo.

y frutos europeos, caballerías y ganado vacuno, todo lo cual le produjo una fortuna, á pesar de haber perdido gran parte de ella en un viaje muy largo y penosísimo.

Ápenas tuvo noticia Rondón de que se acercaban compatriotas por medio de los cerros que demoran del otro lado del Opón, y que venían muertos de hambre y enfermedades, después de un año de marcha por los lugares más agrios y despacibles de la serranía, cuando inmediatamente mandó baquianos á que les llevasen recursos y guías para que les señalasen los caminos. Por toda la vía,—dice Piedrahita,—hizo que levantasen chozas en que se hospedasen los viandantes, en donde encontraban mesas abastecidas con los mejores alimentos de la tierra: venados, conejos, tórtolas y perdices, grande abundancia de pan de maíz, de yucas y batatas para los soldados, y bizcochos de trigo para el Adelantado Lugo y "gente lustrosa" que venía con él, á quienes, entre otras delicadezas, agradó mucho hallar jamones tan buenos como los de España, hechos en Tunja y Santafé. (1)

Llegó Lugo á Vélez con treinta caballos de los doscientos con que había emprendido marcha, y setenta y cinco soldados de los trescientos que tenía al empezar la jornada: ¡tanto habían sufrido en el camino!

Rondón fué á recibirle personalmente con señales de consideración y cariño, en memoria de su padre, D. Pedro Fernández de Lugo, bajo cuyas órdenes habían militado juntos en la Gobernación de Santa-Marta. Entrególe además el mando del Nuevo Reino, y todos los Capitanes le hicieron pleito homenaje como al representante del Rey de España.

Però no convenía á Lugo que aquellos conquistadores le considerasen amigo suyo, pues su intención era arrancarles cuanto habían ganado en los años que habían pasado en aquel Nuevo Reino; así fué que rechazó con semblante severo y altivo los amables ofrecimientos y atenciones de los que le salieron á recibir; y como éstos le manifestaron su sorpresa y disgusto, él fingió llegar muy enojado con las noticias que había re-

(1) Ya para entónces se habían propagado y abundaban los cerdos que había introducido Belalcázar en el Nuevo Reino, en 1539.

cibido de su conducta y del manejo cruel que habían tenido para con los indígenas.

Apenas se posesionó del mando el Adelantado, mandó levantar sumarios contra los Conquistadores, anuló los repartimientos de encomiendas que los Quesadas habían hecho, y declaró que tomaba posesión de todas ellas mientras no se hiciesen nuevos repartos. Sabiendo que Gonzalo Suárez poseía grande influencia en el país y era el más rico de todos los Conquistadores, le mandó prender y encadenar, y con él á todos sus amigos y parciales, contra quienes fulminó procesos y causas criminales.

Apremiado por sus compañeros para que procurase poner algún alivio á sus desgracias, yá que su orgullo no le permitía hacer esfuerzos para defenderse, Gonzalo Suárez al fin hizo saber á Lugo que si continuaba en sus tropelías, le podrían costar caro, porque no faltarían amigos en España que pusiesen quejas de su conducta ante Carlos V., y que no creyese que los Conquistadores estaban tan desamparados de parientes, que algunos de ellos no tuviesen en la Corte personas que fácilmente se hiciesen oír del Rey. Además, Rondón dispuso que Lugo tuviese conocimiento de una real cédula que Gonzalo Jiménez de Quesada había obtenido del Emperador, en la cual ordenaba que ninguno de los Gobernadores que pasasen á Indias despojase á los Conquistadores de sus primeros repartimientos.

Semejantes amenazas enfurecieron á Lugo sobremanera, y aunque aquello le obligó á reportarse en sus actos contra algunos de los Conquistadores, arreció su enemistad hacia Rondón y resolvió perseguirle hasta dejarle en la miseria: mandó rematar todos sus bienes, y arbitrariamente puso en tormento á su cuñado Pedro de Loayesa, casado con doña María Suárez Rondón (1), á quien apretó tanto en el tormento, que al fin dijo y declaró cuanto les dañaba.

(1) Ocariz la llama *María* y Piedrahita *Catalina*. Pedro Vázquez de Loaysa fué conquistador de los de Belalcazar, soldado de Arias Maldonado. Era natural de Málaga, y no se sabe si cuando vino al Nuevo Reino yá era casado con la hermana de Rondón, ó si se enlazó con ella quando el Conquistador de Tunja trajo al Nuevo Reino á su familia.

Entre los tesoros que poseía Rondón los cronistas mencionan una esmeralda tan grande como un peno de espada, de la cual se apoderó el Adelantado, y se aseguró que era la más bella de cuantas tenían los Indios. ¿Qué fué de ella? ¿En dónde ha venido á parar? Quizás se hallará entre los tesoros del Rey de Sajonia, en el museo de Dresden, en donde se señala una colección de hermosísimas esmeraldas regaladas por un rey de España á aquel monarca. Probablemente Lugo dispondría de las mejores joyas que arrancó á los Conquistadores, á su regreso á la Corte; y las más valiosas llegarían á manos del Emperador. Sería curioso conocer las vicisitudes de aquella famosa esmeralda, desde que los indígenas la arrancaron de la tierra hasta el día de hoy.

Lugo mantuvo en prisiones al Conquistador de Taja durante nueve meses, y aunque le había quitado cuanto poseía, le obligaba á pagar treinta pesos de oro diarios para obtener algunas comodidades! Al fin, cuando comprendió que Rondón ya no poseía nada propio, ni sus parientes y amigos tenían más que prestarle, resolvió abrirle las puertas de la cárcel y ponerle en libertad. Deseaba verle pobre y humillado y gozarse en su miseria, para vengarse de las amenazas que contra él había proferido. Lugo no era hombre sanguinario naturalmente, y atormentaba á los que poseían bienes de fortuna sólo con el objeto de quitarles lo que tenían, en provecho propio.

Y

Entre tanto Hernán Pérez de Quesada había regresado del desdichado viaje que hizo en busca del ilusorio Dorado, y habiendo salido hasta la provincia de los Pastos y encontrándose con un hermano menor, Francisco (1), volvió con éste al Nuevo Reino al promediar el año de 1543. Apenas tuvo noticia Lugo del arribo de los Quesadas, cuando les mandó encarcelar y seguir.

(1) Francisco Quesada, hermano de Gonzalo y de Hernán Pérez de Quesada, había pasado al Perú con Almagro; pero, sin duda, poco había ganado en aquellas conquistas cuando se unió á la desastrosa expedición de su hermano y regresó con éste al Nuevo Reino de Granada.

causa criminal, como había hecho con los otros Conquistadores. Pero éstos, menos sufridos que Rondón, movieron todas sus influencias y levantaron declaraciones secretas contra Lugo, las cuales lograron mandar á España subrepticamente con algunos Oficiales reales, á quienes Lugo había tratado de atropellar para arrancarles los *quintos* del rey que ellos custodiaban.

El Adelantado tuvo, sin embargo, noticia de aquel hecho, y como no se atreviera á vengarse públicamente en los Quesadas, que eran muy respetados y queridos en la Colonia, permitió que sus parciales dieran muerte dentro de la cárcel á un desgraciado escribano que se había prestado á dar testimonio contra él, aunque aseguró no haber dado orden alguna de que le matasen. En seguida resolvió abandonar su Gobernación y pasar á la Corte, con el objeto de llegar inmediatamente después de los que llevaban las declaraciones contra él. Tenía seguridad de poder cohechar, con los inmensos candelas que llevaba consigo, á cuantos jueces trataran de juzgarle, y con el fruto de sus robos escandalosos hacerse de amigos é influencias en la Corte, de manera que no permitiesen llegar el eco de las quejas de los colonos á oídos del Emperador.

Pero antes de partir desterró del Nuevo Reino á los Quesadas y les obligó á que saliesen de él inmediatamente, y además, para no dejar ningún enemigo influyente atrás, aprehendió de nuevo á Rondón, y, ahorrado, le hizo meter en un bergantín en el Magdalena y bajar en su compañía hasta Santa-Marta. Según Piedrahíta, Lugo tenía esperanzas de que el Conquistador de Tunja perdería la vida en aquel penosísimo viaje, por climas malsanos y careciendo hasta de las menores comodidades; pero no lo logró, si esa fué su intención, pues éste llegó á Santa-Marta sin novedad alguna, yá entrado el año de 1545. En aquel puerto Lugo compró un buen navío para embarcar sus tesoros, y aun no satisfecho con sus riquezas fué costeando por las orillas del mar, llevando consigo á su prisionero, en solicitud de las pesquerías de perlas, y apoderándose de cuantas halló á mano durante el tránsito.

Pero la suerte no le fué siempre igualmente propicia. Habiendo llegado al Cabo-de-la-Vela, en donde había un pequeño caserío en aquel tiempo, supieron los ve-

cinos del lugar que llevaba preso á Rondón, á quien conocían y estimaban mucho, y resolvieron hacerle soltar la presa. Arremetieron, pues, una madrugada á Lugo, armados con lo que pudieron hallar á mano, y pidieron al Adelantado que soltase al preso. Como aquél se negase á ello, los amigos de Rondón quitaron el timón y las velas al buque é hicieron saltar á tierra á la tripulación. Asustado Lugo con aquello y temiendo perder sus tesoros, no solamente puso en libertad al Fundador de Tunja, sino que devolvió, como se lo exigieron, las perlas pertenecientes á las arcas reales que había saqueado, en cambio del timón y demás arreos que le habían quitado, y embarrándose apresuradamente con sus marineros, se hizo á la vela con dirección á la isla Española, en donde pensaba hacer sacala antes de seguir para Europa. (1)

En el Cabo de la Vela Rondón encontró al Obispo de Santa Marta, Fray Martín de Calatayud (que aguardaba allí una embarcación para ir á su Diócesis), el cual le acogió con mucho cariño, le llevó á su posada, y le proporcionó recursos, que ya no tenía ningunos el antes poderoso Conquistador de Tunja. Cuenta el cronista Castellanos (aunque ningún otro historiador refiere el lance) que estando en el Cabo de la Vela nuestro Conquistador, aguardando una embarcación para pasar á Cartagena á pedir justicia al Visitador Armendáriz que acababa de llegar á aquel puerto, los vecinos se le acercaron llenos de pavor á decirle que se aproximaban á aquel punto las embarcaciones de un pirata francés que el año anterior había cometido mil crueldades en esas costas. Como aquel miserable caserío no tenía armas con qué defenderse, ni fortaleza en donde guarecerse, empezaban los vecinos á poner piés en polvorosa, cuando Rondón les detuvo, diciéndoles que él se daría sus trazas para impedir que los piratas les hiciesen mal alguno. Aseguróles que no tocarían en tan pobre caserío, sino para hacerse de agua y recoger las perlas que pudieran, y que de seguro los principales buques continuarían su marcha, enviando al Cabo de la Vela apenas algún barco de menor tamaño, pobremente tripulado. El desalentar á éste, dijo, no sería muy difícil

(1) Piedrahíta. — Pag. 431.

empresa; así, pues, juntó prontamente los pocos Españoles que había en el lugar, que apenas alcanzaban á sesenta; á veinte de éstos hizo montar á caballo y les desplegó sobre la playa, los de adelante bien armados, y los otros llevando en las manos algunas adargas viejas que de lejos parecían sanas. Reunió, además, á los Indios y á los negros de la granjería, que llegaban hasta trescientos cincuenta, á los cuales puso en actitud de batalla con arcos y flechas unca, y otros armados con varas largas que podían parecer lanzas, y aguardó á que se acercase la carabela que los piratas habían descubierto de la flotilla.

Sucedió como lo había pensado nuestro Conquistador.

No bien hubieron notado los piratas que iban en la embarcación, los aprestos bélicos de los habitantes del Cabo de la Vela, cuando se detuvieron al entrar en el puerto, y después de consultarse entre sí izaron bandera blanca. Rondón contestó de la misma manera, y ocultando detrás de las casas á los que no estaban bien armados, se adelantó con los demás á recibir á los piratas, á quienes sin duda hablaría en su lengua, pues debió de haberla aprendido en los largos años que militó en los ejércitos del Emperador, visitando gran parte de Europa. Después de una corta conferencia con el caudillo de los Franceses, permitió que saltasen á tierra algunos de los piratas (cambiando rehenes), con el objeto de que negociasen con los pobladores del lugar las mercaderías extranjeras que llevaban, por las perlas y alimentos que necesitaban, y al cabo de algunas horas de permanencia en tierra, sin hacer daño alguno, los piratas se volvieron á embarcar y fueron á incorporarse en la flotilla que hacía rumbo hacia las otras colonias españolas, en donde cometieron toda suerte de maldades y rebos.

De esta manera Suárez Rondón salvó de la ruina y quizás de la muerte á aquella población que le había amparado y acogido en su desgracia, de lo cual quedaron animadamente agradecidos sus pobladores y pasmados de su astucia y conocimiento del mundo.

Pocos días después de aquel acontecimiento aportó al Cabo de la Vela, á tomar agua, la nave *Capitana* que venía, en vía para Cartagena, la Audiencia de Santo Domingo con los desterrados, por el Adelantado Lugo,

entre los cuales iban los dos hermanos de Quesada, á quienes se les habia alzado la injusta sentencia.

Holgóse mucho Gonzalo Suárez cuando se encontró con sus dos amigos Hernán Pérez y Francisco Quesada, los cuales ofrecieron llevarle á él y al Obispo á Cartagena y á Santa-Marta en la embarcación en que iban. Pero sucedió, para su desgracia, que cuando quisieron hacerse á la vela, los vientos eran contrarios, y fué preciso aguardar en el puerto á que cambiásen.

Estando una tarde todos los pasajeros reunidos sobre cubierta en la *Capitana*, jugando alegremente á los naipes, empezó á nublarse el tiempo, oscurecióse el horizonte, y la mar se hinchaba y suspiraba como si adivinase que se preparaba una tormenta. Los jugadores veían ya imperfectamente los naipes, y tenían que agacharse para distinguirlos, cuando de repente, sin previo anuncio, rasgó el aire un terrible rayo que dejó ofuscada y aturdida á toda la tripulación con el estruendo. Cuando los saños volvíeron en sí, hallaron muertos á los dos hermanos Quesadas, rota una pierna á Rondón y herido en un brazo al Obispo; además, muerto un General Archuleta y dos marineros de la tripulación.

Yá se puede imaginar enál no sería la consternación de los circunstantes con tan espantable suceso. Desembarcaron á los muertos con grandes demostraciones de dolor, dice Piedrahíta, y les dieron honrosa sepultura en aquel triste caserío, y en seguida, yá con buen viento, continuó su viaje la *Capitana*, llegando pocos días después á Cartagena (no sin haber dejado al Obispo en Santa-Marta), en donde Rondón se presentó á Armendáriz á pedir justicia, suplicándole revocara las sentencias fulminadas por el Adelantado Lugo y que se le devolvieran sus bienes injustamente embargados.

Armendáriz envió inmediatamente á Santafé á un joven sobrino suyo, Pedro de Ursúa, el cual se ocupó activamente en reparar el mal hecho por Lugo; y Suárez Rondón no solamente recuperó todos sus bienes en el Nuevo Reino, sino que, habiendo puesto pleito á Lugo en España, logró que éste le devolviese algo de los muchos tesoros que le habia tomado violentamente.

Sin duda nuestro Conquistador vivió desde entonces hasta su muerte, acaecida largos años después, entregado á los goces de su hogar y á la administración de

las cuantiosas haciendas que tenía en Tunja, pues no volvemos á tropezar con su nombre en las crónicas contemporáneas sino una vez, que fué cuando se temió que el tirano Aguirre invadiese el Nuevo Reino. Entonces se dijo que había levantado una fuerza en Tunja, á cuya cabeza iba á ponerse para atajar la marcha de Aguirre, cuando se supo que éste había sido muerto en el Tocuyo en 1561.

Gonzalo Suárez Rondón murió en Septiembre de 1579, en el mismo año que su caudillo Jiménez de Quesada. En su testamento, del 14. de dicho mes, declaró que dejaba cuatro banderas y estandartes muy ricos que había traído de España, y otros pendones y estandartes, para que los pusiesen en la capilla que edificó en la iglesia parroquial de Tunja para su sepulcro, con rica capellanía de misas para el bien de su alma. Los estandartes debían sacarse en memoria suya todos los años en la procesión del Corpus y reponerse cuando se acabaran . . . Aquellos hombres heroicos tenían tan firme creencia en lo porvenir, que mandaban desde su tumba y al través de los siglos que se diera culto á la Divinidad en su nombre, y si ellos morían querían que se supiese que su fe vivía en sus herederos!

Rondón dejó de su matrimonio dos hijos: Miguel y Nicolás, y dos hijas: Marta é Isabel. Miguel duró muchos años casado y no dejó sucesión; el segundo tuvo dos hijos varones que murieron solteros; una de sus hijas fué monja de la Concepción en Tunja, y la otra casó con un Cristóbal Núñez de la Cerda. Así, pues, según el Nobiliario de Ocaziz, Rondón no dejó hijos legítimos de su nombre en el Nuevo Reino de Granada, ni hay quien realmente lleve sangre suya en sus venas.

Este conquistador es uno de los pocos cuyo nombre jamás fué manchado con sangre inocente, y su memoria debe guardarse como la del tipo del caballero digno de los más honrosos recuerdos.

MARTÍN GALIANO.

(FUNDADOR DE VÉLEZ.)

I

Entre los conquistadores que subieron al Nuevo Reino de Granada con Gonzale Jiméneza de Quesada, se distinguía particularmente un gallardo oficial que había militado en Italia con don Antonio de Leiva: llamábase Martín Galiano, y era hijo de familia italiana, oriunda de Génova, establecida en Valencia, en donde él nació. (1) No hemos podido descubrir cuál era la posición social de Galiano, y seguramente, á pesar de los abuelos que le inventó Ocariz, su nacimiento debió de ser humilde; acaso serviría en Italia como soldado raso; y nada más, dado que en la expedición de Quesada era simplemente Alférez de la compañía que comandaba el Capitán Lázaro Fonte.

No mencionan los cronistas el nombre de este oficial en ninguna proeza particular de todas las campañas de Quesada, en el Imperio de los Muiscas y de los Taques; y sólo al hablar de una expedición que hizo el Capitán San-Martín á los Llanos, hacen memoria de él por primera vez.

(1) Dice Ocariz, con su salerosa candidez, que aquella familia era del linaje del Emperador Galeno, ó de uno de los primeros Gobernadores de Venecia que llevaba aquel nombre; y podía también haber dicho que era descendiente del famoso Galeno, médico griego. El apellido indica por sí sólo procedencia gálica, ó de Galia ó Gaglia.

Dicen los cronistas que iba San-Martin con sus compañeros transitando trabajosamente por unas laderas resbalosas, en las cumbres de las serranias que miran hacia los Llanos, cuando vieron venir sobre ellos una tropa de indigenas armados con flechas y macanas. Como estaba lloviendo, los Españoles habian desensillado los caballos para que no se mojasen las monturas, y cada uno llevaba del diestro el anyo, bajando dificultosamente por los despeñaderos. Cuando se vieron acometidos por la turba de salvajes, todos se detuvieron sin saber cómo defenderse en la estrechez de las veredas, donde resbalaban como si caminasen sobre jabón y los caballos apenas podian tenerse en pie. Pero Galiano no perdió la cabeza, y obligando á su caballo á subir á un alto, montó en pelo y empezó á dar gritos y blandir la lanza con ademanes desesperados; con el objeto de espantar á los Indios; consiguió su objeto, pues los salvajes, viendo aparecer de repente aquel monstruo (creyeron que caballo, hombre y lanza eran una sola persona), se asustaron tanto, que echaron á correr y fueron á ocultarse en los adyacentes páramos, sin volver á molestar á los Españoles en su tránsito.

No obstante el silencio que guardan los historiadores acerca de los hechos de Galiano, debió de ser muy estimado por su caudillo, porque cuando, en Mayo de 1539, se embarcó Quesada en via para España, dejóle encomendada una obra importante: la de fundar una población en la provincia de Ohipatá, que sirviera de núcleo para la conquista de aquellas comarcas, y de lugar propio para atender á las necesidades de los Españoles que entrasen en el Nuevo Reino por esa via. Además, le dejó orden de que pusiese el nombre de Vélez á la nueva población, sin dada como recuerdo de Vélez-Rubio ó Vélez-Blanco, en la diócesis de Almería, ó más bien, de Vélez-Málaga, hermosa ciudad de la costa del Mediterráneo, en cuyas cercanias se dijo que tenia propiedades el padre del Conquistador. (1)

(1) Se equivoca, pues, el señor Groot (HISTORIA ECLESIASTICA DE NUEVA GRANADA) cuando afirma que Galiano puso el nombre de Vélez á la ciudad que fundó, por ser oriundo de aquel lugar de España.

Galiano salió de Santafé á mediados de Junio de 1539, con algunos infantes y caballería escogida, y seis días después llegó á un pueblo indígena llamado Tinjasa, poblado por naturales, industriosos entregados á la fabricación de loza, de pacíficas costumbres y fundado en país suave, ameno y de temperatura deliciosa (19 gr. cent.) Algunos de los compañeros de Galiano propusieron fundar allí á Vélez, pero al caudillo pareció no estar suficientemente lejos de Santafé, y continuaron la marcha hasta otra población, también de pacíficos moradores, en clima agradable y sano, llamada Suta, cerca de la laguna de Fúqueno. Pasó, sin embargo, de largo por allí Galiano, sin querer detenerse, como se lo pedían sus compañeros, y no quiso parar mientras no llegó á un sitio en las márgenes de un riachuelo llamado Ubasá, el cual desagua en el Suárez ó Saravita. Parecióle aquel lugar el más propio para el objeto que se había propuesto Quesada, por estar en terrenos del cacique de Chipatá, que era amigo de los Españoles, y no tan distante de las serranías de Carare, camino que entonces se creía ser el mejor para comunicarse con el Magdalena y la Costa.

Plantado allí el real, Galiano pasó á fundar la ciudad de Vélez el 3 de Julio del mismo año, y con todas las ceremonias del caso trazó la población futura y repartió solares entre los que le acompañaban. Aquella fué la segunda ciudad española fundada en el Nuevo Reino de Granada. Sin embargo, Vélez no subsistió en aquel lugar: á poco notaron que el sitio tenía muchos inconvenientes, y el 14 de Septiembre resolvieron pasar la población al otro lado del río Suárez, donde ahora se halla. La ciudad demora en una meseta inclinada, al pié de una peña de más de cuatrocientos metros de altura, que se levanta casi abrupta sobre la población como un altísimo muro escalonado. Goza de un clima de 20 grados centígrados por término medio, y produce inmensa variedad de frutas y granos alimenticios; hoy día cuenta la ciudad con una población de cerca de doce mil habitantes. En el mismo lugar que ocupa la iglesia parroquial señaló Galiano el sitio del primer templo católico que se levantó en aquella provincia, el cual dedicaron á la Santísima Cruz.

Inmediatamente empezaron los Españoles á fabri-

car las habitaciones necesarias; ayudados por los indígenas comarcanos, quienes á ello se prestaron con gusto, edificando en primer lugar la iglesia y el hospital, y con los súbditos del Cacique de Saboyá sembraron extensas plantaciones de papás, maíz y otras sementeras en los alrededores de la naciente ciudad y en los cerros de las cercanías.

Viendo que los naturales eran pacíficos y parecían estar satisfechos y contentos con sus conquistadores, Galiano resolvió dejar en Vélez la mayor parte de los Españoles más trabajadores, y, poniéndose á la cabeza de los más denodados de sus compañeros, salir á visitar las vecinas comarcas, sin duda con la mira de buscar oro, que era el constante anhelo de los invasores. Los indígenas comarcanos le recibieron de buen grado, y por medio de sus intérpretes les hizo saber que en adelante ya no eran libres, sino súbditos del rey de España, de quien él era delegado y á quien debían ofrendar las prendas de oro que tuviesen. Como el Español no les hizo ningún mal, á pesar del terror que les infundía, de lá fiereza de su aspecto y del de los caballos, unido al estruendo de las armas que llevaban, los naturales convinieron fácilmente en declararse súbditos platónicos de un poder que no veían y cuyos delegados parecían mansos y se contentaban con fruslerías que aquéllos poco apreciaban. Así, pues, en breve regresó Galiano á la recién fundada ciudad con un corto botín, pero en toda paz y sosiego.

Mientras que acababa de ordenar las encomiendas y repartir los Indios que vivían más cerca, envió á un Español llamado Juan Alonso de la Torre á recorrer y someter las tierras de dos caciques poderosos,—Cocomé y Agataes,—los cuales se habían mostrado dispuestos á entablar amistad con los Españoles. Efectivamente, los súbditos de Agataes y de Cocomé recibieron con mucho agasajo á los Españoles y les socorrieron con cuanto tenían. Pero como La Torre no encontrase las minas de oro que le habían dicho hallaría en aquellas tierras, siguió su jornada en demanda de los lugares que le señalaron como muy ricos. Mas á medida que se internaban por aquellas serranías, el camino se hacía más y más difícil de tragar, hasta el punto, dice Piedrahita, que al fin "dieron en un paso de peña tajada que

tenía prolijo y peligroso el repecho, por el riesgo de caer en la profundidad del duro suelo, de tal suerte que para emprenderlo los naturales se valían de escalas de bejucos asidas á troncos de árboles que había en la cumbre, á la manera que se ve en las jarcias de los navíos. A la mano derecha de la peña nace en lo más elevado una fuente caudalosa, que desde su origen y sin tocar en otra piedra se precipita por el aire hasta la profundidad de la tierra más vecina, donde la reciben los troncos desatada en rocíos." Por caminos semejantes y pasando peligros y trabajos inauditos, los compañeros de La Torre continuaron su marcha en busca del tan ansiado metal. Pero en vano sufrieron aquellas penalidades hasta ir á dar con el río Carare; no encontraban sino muy ligeros rastros de oro, y mucho menos las ricas minas de que les habían hablado: en nada apreciaban estos hombres las riquezas vegetales que encerraba aquella zona, la que hoy día se encuentra casi en el mismo estado que entonces; las selvas están aún más salvajes y solitarias, porque la raza indígena ha desaparecido y la blanca no prospera en semejantes climas. (1)

(1) No há muchos años que describía de esta manera las selvas del Carare uno de nuestros más pulcros y elegantes escritores: "Las selvas del Carare no ceden en riquezas de todo género á las de la hoya del Minero, y las sobrepujan en majestad. Desde que se entra en el laberinto de colinas que ciñen los tortuosos pliegues del río Guayabito, se viaja por medio del alto bosque que á la derecha ó izquierda limita la fangosa línea del camino, siempre bajo la sombra, siempre húmedo y denso el ambiente, en términos que, disparado un tiro de escopeta, permanece quieto el humo de la pólvora largo rato, sin ascender ni disiparse. El caucho, el almendrón y el ceibo, colosos de vegetación, yerguen sus copas por encima de los demás árboles, cobijándolos con sus gigantescas ramas, mientras el tronco redondo y recto, cuya circunferencia ocupa un grande espacio, sostiene y alimenta profusión de árboles menores, enredaderas semejantes á gruesos cables, y tribus enteras de parasitas sembradas en todas las axilas de las ramas. Cuando uno de estos colosos cae desarraigado por el huracán ó minado por la vejez, abre en el bosque una ancha calle, tronchando y sepultando bajo sus ruinas cuanto alcanza, y entonces el oscuro tronco forma una eminencia prolongada que se cubre de arbustos é interrumpe la llanura con la apariencia de una larga colina; tal es la grandeza de estas ruinas ve-

Disgustados con la carencia de lo que buscaban, La Torre y sus compañeros empezaron á tratar mal á los Indios, salteando las inermes poblaciones para robarlas y llevándose cautivos á los indígenas que encontraban más robustos y mejor formados. Así, al regreso, en lugar de encontrar con los agazajos con que les recibieron los Agatás y Cocomés, hallaron las poblaciones desamparadas y sus moradores asilados en los altos riscos, preparándose para atacar á los invasores, lo cual llevaron á cabo con gran vocería y ruido de instrumentos bélicos. Arrojan los indígenas sobre los Españoles, desde lo alto de las peñas, gruesas piedras y flechas, y éstos se defendían con gran denuedo de los escuadrones de naturales que bajaban á acometerles de

getales, imponentes aunque postradas. Enumerar las miríadas de animales que pueblan la selva, sería imposible. Encima es un interminable ruido de aves, que ora sacuden las ramas al volar pesadamente, como las pavas y pautjes, ora alegran el oído y la vista, como los jilgueros, las diminutas *quitichas* (colibrí) ó el sol-y-luna, pájaro de silencioso vuelo, brillante cual mariposa, que lleva en las alas la figura del sol y de la luna creciente, de donde le viene el nombre. Al rededor remueven el ramaje multitud de cuadrúpedos, y los inquietos *zambos* corren saltando de árbol en árbol á atisbar con curiosidad al transeunte, las hembras con los hijuelos cargados á la espalda, y todos juntos en familia chillando y arrojando ramas secas; mientras más á lo lejos los aragatos, sentados gravemente en torno del más viejo, entonan una especie de canto en que el viejo gruñe primero y los demás le contestan en coro. Bajo los piés y por entre la yerba y hojarasca se deslizan culebras de mil matices, haciéndose notar la cazadora por su corpulencia y timidez, y la lomo-machete, de índole fiera, cuerpo vigoroso, coronada de una cresta y armada de una sierra que eriza sobre el lomo al avistar al hombre, lo que afortunadamente sucede raras veces; en ocasiones saltan de repente lagartos enormes, parecidos á las iguanas, y huyen revolviendo la basura del suelo: en otras nada se ve, pero se oye un sordo rozar en la espesura, y el ruido de un andar lento al través de la maleza; de continuo y por todas partes la animación de la Naturaleza en el esplendor de su abandono; y á raros intervalos, á orillas del camino y escondida, se encuentra la choza miserable de algún vecino de Guayabito, pálido y enfermizo, ó cubierta la cutis con las feas manchas del carate. El hombre está de más en medio de aquellas selvas, y sucumbé sin energía, como abrumado por el mundo físico.

‘Ancizar.—PEREGRINACIÓN DE ALPHA.—Pág. 100.

cerca, ya haciendo uso de sus lanzas, ya cubriéndose con las rodelas. Perseguido y molestado día y noche por los indígenas, al fin La Torre llegó á Vélez, yendo muchos de sus compañeros lastimados y heridos, pero sin haber muerto ninguno, ni perdido las pocas joyuelas de oro que habían tomado á los dueños de la tierra.

II

Hasta entonces, si Galiano no se había manifestado particularmente humano, tampoco había dado señales de ser cruel; pero la noticia que llevó La Torre de la manera con que se habían defendido y les habían hostilizado los Indios, antes amigos de los Españoles, despertó en él gran cólera, la que disimuló entonces, atendida la necesidad que había de castigar la audacia de los naturales, y puso de manifiesto un carácter cruel y vengativo que antes no se le conocía. Inmediatamente reunió á los hombres más atrevidos de su tropa, y les manifestó que era preciso sufocar el alzamiento de los indígenas antes que tomase cuerpo y se unieran las tribus vecinas á los enemigos en contra de los Españoles; los oficiales abundaron en sus mismas ideas, y al momento se acordó ponerse en marcha en busca de los Agataes y Cctomés, llevando consigo los perros cebados á matar Indios, que tenían en el real, pero de los cuales aun no habían hecho uso.

Esta fué la primera ocasión que se practicó esta clase de guerra contra los indígenas del Nuevo Reino; pues Quesada no trajo perros de la Costa, y los mastines cazadores de Indios no vinieron sino con los conquistadores Federmann y Belalcázar, de Venezuela y de Quito. Dice Piedrahita que aquella crueldad de Galiano le hizo gran daño entre sus compañeros de armas y mereció la desestimación de sus conciudadanos, de manera que en el resto de su vida sufrió por tal motivo muchas sinsabores y acusaciones de inhumanidad para con los Indios.

Pusiéronse, pues, en marcha en són de guerra, con el objeto de atacar á los indígenas refugiados en las peñas y guarecidos en los cerros. Acompañaba á Ga-

liano, como su segundo, un joven de nacimiento hidalgo, oriundo de Córdoba, llamado Juan Fernández de Valenzuela. (1) A éste dió el mando de la mitad de su tropa, y él tomó el de la otra, y aguardando á que oscureciera se dividieron para atacar á un mismo tiempo á dos pueblos diferentes, situados como á media legua el uno del otro. Con la oscuridad de la noche, por sendas peligrosísimas y con un valor y una audacia realmente dignos de mejor causa, aquellos dos caudillos se arrojaron de improviso sobre los míseros naturales, que no aguardaban que les atacasen á esas horas, y no supieron defenderse sino rendirse. Sin embargo, ni Galiano ni su segundo tuvieron misericordia con los vencidos, y cometieron la barbaridad de hacer cortar las narices, las orejas y los dedos pulgares á trescientos infelices indígenas, con el objeto, dijeron, de que diesen aviso á todas las tribus de la manera con que los Españoles castigaban á los que se atrevían á defenderse de la invasión.

Pero aquella inaudita crueldad no fué parte á domar á los naturales, sino que, al contrario, les exaltó el deseo de vengarse, descargando su ira sobre un soldado llamado Juan de Cuéllar, á quien hubieron á las manos: llevándosele á su campamento, le martirizaron hasta matarle, y después arrastraron su cadáver con ignominia por las cumbres de los cerros, á la vista de los Españoles. La muerte de Cuéllar causó más muertes y martirios de indígenas, en represalias, y la guerra se fué envenenando día por día, sin que por eso se doblegasen los indígenas; al contrario, semejante conducta produjo odio, rencor y venganza, á tal punto, que Galiano se empezó á ver en apuros. Turbada la paz de toda la provincia, no había quien trabajase en las sementeras ni ayudase á labrar las habitaciones, y corrían ya los Españoles el riesgo de morir de hambre, ó de tener que abandonar ignominiosamente la incipiente ciudad, cuando ocurrió á Galiano la idea de mudar de táctica, y pasando de la crueldad á la misericordia, soltar á las mujeres que tenía cautivas, sin exigir rescate, y por medio de ellas mandar ofrecer la paz y el perdón,

(1) Véase lo relativo á este Conquistador en la 3.ª parte de esta obra.

á trueque de recuperar la amistad de las tribus encolerizadas. Aquella conducta cambió el aspecto de todo el país, y los caciques vecinos se acercaron á Galiano sin dificultad y le ofrecieron guardar la paz en adelante.

III

Entre los soldados del Conquistador de Vélez se hallaban algunos que ocho años antes habían visitado las provincias que denominaban del Guane, en unión de Alfínger, y ponderaban la riqueza de aquel país. Esto animó á Galiano á penetrar por aquel lado, lo cual llevó á cabo saliendo de Vélez al principiarse el mes de Enero de 1540. "El suelo de la pobladísima provincia de Guane, dice Acosta. (1) es un plano inclinado al Poniente desde la cresta de la cordillera oriental de los Andes, regado de ríos caudalosos que forman valles y quebradas de una maravillosa feracidad, porque todo es de formación caliza, que sólo en donde faltan las aguas deja de producir los más succulentos frutos, granos y raíces. Todos estos ríos desaguan en el Suárez, que forma al pié de la cordillera de Gachas, la cual divide este valle del Magdalena, un torrencioso canal, á cuya margen izquierda la tierra, aunque igualmente fértil, es estrecha y de corta extensión. El Suárez entra en el Sogamoso á la extremidad de la provincia, y juntos se abren paso por la serranía occidental para precipitarse en el Magdalena."

A pocas jornadas de Vélez, Galiano se encontró en las tierras del Cacique Guane. Nada más bello, fértil ni sano que aquel país. Gozaban sus habitantes de climas propios para toda suerte de sementeras, y andaban vestidos con lienzos primorosamente fabricados; sus mujeres eran más blancas, más pulcras y mejor formadas que todas las indias que hasta entonces se habían visto en el Nuevo Reino de Granada, y además, resultaron ser tan inteligentes, que á vuelta de pocos días aprendían el castellano de manera de poder hablarlo con bastante claridad.

Las primeras tribus que hallaron los Españoles

(1) DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACIÓN, &c. &c.

eran mansas y dispuestas á guardar la paz y á desprenderse sin dificultad de las *chaguálas* de oro con que se adornaban; pero á medida que se penetraba en el interior del país, los naturales aparecían más hoscos é intratables, y por último se manifestaron tan belicosos, que Galiano, que parece se había propuesto no hacer la guerra, sino en caso muy necesario, tuvo que declararla decididamente. Después de varios combates más ó menos sangrientos, en los cuales los cincuenta compañeros del Conquistador estuvieron á punto de ser derrotados, los indígenas fueron al fin deshechos y sometidos. Según Piedrahita, la tierra estaba tan poblada, que en el corto espacio de la provincia de Guane se contaban hasta 30,000 casas, habitadas cada una por cuatro ó cinco personas.

Aunque se dijo que el oro que habían hallado era poco, los Españoles se vieron obligados á herrar los caballos con aquel metal, temiendo que se les inutilizasen en los caminos y sendas pedregosas que recorrían sin cesar, pues no se atrevían á detenerse en ninguna parte para no dar tiempo á los naturales á que se congregasen á atacarles. Al cabo de cuatro meses de expedición, Galiano regresó á Vélez, á mediados de Mayo. En aquella campaña no se manifestó cruel ni vengativo; y, fuese porque la prudencia le obligara á usar de mansedumbre y misericordia con los vencidos, ó porque en realidad su temperamento verdadero no era como lo había parecido en sus anteriores expediciones, lo cierto es que entonces tuvo más duraderos triunfos, haciendo uso más bien de buenas palabras y áfables maneras, que de las amenazas y tormentos de antaño. Desgraciadamente, mientras se ausentó de Vélez, los encomenderos se habían portado muy mal con los míseros indígenas, particularmente un J. Alonso Gascón (1), de quien se habían vengado cruelmente los naturales, apoderándose de él y de seis Españoles más, en una celada que les pusieron, á todos los cuales sacrificaron en aras de su venganza.

Semejante suceso espantó sobre manera á los nuevos colonos, los cuales, pensando que se les irían encima

(1) Véase el nombre de este conquistador en la tercera parte de la obra.

todos los Indios comarcanos, mandaron pedir socorro á Santafé. Así, cuando regresó Galiano á Vélez encontró allí un destacamento que había mandado como auxilio el Gobernador del Nuevo Reino, que lo era entonces Hernán Pérez de Quesada.

Los Españoles se reunieron para salir á castigar la muerte de Gascón, persiguiendo á los indígenas hasta en los más altos riscos, donde trataban de guarecerse, y desalojándoles de las cuevas y cavernas en que se ocultaban. Sometidos al fin todos, Galiano volvió á Vélez y se ocupó en acabar de repartir la tierra entre sus compañeros. En 1542 acompañó hasta Santafé á don Luis de Lugo, y éste le envió con un Teniente suyo á que hiciese nuevos repartos en la provincia de Vélez, mejorando á sus parciales y amigos más adictos. No dicen las crónicas en qué bando se afilió Galiano en aquel tiempo, pero se infiere que estaría con los *Caquecíos* ó adictos á Lugo, puesto que obedecía sin observación las órdenes de éste.

Más tarde el Visitador Miguel Díez de Armendáriz envió al fundador de Vélez á Cartagena y á Antioquia para que arreglase las desavenencias que existían entre don Pedro de Heredia y Sebastián de Belalcázar; desavenencias que Galiano supo arreglar con la suficiente prudencia y perspicacia, de manera que todo quedó á contentamiento de los dos rivales. Después de aquel suceso, no volvemos á tropezar con el nombre de Galiano en las crónicas de la época, y apenas se infiere que permaneció tranquilamente viviendo en Vélez, ya gobernando la ciudad como Alcalde, ya rigiéndola como Corregidor. Se había casado con la viuda de un Ortún Royo, llamada Isabel Juana de Meteller; pero no dejó hijos legítimos, sino una joven llamada Martina, nacida fuera del matrimonio. De España habían venido á buscar fortuna á su lado una hermana y una sobrina suya, así como un hermano, Pedro Galiano, cuyo nombre se halla entre los de los soldados de varias expediciones arriesgadas, emprendidas después de la conquista.

Así como no conocemos sus primeros años, también ignoramos cuándo y cómo ocurrió la muerte del Fundador de Vélez. Algunos cronistas dan á entender que murió en su encomienda, ya muy anciano, y otros dicen que pereció en el naufragio acaecido en las costas de

España, en 1554, en compañía del fundador de Cartagena, don Pedro de Heredia, y de otros Españoles notables. Tampoco hemos podido encontrar ninguna descripción de la persona de Galiano ni de su carácter y costumbres, sino apenas lo que se desprende de los hechos que de él conocemos; pero éstos no nos dan clara idea de lo que fué, pues le vemos á las veces cruel hasta la barbarie, y otras, pacífico y misericordioso. En resumen, pensamos que este conquistador no fué particularmente notable por sus hechos. Sus hazañas, sus cualidades, su fiereza, su inhumana crueldad unas veces, y su templanza y discreción otras, no sobresalen ni exceden á las de muchos otros conquistadores sus contemporáneos; cuyo nombre apenas nos ha llegado al través de los siglos.

PEDRO DE URSUA.

(FUNDADOR DE PAMPLONA).

I

“No cuantos vinieron á América, dice don Pedro Fermín Cevallos (1), como tan erradamente se cree entre nosotros, andaban cruzando estos reinos vestidos de hierro, enristrando sus lanzas contra los Indios pacíficos é incendiando ó destrozando heredades. Vinieron jóvenes pertenecientes á familias nobles y de distinguida educación, llevados más del impulso aventurero de su siglo, y de tomar renombre por sus hazafias, que por encenagarse en la avaricia.”

A esta clase de conquistadores pertenecía el que será objeto de las siguientes páginas, y cuya vida agitada y dramático fin le hacen uno de los más interesantes caballeros de cuantos visitaron el Nuevo Mundo en solicitud de aventuras.

Eran tantas las solicitudes que enviaban á la corte de España los misioneros y hombres humanitarios, pidiendo leyes que protegieran á los indígenas de América, que Carlos V promulgó un edicto que amparaba á éstos contra la rapacidad de los encomenderos y conquistadores de las tierras recién descubiertas. Pero sabiendo el Emperador que las nuevas leyes no serían aceptadas con gusto en las Colonias, envió comisionados regios especiales á todas ellas, encargados de

(1) HISTORIA DEL ECUADOR.—Tomo 1.º, pag. 517.

hacerlas obedecer. Tocó á un letrado, Miguel Díez de Armendáriz, venir al Nuevo Reino de Granada y á las otras gobernaciones establecidas en lo que hoy día es Colombia. Este caballero llegó á Cartagena á fines de 1544, y, entre otros asuntos, traía la misión de residenciar al Gobernador Heredia; así fué que no pudo continuar su marcha inmediatamente á Santafé, en donde muchos conquistadores le instaban para que quitase el mando á Montalvo de Lugo, á quien el Adelantado don Luís de Lugo había dejado gobernando el Nuevo Reino.

Viendo la necesidad urgente que había de que fuese algún comisionado á Santafé, Armendáriz, á pedimento de Gonzalo Suárez Rondón, resolvió enviar en compañía de éste conquistador, que era muy respetado por todos, á un sobrino suyo, navarro como él, bien educado, brioso y valiente, á quien había traído de España para que buscase aventuras y fama en el Nuevo Mundo. Llamábase Pedro de Ursúa este sobrino del Visitador, y apenas había cumplido diez y ocho años. Aunque era casi un niño, tenía ya prendas muy estimables, y además de ser gallardo mozo, activo y perspicaz, era tan fino y agradable para todos, que se captaba la buena voluntad de cuantos le trataban; sin que por eso perdiera la gravedad del porte ni la seriedad de un capitán que hubiera nacido con el dón del mando en alto grado. No anduvo, pues, errado Gonzalo Suárez Rondón cuando pidió á Armendáriz que enviara á su sobrino á Santafé con los poderes suficientes para organizar el gobierno del Nuevo Reino, desorganizado por don Luís de Lugo.

Yá para entonces la navegación del Magdalena era más fácil que al principio de la conquista. Habían desaparecido casi todos los indígenas belicosos que poblaban antes sus orillas: unos habían perecido en los combates con los Españoles, y otros ocultábase en las selvas, en el interior del país, donde permanecían aislados. Se habían fundado además sobre las márgenes de aquel hermoso río dos poblaciones españolas: la de Mompox, establecida en 1539 por don Alonso de Heredia, y la llamada Tamalameque, "que en la orilla derecha fundó el año de 1544 el Capitán Juan de Céspedes, por orden del Adelantado Lugo, en una barranca

alta, algunas leguas arriba de la desembocadura del río Cesari, en el sitio que llamaban Sompallon, que después se trasladó frente á Mompox, y más tarde se restituyó á su primitiva fundación." (1)

Como Ursúa necesitaba pasar por Vélez y Tunja para hacerse reconocer por estas ciudades, y después continuar hasta Santafé á sorprender á Montalvo de Lugo, antes de que éste tuviera tiempo de ponerse en salvamento, no continuó su marcha por agua hasta Guataquí,—vía que empezaban á trajinar los Conquistadores con preferencia á la de Carare,—sino que tomó el camino del Magdalena á Vélez, y en pocos días traspuso la cordillera con sus compañeros y entró en aquella ciudad, cuando menos le aguardaban. Sin detenerse allí, sino el tiempo indispensable para hacerse reconocer por el Corregidor como legítimo enviado del Visitador Armendáriz, continuó su marcha y entró en Tunja, donde hizo otro tanto, y siguió para Santafé apresuradamente.

Al llegar á la pequeña capital del Nuevo Reino, Ursúa la encontró de gala: sus habitantes celebraban la fiesta de la Ascensión, y reunidos en la plaza paseaban con músicas y conversaban en corrillos, mirando á las pocas damas que entonces había, asomadas á las rejas y ataviadas con lo que mejor tenían para honrar aquella festividad. Gran sensación causaría la cabalgata de Ursúa al atravesar la miserable ciudad, sin detenerse en ninguna parte, hasta no llegar á la plaza y desmontarse en las gradas del atrio de la iglesia mayor (2), en donde entró con toda su comitiva á dar gracias á Dios por su feliz viaje, uno de los más cortos y afortunados de cuantos hasta entonces se habían hecho de la Costa á la sabana de Bogotá.

Cuando el joven Capitán salió de la iglesia, halló agolpados á las puertas de ésta á casi todos los caballeros principales de Santafé, menos el Gobernador, y entre éstos se hallaba en primera fila el Capitán Luis Lanchero, jefe de los *Vaquecios* ó partidarios de Lugo, en competencia de los *Quesadas*, cuyo caudillo principal

(1) Acosta—DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACIÓN—Pag 103.

(2) No había otra entonces, sino la capilla del Humilladero, consagrada el 6 de Agosto del año anterior, 1544.

entonces era Suárez Rondón. Aquellos conquistadores disputaban en voz baja, porque algunos ponían en duda que fuese cierto lo que les decían los criados de Ursúa (que se habían quedado guardando los caballos á la puerta de la iglesia), y no querían creer que aquel joven imberbe fuese el Teniente de Armendáriz y el que debiese gobernar el Nuevo Reino en su nombre. Ursúa saludó á todos con grave cortesía, y mirándoles de hito en hito, dijo:

—¿Cuál de vuesasmercedes es el Capitán Luis Lancharo, Alcalde de esta ciudad?

—Así me llamo, respondió Lancharo; y mándeme vuesamerced en lo que le pueda servir.

Lo mismo dijo el otro Alcalde de la ciudad, que lo era el Capitán Gonzalo García Zorro. Ursúa miró á sus compañeros, que eran pocos, y á los santafereños, que eran muchos y valientes, y creyó que lo mejor sería obrar con disimulo. Entabló, pues, con los circunstantes conversación sobre cosas indiferentes, y haciendo la descripción de su viaje quitó la vara á Lancharo, como por distracción, como si no cayese en la cuenta de lo que hacía, y nadie pensó que aquello fuese con malicia. Dirigiase al mismo tiempo á los caballos para montar, y como llevase aún la vara del Alcalde en la mano, éste se la pidió, pero Ursúa no se la quiso dar.

—Caballero! exclamó el *caquecio*, yá montado en cólera: ¿con qué autoridad me quitáis la vara?

—Con la autoridad que veréis después, señor Lancharo, contestó el joven sosegadamente; y montando con los compañeros que llevaba, se encaminó hacia las casas del Cabildo, que estaban al otro lado de la plaza.

Aquella extraña conducta de Ursúa provenía de que le habían informado que Lancharo era hombre apasionado y de carácter violento, que no entregaría el mando de la ciudad, á cargo entonces de Montalvo de Lugo, su amigo, sino difícilmente y promoviendo conflictos y asonadas que de ninguna manera convenían á Ursúa. Pero en esto, asegura Piedrahita, se equivocaba el joven navarro, pues Lancharo era todo un caballero, y, como fiel súbdito del Rey, jamás hubiera puesto tropiezos en el camino del Delegado. No

obstante la mala voluntad que tenía á todos los *Quesadas*, y particularmente á Suárez Rondón, que ejercía mucha influencia en los actos de Ursúa, no hay duda que Lanchero hubiera cumplido con sus deberes con toda puntualidad.

Mientras que el atrevimiento de Ursúa había llenado de asombro y de indignación á todos los conquistadores que quedaban en la plaza, él se presentaba al Cabildo con tanta gravedad y cortesía, con tanto trato de mundo y modales cortesianos, que todos se sorprendieron. Una vez reconocido como Gobernador, en nombre de su tío, el joven dirigió un corto discurso á los notables allí reunidos, asegurándoles con expresiones de cariño y respeto que todo su anhelo era volver la paz al Nuevo Reino, aplacar las disensiones entre dos bandos rivales y administrar justicia al gusto de todos. Añadió "que no ignoraba que para negocio tan grande como el de reconciliar voluntades entre hombres que aspiraban más á la venganza que á la razón, se necesitaba de persona de más edad y experiencia que las que él podía tener; pero que una buena intención suplía por muchos años, y la suya era de entrar en las materias con la sonda del mejor consejo en la mano, para no peligrar en los bajíos de las parcialidades, como se vería siempre que sin doblez le aconsejasen, hasta que, ingeniado en las artes del gobierno, pudiese resolver por sí sólo lo que más fuese en servicio de Dios y beneficio del Reino." (1)

Pero sucedió desgraciadamente con este discurso de instalación, lo que ha acontecido desde entonces hasta el día de hoy con todos los gobernantes: en él se manifestó Ursúa lleno de virtudes y desinterés y anheloso por el bien de la Colonia solamente; pero, como muchos discursos oficiales, todo fué palabrería que se llevó el viento.

II

La conducta de Ursúa para con Lanchero, hombre respetado é influyente en la Colonia, había producido impresión de desagrado en unos y de temor en otros; y, no como decía en su discurso, conciliaba voluntades,

(1) Véase á Piedrahíta.

sino que se ganaba enemigos. Al salir del Cabildo, Ursúa fué á desmontarse en casa del Capitán Hernán Venegas de Carrillo Manosalva, conquistador de los de *Quezada*, persona de representación en Santafé y que había fundado la villa de Tocaima, á fines del año de 1544. Este caballero le hospedó con mucha ostentación en su casa y le rodeó de todo el partido *quesadista*, el cual, sin duda, le aconsejó mal, pues en la misma noche el Visitador mandó arrestar y encarcelar á Montalvo de Lugo y al Capitán Lanchero, —cosa muy impropia de quien había proclamado su deseo de administrar justicia al gusto de uno y otro bando. Una vez en prisiones el anterior Gobernador, Ursúa se fué á vivir á las casas que éste había ocupado, que eran las mejores de la ciudad, aunque cubiertas de paja, por ser todavía muy escasos el ladrillo y la teja.

Manifestábase cada día más descontento el partido *caquecio* con los decretos arbitrarios del joven Gobernador, cuando una noche resultaron incendiadas las casas donde vivía Ursúa, salvando su vida éste con dificultad, así como las de sus criados y paniaguados, pero perdiendo cuanto poseía en su habitación. Los enemigos de Montalvo de Lugo y de Lanchero no despreciaron aquel hecho para llevar á Ursúa chismes y habilllas, asegurándole que el incendio había sido intencional y obra de los *Caquecios*, y aun quizá indicado por el mismo Lanchero. No es de extrañar que un joven sin experiencia y rodeado de malos consejeros, se manifestase muy indignado con la guerra que, le decían, azuzaba el partido de Lugo, y en el acto mandó apresár á varios parciales del anterior Gobernador. Pero en seguida, usando de su natural discreción y perspicacia, se negó á abrir causa contra los acusados, diciendo que él mismo no podía juzgar en ella, y resolvió dejar aquella averiguación para cuando su tío Armendáriz se encargase del gobierno. Esta conducta prueba que Ursúa tenía prudencia y buen natural, cuando obraba por su propia cuenta y sin los consejos de los que deseaban vengarse de sus enemigos á la sombra de tan inexperto joven.

Pero si los del bando de Lugo estaban disgustados, no quedó un sólo conquistador de uno y otro partido que no se manifestase irritado cuando se promulgaron

las leyes nuevas enviadas por Carlos V para proteger á los indígenas. Aquellos conquistadores se consideraban de hecho dueños del país que habían descubierto, y no podían soportar que les cobibiesen en su manera de tratar á los aborígenes y gobernar sus encomiendas. Y fué tal la cólera de los encomenderos y su indignación con quien las había promulgado, que no es extraño impusieran su voluntad á Ursúa, y que éste, viendo la imposibilidad en que estaba de estrellarse solo contra todos los Españoles del Nuevo Reino, se hiciese de la vista gorda y no tratase de hacer cumplir rigurosamente los decretos reales. Además, no solamente permitió, sino que fomentó la idea que tuvieron algunos de enviar á España un Procurador general para que pidiese la reforma de las leyes que tanto les disgustaban. Así accedió entonces á que partiese el Capitán Venegas Carrillo para España, con las firmas de la mayor parte de los Conquistadores al pie de la petición que llevó á nombre de ellos.

Fuera de la promulgación de las famosas leyes y las reyertas con los *Caquecios*, los cronistas no mencionan ningún acto importante de Ursúa durante el año y medio largo que gobernó el Nuevo Reino, hasta el arribo á Santafé de Armendáriz, en Enero de 1547. Apenas hubo llegado el Visitador á Santafé, lo primero en que se ocupó fué en averiguar quiénes habían sido los culpados del incendio acaecido en casa de su sobrino, y acabó por condenar á la horca á un infeliz soldado que se había confesado reo, apremiado por los dolores del tormento, que no pudo soportar. No le valió declararse inocente al tiempo de ir á cumplir la sentencia, asegurando que sólo el temor del tormento le había obligado á confesar una mentira, y aun acusar á otros que eran tan inocentes como él. A pesar de las lágrimas y súplicas del desgraciado, el Visitador no quiso perdonarle, y fué ahorcado. A poco lograron fugarse de Santafé, é irse para España á quejarse del Visitador, Montalvo de Lugo, Lancho y otros que habían sido injustamente encarcelados y perseguidos por Ursúa y Armendáriz, y éstos se encargaron de vengar la muerte del ahorcado; pues en esta vida toda injusticia se paga y todo crimen es castigado tarde ó temprano.

Mientras sucedían estas cosas en Santafé, los encomenderos de la provincia de Velez, y particular-

mente uno de ellos, Gerónimo de Agnayo, (1) trataba tan mal á los indígenas, que el Cacique de Guane (hoy día Socorro), á quien Galiano había logrado someter poco antes, no pudo soportar por más tiempo la conducta de los Españoles, y se alzó á la cabeza de tres mil Indios. Estaban éstos tan exasperados, que resolvieron hacerse fuertes en sus montañas, é hicieron tan tenaz defensa de su territorio, que se llegó á temer seria imposible someterles. Cada tropa que se enviaba contra ellos volvía derrotada y amedrentada, y el Visitador recibía continuamente quejas de los colonos, que le pedían socorro contra el Cacique Chianchón. Había llegado á tal punto la audacia de los aborígenes, que bajaban á las poblaciones españolas, incendiaban las casas y asesinaban al que encontraban desarmado; y más aún: no contentos con hacer la guerra á sus enemigos naturales, castigaban severamente á los indígenas que vivían aún sometidos á los Españoles, obligándoles á seguirles, ó matándoles sin misericordia si rehusaban abandonar á sus amos.

Armendáriz comprendió que era preciso atajar aquel incendio á tiempo; y como no tuviese á mano un caudillo experimentado y de toda su confianza, resolvió encomendar la campaña á su sobrino Ursúa. Esto recibió el nombramiento con el mayor júbilo, pues no deseaba otra cosa que ganar fama y lucirse allí en donde otros más experimentados habían fracasado. Rara vez se ve que en la juventud se busque el dinero con ahinco: lo que en esta edad se anhela es gloria y el aplauso de los demás. Solamente después, cuando el hombre se ha desengañado de la vida y comprende que la gloria no es sino un nombre, y la fama pierde á sus ojos su prestigioso brillo, es cuando vuelve los ojos á las riquezas y funda su ambición en el lucro. Ursúa estaba entonces en su primera juventud, y lleno de ilusiones y alegría emprendió marcha, á mediados de 1547, á la cabeza de ochenta infantes y veinte soldados de caballería; llegó á Vélez sin demora; se informó allí de la situación de los enemigos, y no tardó en continuar su marcha en solicitud del Jefe indígena. Chianchón se había situado entre los cerros y riscos escarpados que

(1) Véase en la tercera parte de esta obra el nombre de este conquistador.

defienden las márgenes del río Suárez ó Saravita, y su pueblo estaba situado en una explanada inclinada, defendida perfectamente, al frente por el río y á la espalda por altos cerros inaccesibles y escarpados.

Ursúa, sin embargo, no vaciló, y resolvió atacar al Cacique en su guarida misma. Chianchon le aguardó de pie firme y le presentó batalla; pero, á pesar de sus numerosas tropas, la superioridad de las fuerzas y armas españolas hizo tanta mella en los desnudos cuerpos de los naturales, que al cabo de una hora de refido combate los indígenas se declararon en derrota y apelaron á la fuga, en la cual murieron centenares, despedazados por los peñeros que llevaban los Españoles. Chianchón había logrado escapar con una parte de su gente; pero, advertido Ursúa del camino que había tomado, lo persiguió sin pérdida de tiempo. Varias veces el Español creyó apoderarse del caudillo indígena, y aunque le tuvo casi en sus manos, siempre se le escapaba. Al fin pudieron más la pericia y la constancia del europeo que la malicia del indígena, y éste cayó en un lazo que le tendió Ursúa, y fué hecho prisionero. Según Piedrahita,—que cita las *Noticias Historiales* de Quesada,—Ursúa fué poco misericordioso con los indígenas en aquella su primera campaña, é hizo grande é inútil carnicería entre los infelices vencidos, así como también decapitó á los principales Jefes de la rebelión, so pretexto de que este rigor escarmentaría á los demás. Una vez que dejó pacificada, ó más bien aterrada, la provincia, nuestro novel guerrero regresó á Santafé, en donde fué recibido con aplausos y encomios; y desde entonces, dicen los cronistas contemporáneos, se le consideró “como buen caudillo entre los mejores,” no obstante su poca edad, pues aun no había cumplido veintiún años.

III

Hacia la época en que Ursúa regresaba á Santafé, se había otra vez revivido la idea de buscar el fabuloso Dorado, país que se decía inmensamente rico, y en cuyo descubrimiento Hernán Pérez de Quesada había gasta-

do años antes muchos caudales y gran número de vidas. Armendáriz recogía datos y hacía indagaciones para descubrir el verdadero camino hacia ese país maravilloso, y Ursúa, contagiado de la idea de llevar á cabo un descubrimiento que traía inquietos y suspensos á muchos, suplicó á su tío que le diese el mando de la nueva expedición. Pero Armendáriz no quería arriesgar tan famosa empresa en manos muy inexpertas aún, y le contestó que antes de tomar á su cargo tan importante campaña, era preciso hacerse más diestro en las armas y ejercitarse en otras conquistas menos dilatadas y trabajosas. Envióle, pues, como Jefe de una expedición que mandaba á las sierras del Norte, transitadas antes por Alfínger, las cuales se decía que estaban pobladas por tribus de indígenas muy ricos y poco feroces.

Ursúa comandaba aquella vez á ciento cuarenta voluntarios, todos soldados avezados á las guerras con los Indios y enseñados á pasar trabajos en los más mortíferos climas. Como su segundo ó Maestre de campo le acompañaba Ortún Velásquez de Velasco, persona juiciosa y adecuada para contener y aconsejar al impetuoso joven. Este se había captado la buena voluntad y el cariño de su tropa, y todos le obedecían con gusto. Así fué que aquella expedición se llevó á cabo con el mayor orden y con toda felicidad. Salieron de Tunja, pasaron el río Sogamoso y atravesaron tranquilamente las grandes poblaciones que demoraban entonces en esos territorios, sin tener que desenvainar la espada, pues los indígenas recibieron de paz á los Españoles y les acogieron con respeto y cariño. Sólo en un punto habían tratado de ofrecer alguna resistencia, y fué en los alrededores de un hermoso valle que los expedicionarios llamaron del Espíritu Santo (por haber llegado á él la víspera de Pentecostés de aquel año de 1549); pero apenas se acercaron los míseros naturales á los Españoles para atacarles, cuando se llenaron de tal espanto, que huyeron despavoridos, volviéndose después á ofrecer su amistad y someterse humildemente. Resolvió entonces Ursúa fundar en aquel valle, de clima sano y fértil terreno, aunque frío y destemplado, (1)

(1) 17 grados centígrados, por término medio.

una población que llamó Pamplona, por ser el nombre de la capital del reino de Navarra. En seguida hizo llevar á aquel sitio á los habitantes de una villa que habia fundado Suárez Rondón con el nombre de Málaga, y que no subsistió por entonces.

Ursúa permaneció en la nueva población un año, labrando iglesia de mampostería y repartiendo solares y encomiendas entre sus compañeros. Los naturales eran pacíficos, á pesar de ser muy numerosos, y en los contornos habia oro en abundancia, y se encontraban señales evidentes, según dicen los cronistas, de minas de plata, cobre, turquesas y ametistas. La colonia progresaba tranquilamente y sin ningún contratiempo; pero esta misma paz fastidió al Conquistador: parecióle que desperdiciaba su juventud en empresas ajenas de su carácter, amante de aventuras; por lo que, dejando de Gobernador á Ortún Velásquez en Pamplona, regresó á Santafé á pedir que le diesen el mando de alguna expedición guerrera en que se pudieran cosechar laureles. Ofrecieronle el mando de una que se enviaba á someter á los indómitos Muzos, que hasta entonces guardaban su independencia, derrotando á cuantos se habían atrevido á invadir su territorio. Ursúa aceptó el mando de la tropa que se preparaba en Santafé, con la condición de que si lograba someter á los Muzos y fundar una población en aquel territorio, le darían en seguida la conquista del Dorado, "blanco, dice Piedrahita, á que tiraba Ursúa desde que los ecos de aquella fingida voz hirieron sus oídos."

La fama de la buena ventura que hasta entonces habia acompañado á Ursúa en todas sus empresas, y la general simpatía de que gozaba en todo el Nuevo Reino, hicieron que se reunieran en torno de sus pendones cuantos soldados aventureros se encontraban desocupados en Santafé. Así, fué fácil al joven navarro escoger ciento sesenta hombres de infantería y veinte caballeros experimentados, bien armados y pertrechados, los cuales, en unión de una tropa de perros, se pusieron en marcha, á mediados de 1551, en vía para la ciudad de Vélez, en donde hicieron escala. De allí pasaron á someter á los Indios de Saboyá, los cuales se rindieron sin dificultad, usándose para con ellos de astucia y de halagos. Continuando su marcha Ursúa, se

internó en el territorio de los Muzos, sin encontrar contratiempos de consideración, pues en donde los naturales trataron de resistirle, él pudo vencerles, y sobre la marcha seguía adelante para aprovecharse de la victoria y no dejar tiempo á los enemigos para rehacerse; asombrando con su audacia á los aborígenes, que se retiraban dejando desamparados sus pueblos y caseríos. Aquella conducta, que revelaba que Ursúa poseía el verdadero genio de la guerra, hizo cambiar de táctica á los Caciques, los cuales resolvieron mandar ofrecer la paz al joven caudillo español, prometiendo volver á sus hogares si el invasor les daba garantías. Ursúa concedió cuanto le pidieron los indígenas, y todos volvieron á sus casas tranquilamente y se sometieron al yugo europeo sin saber lo que hacían.

Para celebrar las paces, los desgraciados aborígenes se convocaron á una feria que debía efectuarse en las cercanías del sitio en que los Españoles habían sentado sus reales, y en donde los Caciques habían mandado hacer grandes sementeras para mantener á los invasores.

Estando allí reunidos, llegó á oídos de Ursúa, dicen los cronistas, la especie de que aquella feria no era sino una trama inventada por los Caciques para encerrar á los Conquistadores como en una red y, apenas les viesen descuidados, sacrificarles todos á su venganza. Como quiera que fuese aquello, lo cierto es que el Capitán olvidó su caballería, y resolvió manchar sus glorias con una cruelísima traición. Mandó comparecer á su presencia á los principales Caciques y fingió querer obsequiarles; pero después de haberlo preparado todo para que, á medida que entrasen en la barraca, fueran recibiendo la muerte de manos de los soldados españoles, lo que éstos hicieron sin misericordia ni remordimiento. Aquella carnicería, tan alevosa y cruel cuanto impolítica, indispuso, como era natural, á todos los indígenas contra Ursúa, por lo que inmediatamente se retiraron á los cerros cercanos y se prepararon para caer sobre los Españoles con gran furia apenas hubiese oportunidad.

Entre tanto Ursúa quiso cumplir con lo que había ofrecido, y fundó una ciudad que llamó Tudela (por llamarse así el lugar de su nacimiento), y sin aguardar

otra cosa, regresó á Santafé á dar cuenta de su conquista y reclamar su premio. Apenas hubo vuelto la espalda, cuando los indígenas asaltaron la recién fundada población española, la cual fué destruída completamente, y los pocos habitantes que sobrevivieron la desampararon para siempre, perdiendo en unas pocas horas el fruto de tantas faenas y tanta sangre derramada. (1)

IV

Cuando Ursúa regresó á Santafé, encontró que para él la fortuna había cambiado, que su tío el Visitador Armendáriz había sido residenciado por el Licenciado Zurita, y que no solamente había perdido el poder, sino vistose obligado á partir para la Española á solicitar justicia. Esta circunstancia, unida al mal éxito de su última empresa, le quitó la esperanza de conseguir el mando de la expedición al Dorado; y no tuvo inconveniente en aceptar el empleo de Justicia Mayor de Santa-Marta, que le ofrecieron para que combatiere á los Indios Bondas y Taironas, que se sublevaban con frecuencia y alarmaban á los pobladores de la provincia. Llegó Ursúa á Santa-Marta á mediados de 1552, y apenas se hizo cargo del gobierno de la ciudad (el Gobernador estaba ausente), cuando empezó á preparar lo necesario para atender á la guerra con los indígenas. Deseaba que aquellos aprestos se hicieran secretamente para coger desprevenidos á los naturales; pero nada de lo que hacían los Españoles era secreto para los enemigos, puesto que los Indios domésticos enviaban á los alzados, noticias de cuanto hacían sus amos; de suerte que cuando Ursúa emprendió marcha,

(1) "En esta retirada murió mucha gente española á manos del enemigo, y á un Religioso que cayó en las de los Indios se lo comieron luégo (eran antropófagos); de que resultó que no comiesen más carne humana, como nota Herrera en su *Década Octava*, por temor del achaque de que se contagiaron los agresores; consiguiendo este sacerdote, con su cuerpo muerto, desterrar de esta nación un vicio, que con gran dificultad lo consiguiere vivo."

yá los Taironas le aguardaban. Aunque el Conquistador llevaba apenas una escasa tropa de poco más de sesenta hombres de á pié y á caballo, era tal el temor que sentían los aborígenes, que éstos no se atrevieron á atacarles, sino que les dejaron penetrar en el país, aguardando una oportunidad para destrozarles impunemente. Mientras tanto, se fingieron amigos y enviaban á Ursúa obsequios y ofrecimientos de amistad. Bien conocían que aquellos climas malsanos eran mortíferos para los extranjeros: á poco éstos empezaron á enfermar de fiebres, incluso Ursúa, que fué acometido por unas cuartanas que le agotaban las fuerzas y amenazaban arrebatárle la vida. Aquella era la oportunidad que aguardaban los indígenas, los cuales resolvieron unirse para caer sobre el campamento español. Aguardaban la llegada del cacique principal de aquellas tierras para atacar á los invasores, cuando se le ocurrió á Ursúa devolverse apresuradamente á Santa-Marta, antes de que todos los suyos acabaran de enfermar. Sorprendiéronse los Indios con este cambio en los movimientos de Ursúa; pero resolvió el Cacique Posigueica atacar en el camino al Español, situándose en un lugar llamado *Pasos-de-Origuó*, que se ha convertido en *Pasos-de-Rodrigo*, sea por corrupción del vocablo, dice Piedrahita, ó por llevar el nombre del primer descubridor de Santa-Marta, Rodrigo Bastiáas. Aquel paraje era, por cierto, muy adecuado para dar un asalto: allí el camino orilla un hondísimo precipicio por un lado, en cuya profundidad corre un riachuelo por medio de escabrosas peñas, y por el otro lo ciñe una alta peña abrupta que no permite desviarse en lo mínimo. Situáronse los indígenas sobre la peña con la intención de atacar con flechas y piedras á la tropa de Ursúa cuando pasara por el desfiladero; pero sucedió que el Capitán llegó á las inmediaciones del punto en que le aguardaba el enemigo oculto, yá casi al cerrar la noche, y como le atacase la fiebre al mismo tiempo, resolvió pernoctar en una colina cercana del desfiladero.

Con motivo de la enfermedad del Jefe y por estar al parecer en paz con las tribus cercanas, los Españoles olvidaron poner centinelas en torno del campamento, y armando sus tiendas y colgando sus hamacas se entregaron al sueño sin cuidado. Felizmente para

ellos, los Indios no les atacaron en toda la noche, pues hubieran podido degollarles impunemente, y sólo á los primeros albores del día fué cuando pensaron en ir contra el campamento español. Ursúa, sin embargo, desvelado por la fiebre, oyó el primer rumor de los Indios que se acercaban, y cuando se arrojaron al campamento prorumpiendo en gritos de guerra, sin los cuales los indígenas no entraban jamás en batalla, el caudillo español, calzando una bota apenas y á medio vestirse, ya se había tirado fuera de su hamaca, tomado un arcabuz y ceñido su espada. Tambaleando, pero sin arredrarse con los alaridos ensordecedores de los salvajes y el sonido estridente de sus destempladas músicas, llamó á los suyos, y viéndoles en su alrededor, cubierto el campo de enemigos (eran tres mil) y coronado el cerro de guerreros indígenas, pensó que su única salvación estaba del otro lado del desfiladero, donde podrían disputar el paso á los Indios y ponerse en comunicación con la ciudad de Santa-Marta, que está apenas á siete leguas de aquel punto, por tierra limpia y camino abierto. Dió, pues, prontamente sus órdenes, mientras que los salvajes se cebaban en unos pocos que ya habían muerto, y arremetiendo por en medio de las tropas enemigas, seguido de los suyos, que hacían una espantosa carnicería entre los desnudos indígenas, se puso á poco en el centro del desfiladero, y allí defendió el paso como un león. Por cada enemigo muerto se levantaban diez, pero no por eso desmayaban aquellos héroes. Mientras se defendían de los unos, trataban de escudarse de las flechas y las piedras que les tiraban los que coronaban la peña, y así fueron retirándose poco á poco, caminando para atrás, por hacer frente á los Indios, hasta que llegaron al otro lado del mal paso, después de dos horas de lucha en aquella desesperada batalla. Al llegar al otro lado se contaron: no había muerto ninguno en el tránsito, aunque todos estaban heridos y algunos mortalmente. Semejante heroísmo en un puñado de hombres asombró tanto á los salvajes, que no les persiguieron más, y les permitieron continuar el viaje hasta Santa-Marta con tranquilidad.

Al regresar á la ciudad, murieron muchos de los heridos con flechas envenenadas, y Ursúa mismo estuvo entre la vida y la muerte durante largos días. Acababa

de reponerse al fin, cuando á principios de 1553 desembarcó en Santa-Marta su tío don Miguel Díez de Armendáriz, en vía para Santafé, por orden del Gobierno Español, para que el Visitador Montañó le juzgase en el mismo lugar en que había faltado, según las leyes españolas. Inmediatamente Ursúa renunció su destino en Santa-Marta para acompañar á Armendáriz hasta Santafé, y fué su fiel compañero en sus prisiones y desgracias hasta volver con él á la Costa. En Cartagena le vió embarcarse para España, mientras que él pasó al puerto de Nombre-de-Dios y de allí se trasladó á Pauamá, al promediar el año de 1556, en solicitud de empleo y aventuras.

Acababa de llegar al Istmo el Marqués del Cañete, nombrado Virey del Perú, y como conociera á Ursúa, se prendó de su juvenil audacia y aire marcial, ofreciéndole un buen destino en su Gobernación si quería acompañarle á Lima. Pero antes de su partida, don Antonio de Mendoza aconsejó al Gobernador de Panamá que pusiese á Ursúa á la cabeza de una tropa que se armaba para ir á debelar una sublevación de negros cimarrones que se habían hecho fuertes en los Palanques, á orillas del río Sardiná. Con motivo de los muchos negros que habían llevado á las Colonias españolas para reemplazar á los indígenas en las faenas campestres, algunos de los que fueron al Istmo, mal tratados por sus amos, se habían fugado á los montes, en donde, reunidos, proclamaron rey á uno de ellos, llamado Bayano, por ser el más audaz é inteligente de todos. Su cuartel general estaba situado á orillas del Atlántico, en un lugar resguardado, no lejos de la ciudad de Nombre-de-Dios. Una vez hecho cargo del ejército de negros, que contaba ya más de seiscientos hombres, Bayano le organizó con el objeto de asaltar á los pasajeros que atravesaban el Istmo con ricos cargamentos, de ida y vuelta al Perú. Cometieron tantas muertes y desafueros aquellos negros cimarrones, sin Dios ni ley, que la situación era cada día más angustiosa para el Gobernador de Panamá, pues tenía que mandar un ejército con cada cargamento que le encomendaban, y aun así se solían sufrir graves perjuicios. Varias veces había despachado tropas en persecución de los negros alzados, pero siempre salían perdiendo la

vida y la fama, y sin cesar se engrosaban las filas de los victoriosos, con vergüenza de los Españoles.

Sonrió al valiente Ursúa aquella difícil empresa, y ofreciendo pasar al Perú apenas acabase la campaña, se despidió del Marqués del Cañete y se puso á la cabeza de la tropa que se le había señalado. Sabedor el negro Bayano de que se enviaba en su persecución á un valiente como Ursúa, cuya fama había llegado á sus oídos, resolvió burlarse de él no presentándole batalla, temeroso de perderla, sino internarse por los bosques hasta las cabeceras del río Chepo, en donde se ocultó. (1) Ursúa, con doscientos hombres de caballería é infantería bien armados y pertrechados, emprendió marcha por aquellos lugares nunca hollados por hombres civilizados, y empezó una cacería en toda forma, desalojando á Bayano de todas sus guaridas, venciendo-le en donde llegaba á presentarle resistencia, y persiguiéndole palmo á palmo, de cerro en cerro y de bosque en bosque, por todas aquellas comarcas. La campaña fué larga y trabajosa, pues duró más de dos años, y los Españoles sufrieron muchísimo durante los meses de lluvia, en que se veían casi inundados por las crecientes de los ríos y precipitados por cerros y laderas poligrosas. Además, los negros eran dueños de armas europeas que manejaban muy bien, y muchos conocían á fondo las costumbres de los amos que les habían criado; por lo cual esta guerra era mucho más difícil que si los enemigos hubieran sido los indígenas, casi siempre vencidos.

Pero en lo que otros se habían desalentado, Ursúa permaneció constante, y su tenacidad fué al fin recompensada, porque, fatigados los negros con una guerra tan cruda, ofrecieron rendirse, entregar á Bayano (si ofrecía el Gobernador enviarle á juzgar á España), y que, aunque volvieran los esclavos á poder de sus amos, á lo menos los que hubieran nacido en libertad continuarían en ella en el pueblo de los Palenques, en donde se habían establecido algunas familias de negros libres. Además, se comprometían solemnemente á no albergar en aquel pueblo negros alzados. Los Españoles

(1) Su nombre se conserva en el río Bayano, el antiguo Chepo.

aceptaron con gusto aquel contrato, y, lo que es más raro, lo cumplieron en todas sus partes; enviaron al negro Bayano á España (en donde no hemos podido descubrir qué hicieron con él), y dejaron en libertad á los negros de los Palenques, junto con los hijos de los esclavos que habían nacido durante su alzamiento. (1)

V

Concluída la campaña y pacificado el Istraio, Ursúa resolvió, yá entrado el año de 1558, pasar al Perú con el objeto de ofrecer sus servicios al Virey. Desgraciadamente llegó á Lima en el momento en que el Marqués del Cañete se encontraba en un predicamento bien difícil: rodeaban é invadían la capital del Perú gran número de aventureros y soldados desbandados, de mala ley, restos turbulentos de las tropas de amotinados, como Gonzalo Pizarro, Girón, Hoyón y otros rebeldes de menor valía. Aquellos hombres traían desasosegado todo el país, y se sentía la necesidad imperiosa de ocupar aquella gente en alguna expedición lejana y peligrosa que sacara del Perú un foco de latente insurrección. Al mismo tiempo el Virey había tenido noticias de que por el lado del río llamado Orellana, Marañón ó Amazonas se encontraba el famoso Dorado, cuyas riquezas falaces habían deslumbrado á tantos, y que á su vez ofuscaron el claro entendimiento del marqués. Encontraba, pues, el Virey que tenía en su mano una tropa propia para acometer una empresa como la que proyectaba, y al mismo tiempo no hallaba un caudillo suficientemente afamado, que fuese capaz de imponer y gobernar á aquellos soldados turbulentos y desobedientes. La llegada de Pedro de Ursúa, cuyo nombre era conocido

(1) Aún subsiste el pueblo de los Palenques, formado exclusivamente por una colonia africana. Aunque desde 1743 tienen iglesia y cura, y sus habitantes parecen deseosos de civilizarse, el clima es tan mortífero, que no han podido progresar. Hoy día cuenta menos de setecientos habitantes, y está asentado en un sitio agreste, á orillas del río Sardiná.

en el Perú, y cuyas hazañas se referían con aplauso en todas las Colonias españolas, puso término á las vacilaciones del Virey, y avivó el entusiasmo del Capitán, el cual, como hemos visto, hacía muchos años que soñaba con el descubrimiento del Dorado. Así, pues, no bien le hubo propuesto el Marqués del Cañete el mando de la Expedición, cuando la aceptó con júbilo, y al momento se ocupó en prepararla.

La empresa era difícil y debía durar mucho tiempo: tal vez transcurrirían años antes que los expedicionarios pudiesen volver á país civilizado; por lo que Ursúa quiso prepararla con gran pompa y boato. Empleó un año entero en arreglarla y echar los fundamentos de una población en las cabeceras del Huallaga y el Sapo (población que llamó Sapos), con el objeto de que le sirviese de astillero para fabricar los bergantines que necesitaba para su gente, y además fué reuniendo allí vituallas y pertrechos. Al fin, en Septiembre de 1560, Ursúa consideró enteramente concluidos los preparativos de viaje, y reuniendo cuanto creía necesitar en aquellas inmensas soledades del Nuevo Mundo, se puso en marcha aguas abajo, sin prever la suerte que le tocaría.

La Expedición se componía de cuatrocientos fieros soldados, escogidos entre los más valientes y experimentados de cuantos se habían presentado, aunque Ursúa olvidó averiguar cuál había sido la conducta moral de cada uno, fijándose tan sólo en las hazañas y aventuras con que se habían distinguido en las comarcas salvajes de Tierra-Firme. Además, llevaba gran número de Indios de servicio y algunas mujeres españolas; que entonces hasta las mujeres olvidaban la debilidad de su sexo para correr riesgos y aventuras. Esta gente iba perfectamente armada y pertrechada, y llevaba toda clase de comodidades y alimentos en abundancia. Entre el séquito que acompañaba especialmente á Ursúa, iba una dama muy hermosa, llamada doña Inés de Atienza, la cual había captado con sus gracias no solamente al Capitán de la tropa, sino también á algunos de los oficiales, los cuales, dicen Pedro Simón y Castellanos, miraban mal á Ursúa por ser el favorecido de la dama. Sea por este motivo ó por otro, ya, desde antes de ponerse en marcha la Expedición, Ursúa había teni-

do que sofocar un principio de motín que se había declarado en el campamento, y castigar severamente á los delincuentes; pero tuvo la debilidad de llevarles consigo, en lugar de expulsarles de la armada, como podía y debía haberlo hecho.

Desgraciadamente el hidalgo Ursúa no podía sufrir la compañía familiar de los toscos soldados que llevaba consigo; manteníase alejado de ellos lo más posible, frecuentaba tan sólo la sociedad de los oficiales más cultos, y esquivaba el roce con la gente soez y de baja esfera. Además, castigaba con gran rigor el menor deslíz, y no permitía ningún desorden entre su gente. Esto, unido á que durante los tres primeros meses de navegación no habían encontrado entre los indígenas de las márgenes del Amazonas ningún oro que pudiese contentar la codicia de la gente, sembró el descontento en los corazones de aquellos malos hombres, siendo el peor de ellos un soldado llamado Lope de Aguirre, uno de los más perversos que registra la historia del mundo.

Era Aguirre natural de Oñate en Güipúzcoa (España), y había pasado á Indias muy al principio de la conquista; sirvió y fué prohombre en todos los levantamientos ó insurrecciones que habían ocurrido en el Perú, y sólo buscaba la peor causa para enrolarse en ella; no podía soportar autoridad legítima, ora fuese civil, militar ó religiosa, y siempre se le encontraba azuzando crímenes y cometiendo desafueros (1). Los cronistas Pedro Simón y Castellanos refieren hasta en sus pormenores cómo Lope de Aguirre tramó la conspiración para suprimir la autoridad y la persona de Pedro de Ursúa; pero aquellas relaciones serían demasiado extensas para reproducirlas aquí, y sólo diremos que, según se colige de ellas, se unieron las pasiones de unos y otros para ayudar en la trama que puso fin á los días del infeliz Conquistador de Pamplona.

Aguirre había logrado ganar la buena voluntad de todos los oficiales, ofreciendo á cada cual lo que deseaba y ambicionaba, y á un joven hidalgo, llamado Fer-

(1) En 1535, por primera vez figura el nombre de Lope de Aguirre (joven de 24 años entonces) en un alzamiento en el golfo de Urabá, contra don Pedro de Heredia.

nando de Guzmán; le ofreció el título de Rey, con la condición de que se casara con una hija que el mismo Aguirre llevaba consigo. Tan dementes estaban todos aquellos hombres, que sobre semejantes bases, tan ridículas é imposibles de llevar á cabo, se lanzaron á asesinar al desgraciado Ursúa, quien fué muerto á puñaladas el 1.º de Enero de 1561, en un pueblo de Indios llamado Machifaro, en donde habían acampado para celebrar las fiestas de Navidad y Año-Nuevo.

Pedro de Ursúa había cumplido apenas treinta y cinco años: era de mediana estatura, bien formado y elegante, aunque muy delgado; de rostro blanco y pálido; usaba la barba entera, que era bien poblada y de color bermejo; la expresión de su fisonomía era alegre y animada; era bondadoso, culto, bien hablado, enemigo de rencillas y de disgustos, y aunque galante y amigo de las damas, no gustaba de los placeres ruidosos. Nunca tuvo temor de nada ni de nadie, de manera que, aunque varias veces le avisaron que se conspiraba contra él, no quiso creerlo, asegurando que ninguno de sus soldados podía tener queja de él, ni jamás había dado motivo para que le odiasen. Si en la conquista de los Muzos se manifestó cruel con los naturales del país, y si á su primera llegada á Santafé fué imprudente y arrestado con aquellos Españoles que consideraba enemigos suyos, es preciso recordar que, empezando él á hacerse notable desde muy tierna edad, debía de ser fácil aconsejarle mal; y tal vez más culpa tuvieron los que le rodearon entonces, que él mismo. Lo cierto es que, en sus subsiguientes campañas, los cronistas no mencionan ningún otro acto de injusticia, pero ni siquiera de imprudencia en su conducta. No hay duda que, á no ser por la malhadada expedición al Amazonas, Ursúa hubiera sido uno de los Capitanes más sobresalientes de América, pues tenía méritos para conquistar los más altos honores entre los grandes hombres de su tiempo. Ursúa, dice Ocariz, dejó en Santafé descendencia ilegítima, que se conservaba hasta el fin del siglo antepasado en las familias santafereñas que llevaban los apellidos de Zamora, Madero, Menacho y Barbosa.

A poco de asesinado Ursúa, Lope de Aguirre hizo matar al ambicioso joven Fernando de Guzmán, y

después dió muerte á doña Inés de Atienza (que se había vuelto loca), y mató con su mano ó por su orden á cuantos le disgustaban, teniendo la corriente del Amazonas con la sangre de sus compañeros, sin motivo ni disculpa alguna. Al fin, habiendo seguido aguas abajo hasta llegar al Atlántico, la diezmada y triste Expedición arribó á la isla de Margarita, la que Aguirre tomó por asalto; allí degolló al Gobernador y á otros, é hizo matar á varios religiosos y algunas mujeres. Luégo pasó á Tierra-Firme, con la loca intención de atravesar á Venezuela y el Nuevo Reino de Granada para regresar por tierra al Perú. En Burburata saqueó é incendió la población, y continuó hasta Valencia, en donde hizo innumerables barbaridades, y en seguida entró en Barquisimeto, ciudad que encontró abandonada por sus aterrados moradores. No pudiendo ejercer su sed de sangre en extraños, se convirtió Aguirre en el verdugo de sus propios compañeros. Entonces, como muchos de éstos fuesen tan crueles y feroces como su Jefe, perdieron al fin la paciencia, le traicionaron y le dieron muerte, acogándose luégo á un indulto que había promulgado el Gobernador de Venezuela; y después de matar á su candillo rindieron las armas á las autoridades. Pero antes de morir aquel extraño y sanguinario soldado, que ha vivido en las páginas de la historia con el nombre de *el tirano Aguirre*, apuñaló con su propia mano á la hija que llevaba consigo, diciendo que no quería fuese vituperada, ni que pudiesen llamarla nunca *hija de un traidor*.

JORGE ROBLEDO.

(CONQUISTADOR DE ANTIOQUÍA).

I

¿Quién era Jorge Robledo, cual su posición social en España y de dónde era su familia? Preguntas son éstas á que no podremos contestar, ni nos ha sido posible averiguar los hechos con certeza, no obstante el haber consultado cuidadosamente las crónicas que refieren sus hazañas.

Cuando, en 1539, el conquistador del Perú, Francisco Pizarro, envió á la recién descubierta provincia de Popayán al capitán Lorenzo de Aldana para que diese alcance á Belalcázar y le tomase cuenta de su conducta, los cronistas por primera vez mencionan, entre los ayudantes de Aldana, á un joven llamado Jorge Robledo. ¿Por ventura éste había sido uno de los conquistadores del Perú, con Pizarro, ó de Guatemala, con Alvarado, ó había llegado recientemente á Indias? Tampoco lo sabemos, y sólo entendemos que desde entonces Robledo tenía mucha influencia sobre sus compañeros y era escuchado y acatado por Aldana.

Una vez que se tuvo noticia cierta de que Belalcázar se había alzado con el mando, y partido para España á pedir la separación de las tierras que había descubierto, de la Gobernación del Perú, Aldana resolvió llevar adelante el descubrimiento y colonización de aquellas magníficas comarcas que hoy día componen el Estado del Cauca. Robledo, dice Acosta, aconsejó á

Aldana que siguiese para con los indígenas distinto método del que hasta entonces habían empleado los Conquistadores, y les tratase con consideración y dulzura; método que siempre surtió buenos efectos en donde quiera que se practicó, pero que, como era más lento y difícil que el ejercicio de la fuerza bruta, en breve fatigaba á tan impacientes guerreros, y volvían á tratar á los aborígenes con crueldad.

La primera población que mandó fundar Aldana, por medio de Robledo, fué una en el valle de Umbrá, que debía llamarse Santa-Ana de los Caballeros, la cual fué erigida el 25 de Julio de 1539, dicen los cronistas; pero lo probable es que fuese el 26 de Julio, día de Santa Ana. Actualmente se encuentra un triste villorrio en aquel mismo lugar, llamado *Anserma-viejo*, cerca del río Rizaralda, en una explanada, con una temperatura media de 17 gr. cent. y en terreno de minas de sal (1). Robledo había llevado á la nueva colonia muchos viveres, armas y equipajes, y algunos cerdos para formar cría, que compraron los colonos al precio de mil seiscientos pesos cada uno! Una vez fundado el pueblo, el joven conquistador hizo varias excursiones por los vecinos campos, con el objeto de sujetar á los indígenas de los contornos, á quienes trató en aquellas primeras campañas con humanidad y benevolencia.

Notando los buenos resultados que había obtenido, merced á sus propios esfuerzos, Robledo quiso formarse un nombre: se desarrolló en él desde entonces una loca ambición de mando que le llevó á su pérdida, y que no se extinguió sino con su vida. Hacia principios de 1540 nuestro Conquistador resolvió acometer una empresa de mayores proporciones: sacando de Santa Ana los hombres más robustos y mejor dispuestos, atravesó el río Cauca, y, ayudado por algunas tribus de Indios amigos, Carrapas y Picaras, se lanzó á hacer la guerra á los feroces habitantes de un sitio llamado Pozo (hoy día en territorio antioqueño). Aquellos naturales, antropófagos, eran el terror de todos los vecinos: tenían casas grandes y cómodas, y sobre los cerros más altos habían fabricado ciertas torres ó atalayas de donde

(1) Parece que en idioma indígena *anser* significa *sal*.

divisaban los contornos; y eran tan belicosos, que jamás se separaban de sus flechas y macanas, de manera que las llevaban consigo á sus labranzas, aunque estuviesen en paz con sus vecinos. Atacados aquellos indígenas por los Españoles, se defendieron con tanto denuedo y bizarría, que pusieron en apuros á los contrarios, de manera que Robledo, por auxiliar á uno de los suyos, fué herido gravemente. Hay realmente en la vida de los hombres sitios funestos; y si Robledo no murió, entonces, como lo temieron los suyos, no muy tarde dejó de existir en aquel mismo punto.

Aunque los Españoles alcanzaron la victoria, era tal la rabia que tenían al ver herido á su Capitán, que soltaron sobre los vencidos y prisioneros inermes los perros que llevaban, los cuales devoraron una parte, mientras que los aliados Carrapas y Picaras se comían crudos á sus infelices compatriotas. Después de la victoria volvieron al campamento español con doscientas cargas de carne humana que les sobraron (no sin haberse hartado), con el objeto de remitir este botín á sus tierras, en prueba de haber vencido á sus enemigos. Una vez repuesto de su herida, lo primero en que se ocupó Robledo fué en despedir á los indígenas aliados (sin duda horrorizado con sus bárbaras acciones), y en seguida continuó su marcha, en dirección al Norte, recorriendo ricos terrenos en que abundaban las comidas, el oro y los habitantes. Estos eran casi todos valientes, y se defendían á veces con extraordinario denuedo; todos se presentaban en los combates adornados con plumas y chapas de oro que relucían al sol, lo cual enardecía la pasión del lucro de los Conquistadores, que creían haber encontrado allí el *Dorado* de sus locos ensueños. A pesar del brío con que estos indígenas defendían sus territorios, Robledo, usando algunas veces de halagos, y otras aprovechándose del terror que infundían á los naturales la vista de los caballos y la ferocidad de los perros de presa, al fin logró someterles. Les domó y espantó á tal punto, que ellos mismos le fueron á buscar á su campamento para pedirle la paz, llevándole valiosos obsequios de oro y cestillas de palma trenzada; y aquellos pobres ignorantes no sólo obsequiaban al caudillo español y á sus soldados, sino que trataban de *congraciarse* á los ca-

ballos, llevándoles joyuelas de oro, con las cuales creían que se alimentaban estos brutos.

Viendo que los indígenas mostraban buena voluntad, Robledo se detuvo en la provincia de Arma, por parecerle la mejor dispuesta, y mandó un destacamento por la orilla del río Cauca para que siguiese su curso hasta su desembocadura. Pero no bien se hubo dividido la tropa, cuando los indígenas cayeron sobre unos y otros, y tuvieron que juntarse otra vez los Españoles para poder resistir. Estaba Robledo tan furioso con el mal comportamiento de los indígenas, que resolvió, una vez que les hubo vencido, castigarles de una manera cruel: hizo cortar las manos, las orejas y las narices á los prisioneros, y en seguida les mandó que fuesen á mostrarse á sus Caciques para que éstos supiesen cómo se vengaban los Conquistadores.

Viendo la dificultad que había para continuar caminó por enmedio de un país erizado de montañas casi intransitables y poblado de bárbaros antropófagos, Robledo resolvió volverse hacia el Sur, y entrando en una provincia llamada *Quimbaya*, se encontró con tribus menos feroces y que no eran antropófagas. Allí se detuvo para que descansase su tropa, mientras enviaba adelante á uno de sus oficiales, Suer de Naba, á fin de que eligiese un sitio propio para fundar una población española. El Oficial encontró un sitio ameno á orillas del río Otún y no lejos del Quindío, y allí fundó una villa, á fines de 1540, que llamó *Cartago*, por haber sido poblada por los cartageneros que habían quedado rezagados de la expedición de Vadillo. Poco después la población se trasladó al sitio que ocupa hoy día, en un llano pintoresco, dominado por risueñas serranías, en terreno fértil, con una temperatura de 24 gr. cent. y regado por el bello río *La Vieja*.

II

Entrado ya el año de 1541, y estando Robledo ocupado en la erección de la nueva villa de Cartago, tuvo noticia del arribo á Cali de don Pascual de Andagoya, quien pretendía tener dominio sobre todos

aquellos territorios desde el río San-Juan. Robledo no vaciló en reconocer al nuevo Gobernador, creyendo que sería más fácil para él sacudir el yugo de un letrado como Andagoya, que no el de un soldado como Belalcázar, cuyo regreso de España se aguardaba por momentos. Además, para agradar al recién venido le llevó una gran suma de oro como obsequio, con lo cual vió confirmadas todas sus disposiciones, pues Andagoya le mandó tan sólo que quitase el nombre de Santa Ana á la primera población fundada, y le pusiese el de San-Juan.

Regresó Robledo á Cartago, resuelto á apartarse de la Gobernación de Popayán en primera ocasión, y mientras tanto se ocupó en llevar á cabo varias corrérias por el Sur de lo que hoy día es Estado de Antioquia, y por el alto Tolima. Así se pasaron muchos meses, hasta que al fin de 1541 llegó Belalcázar á Cali y le mandó orden para que fuese á tener una entrevista con él. Pero bien se guardó Robledo de obedecerle: escribió al Gobernador, reconociéndole como su legítimo jefe, y ofreció ir después á darle cuenta de sus obras; pero en lugar de acudir al llamamiento, escogió cien hombres de los mejores de su tropa, y llevando las vituallas y los pertrechos que pudo conseguir, emprendió marcha con dirección al Norte, á hacer nuevos descubrimientos por su cuenta. Esta conducta más que sospechosa de Robledo, alarmó un tanto á Belalcázar; pero como no podía por entonces ir tras de él á pedirle cuentas, nada dijo, y guardó su rencor para después.

Continuaba, mientras tanto, el Conquistador de Antioquia su camino, y esguazando el Cauca por la provincia de Arma, siguió con más ó menos fortuna hasta la provincia de Zenúfana, en donde con tratos amistosos con los naturales consiguió muchas preseas, joyuelas y vasijas de oro macizo, con que le obsequiaron, y también algodón en rama, de que necesitaba con urgencia para fabricar armaduras acolchadas que defendiesen los hombres, los caballos y los perros, de las flechas enemigas. Sin embargo, no en todas partes tuvieron la fortuna de hallar indígenas bien dispuestos, y frecuentemente se vieron obligados á conquistar las tierras por donde pasaban, haciendo uso de la fuerza. Al fin, el 4 de Agosto de 1541, Robledo

avistó un hermoso y fértil valle, que los naturales llamaban de Aburrá y los Conquistadores bautizaron con el nombre de San-Bartolomé, y que después llamaron de Medellín (1). La vista de aquellos fieros invasores con sus caballos y sus perros de presa espantó tanto á los Indios que habitaban el valle, que unos huyeron despavoridos, y otros, embargados por el terror, se ahorcaban, colgándose de los árboles, con sus propias mantas y fajas. Ocurrió á Robledo hacer alto en aquel punto, y mientras descansaba su tropa envió descubiertas por diferentes partes á recorrer el país de los contornos. Pero como no se hallara nada digno de atención por aquellos lados, Robledo abandonó el valle, y repasando la cordillera fué á buscar de nuevo las márgenes del río Cauca.

Después de haber tenido varios encuentros muy reñidos con los Indios, en los cuales perecieron algunos Españoles, Robledo torció camino y empezó á escalar un territorio sumamente agrio y escarpado, poblado de tribus tan salvajes como el país en que vivían. Habiendo llegado al valle de Hebéxico, que hoy día se llama Frontino, resolvió fundar una población con el nombre de Santafé-de-Antioquia (2), en memoria, dicen los cronistas, de la antigua Antioquia, que fué el punto de partida de la Cristiandad. Los habitantes de aquellas serranías eran por extremo belicosos; pero Robledo, ya por medio del rigor de las armas y la ferocidad de los perros, ya empleando la suavidad y los obsequios, al fin logró pacificar y rendir las tribus que se habían manifestado hostiles; y solemnizó la

(1) En el valle de Aburrá mandó el Gobierno español, en 1674, que se fundase una villa, la que tomó el nombre de Medellín, por ser el Conde de este título Presidente del Consejo de Indias en aquel año. Esta ciudad es la capital del Estado de Antioquia, y ha progresado mucho últimamente; cuenta ya hoy día más de 30,000 habitantes de población. Goza de un clima de 20 gr. cent., por término medio.

(2) Aquella población no duró mucho tiempo en el lugar en que la fundó Robledo, porque á poco un capitán de Belalcázar, Juan de Cabrera, la trasladó al lugar que ocupa ahora, en temperatura cálida, á 27 gr. cent. Cuenta hoy día más de diez mil habitantes y progresa notablemente.

paz obtenida con una fiesta religiosa á la cual concurren los Caciques sometidos.

El triunfo de nuestro Conquistador era, pues, completo; y si desde muy temprano en su carrera se había manifestado lleno de ambición y deseoso de no someterse á sus superiores, ¡ cuánto más no se aumentaría su sed de mando cuando se vió tan lejos de todo gobierno civilizado y como perdido en el fondo de un país en donde su voluntad era ley! Repugnábale mucho la idea de tener que rendir cuenta de su conducta á un Jefe á quien él no concedía méritos mayores que los propios. Así, impelido por su ambición, resolvió no volver á Popayán y partir para España con el objeto de pedir al Emperador la Gobernación de las provincias conquistadas por él. No había para Robledo otro camino que el que habían tomado las expediciones de Cesar y Vadillo, y resolvió seguir aquella vía.

Como no podía dejar desamparada la nueva población, dejó en Antioquia toda su tropa, y con sólo doce hombres emprendió marcha el 2 de Enero de 1542. Atravesando los valles de Nor y Guaca, y al acaso la sierra de Abibe, á través de montes cerrados y cercado de toda suerte de peligros, al fin salió al Atrato, bajó hasta el golfo de Urabá y desembarcó en la ciudad de San-Sebastián, nuevamente fundada por Heredia. Pero la alegría que experimentó al encontrarse al fin en país de cristianos, se convirtió en indignación cuando el Gobernador de Cartagena, que se hallaba en aquel punto, le hizo apresar, se apoderó del oro que llevaba y le sumió en una prisión con el pretexto de que le había hallado con gente armada transitando por tierras de su Gobernación. Al fin Robledo obtuvo de Heredia que le permitiese embarcarse para España, en donde, dijo él, el Rey le juzgaría y castigaría si le hallaba culpado.

Sabedor Belaléazar de la manera con que Robledo había abandonado la nueva población, fundada en Antioquia, le declaró alzado y desertor, é hizo levantar sumarios contra él, con el objeto de inhabilitarle si lograba que le diese el Rey algún cargo honroso en la Gobernación. Una vez en España, Robledo presentó sus títulos al Gobierno, pidiendo le diesen el mando de los territorios descubiertos por él; mas á pesar de

la influencia que tenía en la Corte la familia de su esposa, doña María de Carvajal, de la noble casa de Jodar, nuestro Conquistador encontró grandes dificultades para obtener lo que deseaba: apenas le dieron el insignificante título de Mariscal, y le notificaron que Díez de Armendáriz llevaba autorización para estudiar los fundamentos que tuviese para sus pretensiones, y le aseguraron que si el Visitador los encontraba justos, se le concedería lo que solicitaba.

Tres años permaneció Robledo en España, al fin de los cuales se embarcó en la Armada Real con el Visitador Armendáriz y con su esposa, doña María de Carvajal, que se hacía llamar Mariscala, y llevaba consigo un gran séquito de parientes, criados y paniaguados. Durante el viaje, Robledo supo granjearse la buena voluntad de Armendáriz, de manera que á su llegada á Cartagena obtuvo el nombramiento de Gobernador de las tierras descubiertas por él, desde Cartago hasta la nueva población fundada en el valle de Hebégico. Según parece, y se dijo después, Armendáriz no hizo aquel nombramiento con todos los requisitos del caso, y así no tenía la validez que se requería; sin duda esto lo hizo con su segunda intención, y con el objeto de quedar bien con los enemigos de Robledo, si éstos llegaban á predominar algun día en la corte española.

III

Dejando á doña María en San-Sebastián de Buena-Vista, rodeada de gran boato y ofreciendo avisarla cuándo había de ponerse en marcha para ir á reunirse con él, Robledo emprendió camino por el Atrato, siguiendo la vía que antes había tomado, en demanda de la villa de Cartago, la cual pensaba erigir en capital de sus territorios. Pero aunque ya aquel camino había sido un tanto transitado por las expediciones de Heredia y las enviadas por Belalcázar para tomar posesión de aquellas tierras, no era en realidad un camino, sino una mala senda abierta por enmedio de espesísimos bosques y escarpadísimos cerros que hoy día se consideran enteramente intransitables. Robledo

marchaba, sin embargo, con los pocos soldados y sirvientes que llevaba consigo, lleno de esperanzas y acariciando un risueño porvenir. Yendo un día por enmedio de una montaña, de repente se encontró con una partida de Españoles que iban escoltando unos prisioneros compatriotas, aherrojados con colleras de hierro, como si fuesen criminales de la peor especie. Robledo se detuvo á preguntar qué significaba aquello: contestáronle que eran reos de una conjuración que se había descubierto en Cartago, contra el Gobernador, y les llevaban á Cartagena para que fuesen juzgados como conspiradores. Entre los presos iba un antiguo amigo de Robledo, Gaspar de Rodas, el cual fué puesto en libertad por instancias del Mariscal, y continuó con él hasta Antioquia. En la nueva villa Robledo se hizo reconocer sin dificultad como Gobernador de aquellas tierras, y como no quería perder tiempo, se trasladó inmediatamente después á la villa de Arma, en donde también presentó sus despachos.

En Arma había gran número de amigos y protegidos de Belalcázar, y el Cabildo se negó á admitir á Robledo como su jefe, alegando que no se tenía aún noticia oficial de que el Emperador hubiese dado facultades al Visitador Armendáriz para quitar y poner nuevos Gobernadores. El Mariscal declaró que si no le recibían de buen grado él les obligaría á reconocerle por la fuerza, y entrando á mano armada en la población, quebró la vara del Alcalde, puso presos á los miembros del Cabildo, y, después de dejar fuerza armada en la plaza, siguió camino con dirección á Cartago. Entre tanto que sucedían estas cosas, Belalcázar, que había recibido noticia de lo que pasaba, se apercebó y puso en armas con la intención de salir á atajar á Robledo en su marcha antes de que cundiese el desafecto entre los suyos.

En Cartago y en Anserma Robledo obtuvo la misma respuesta que en Arma, y también se apoderó á mano armada de estas poblaciones; y como tuviera necesidad urgente de recursos pecuniarios, á despecho de los Regidores rompió las arcas reales y sacó los tesoros pertenecientes al quinto del Rey; cosa que produjo inmenso escándalo y le hizo perder gran parte de su popularidad en todo el país: tal era el respeto

con que se miraba todo cuanto pertenecía al Soberano. Durante todo aquel tiempo se cruzaron sendas misivas Belalcázar y Robledo, requiriéndose uno á otro para dejar el mando. Al fin, viendo el Adelantado que el otro rehusaba abandonar los territorios de que se había apoderado, resolvió poner término á una posición tan tirante, y se puso en marcha á la cabeza de ciento cincuenta hombres bien armados y escogidos entre los veteranos de su tropa. Súpolo Robledo y armó á setenta hombres, los cuales, mal armados y portrechados, y más inclinados á desobedecer que á sostener el orden, no presentaban por cierto un aspecto muy respetable.

Con esta malhadada tropa se puso á aguardar á Belalcázar, situándose en un punto estratégico, en una loma llamada del Pozo, sitio que le había sido fatal años antes; de allí envió mensajeros al Gobernador de Popayán, proponiéndole transacciones y que dividiesen amigablemente aquellos territorios tan extensos, en los que había lugar para dos Gobernadores; y para que se asegurase la paz, ofrecía dos parientas que su mujer traía consigo para esposas de los dos hijos de Belalcázar. Según parece, Belalcázar no rehusó resueltamente aquellas proposiciones; y con el objeto de adormecer al Mariscal y que confiara en que no le atacarían, le dejó alguna esperanza de que al fin entraría en tratados con él. Efectivamente, Robledo no se retiró á la villa de Antioquia, como se lo aconsejaban muchos, en donde tenía amigos y hubiera podido hacerse fuerte, sino que, enviando otros mensajeros al Adelantado, permaneció descuidado, en la loma del Pozo. Belalcázar aprisionó á los últimos enviados de su émulo, y marchó prontamente hacia el campamento enemigo antes de que éste pudiese ponerse á la defensiva.

Era el primer día de Octubre de 1546 cuando, al promediar la noche, estando Robledo dormido, despertó repentinamente con el clamor de uno de los suyos, el cual, entrando en su tienda, le gritó con acento de terror: "Levántese, señor Mariscal! que ya el Adelantado está sobre nosotros! (1)" Púsose en pié Robledo

(1) Piedrahita—CONQUISTA DEL NUEVO REINO—1. Parte—Lib. XI.

apresuradamente, requirió sus armas, y calzado con una sola bota salió corriendo á reunirse á los suyos; pero ya era tarde, y viéndose rodeado de la gente de Belalcázar tuvo que entregar su espada y rendirse á discreción.

Dicen algunos historiadores que Belalcázar no tenía intención de hacer ningún mal á Robledo; pero que, habiendo encontrado entre un baúl del Mariscal unas cartas escritas por él para ser remitidas á Armendáriz, en las cuales llamaba traidor al Adelantado, éste, en un raptó de cólera indomable, le hizo sentenciar á muerte. Otros dicen que la especie de las cartas fué una farsa inventada por los amigos de Belalcázar para disculparle, y que quien tuvo parte en aquella tan injusta sentencia fué Hernández Girón, hombre perverso y de sanguinarios instintos; quien hizo creer al Adelantado que Robledo tenía mucho partido entre los colonos y grande influencia en la Corte; por lo que, si no se deshacía de él á tiempo, en breve se vería suplantado y perdería irremediabilmente el fruto de tantos años de trabajos y luchas.

Notificaron al Mariscal la terrible sentencia, y sin demora se preparó para la muerte, haciendo testamento y confesándose devotamente. Sacado al fin al campo libre, en unión de tres oficiales superiores de su tropa, Robledo fué ajusticiado públicamente el 5 de Octubre, declarándosele "alborotador del Reino, usurpador y opresor de la Real justicia." Aunque él reclamó que debía morir decapitado como caballero, Belalcázar le hizo dar garrote, como para mayor ignominia. "Sepultaron los cuerpos de los cuatro ajusticiados, dice Acosta, en una casa, que quemaron antes de abandonar aquel lugar, á fin de borrar toda huella de las sepulturas; pero nada valió, pues los Indios de las inmediaciones las descubrieron, y desenterraron los cuerpos para comérselos, con aquel apetito voraz y desenfrenado de carne humana que caracterizaba á estas tribus casi salvajes. Así, el cráneo del mariscal Robledo probablemente adornaría por mucho tiempo alguno de esos palenques de guadua, situados en los lugares testigos de sus primeras hazafias."

No nos ha llegado ninguna descripción personal del desdichado Robledo, ni hemos podido averiguar

cuál fué el lugar de su nacimiento, ni la edad que tenía cuando murió. Como dijimos antes, el Mariscal fué casado con doña María Carvajal, noble dama española. Esta, habiendo regresado á Cartagena, supo allí la desastrosa muerte de su esposo, y entonces hizo viaje á Santafé á pedir justicia y tomar venganza del matador de Robledo. La Audiencia escuchó sus lamentos con lástima y nombró al Oidor don Francisco Briceño para que se trasladase á la Gobernación de Popayán á indagar el hecho y residenciar á Belalcázar.

Mientras tanto se habían pasado más de tres años; doña María de Carvajal se había casado con el Tesorero don Pedro Briceño, y á poco de muerto Belalcázar de pesadumbre en Cartagena, aquélla, viuda segunda vez (1), había dado su mano de esposa, en terceras nupcias, al Oidor don Francisco Briceño, sin duda como una tardía recompensa para el que había sentenciado á muerte al matador de su primer marido; á lo menos esto dicen los cronistas contemporáneos. En aquel tiempo las mujeres españolas eran tan escasas, que se veían asediadas por los pretendientes á su mano, y solían casarse hasta cuatro veces sucesivamente, tanto más cuanto los hombres perecían con facilidad en las contiendas con los indígenas y por otras calamidades, y pocas eran las que permanecían viudas y no volvían á contraer matrimonio.

(1) Don Pedro Briceño murió en los Pasos de Rodrigo, en un combate con los Indios Taironas.

FRANCISCO CESAR.

(CONQUISTADOR DE ANTIOQUIA).

I

Entre los marinos que acompañaron á Sebastián Cabot ó Gabotto en su viaje de descubrimiento al Río de la Plata y al Uruguay, se contaba un joven portugués (don Marcos Jiménez de la Espada dice que era cordobés), llamado Francisco Cesar, que se distinguió particularmente en aquella expedición por su valor, caballerosidad y singular comportamiento. (1) Regresando Cabot de aquel viaje, que había durado tres años, tocó en Santo-Domingo, en donde se quedaron muchos de los expedicionarios. Poco después llegó allí don Pedro de Heredia, tratando de enganchar soldados para ir á conquistar á Cartagena, y algunos de los compañeros de Cabot tomaron servicio á órdenes de aquél: entre otros se encontró el joven portugués cuya vida vamos á delinear.

(1) Cabot visitó las regiones del Río de la Plata; y leemos en el "*Compendio de Historia de América*," de D. Diego Barros Arana, "que uno de sus subalternos se internó en el río Uruguay y remontó sus corrientes hasta el río de San-Salvador; y Cabot mismo, explorando las riberas del Sur del Plata, penetró en el Paraná, en cuyas márgenes fundó un fuerte con el nombre de *Sancti Spiritus*. Desde allí prosiguió sus reconocimientos hacia el Norte, navegó el río Paraguay, y después de una refriega con los salvajes de Bermejo, dió la vuelta á la fortaleza." Según Pedro Simón, el subalterno que menciona aquí el moderno historiador era nuestro Francisco Cesar.

Las maneras cultas y aire marcial de Cesar llamaron la atención del hidalgo don Pedro de Heredia, y así fué que le nombró su Teniente general, manifestándole su mucho aprecio con señales de particular estimación. Con el honroso cargo de Teniente del Gobernador, Cesar concurrió en la fundación y conquista de toda la provincia de Cartagena, señalándose siempre como uno de los más valientes entre los valientes. Era tan popular entre los soldados, que éstos no se manifestaban contentos, sino cuando él iba en las expediciones; y llegó á tal punto el amor que le tenían los colonos, que al cabo de algún tiempo el Gobernador y su hermano don Alonso empezaron á sentirse muy disgustados y hasta humillados con la popularidad de Cesar, bien merecida, y por lo mismo imperdonable en el sentir de sus Jefes.

Con el objeto de rebajar á Cesar á los ojos de los subalternos, le quitó Heredia el empleo que tenía de Teniente general, dándole un cargo inferior, é hizo su segundo á su hermano Alonso. Toda la tropa se consideró agraviada con aquel inmerecido desaire, y estuvo á punto de estallar un motín contra los Heredias. Súpolo la víctima de aquella injusticia, y voló á contener á sus amigos y les hizo entrar en razón, calmándoles con una prudencia y moderación extrañas en uno de aquellos capitanes aventureros de su época. En cuanto á él, ni una queja elevó á su antiguo protector, ni pidió nada para sí, inclinando la cabeza ante la voluntad de su Jefe, y dando con ello un saludable ejemplo á sus subalternos. Sin duda le pesó á Heredia lo que había hecho, porque la injusticia duele más al que la comete, si es persona de conciencia, que al que la sufre, pues mandó á Cesar, en una importante expedición á los ricos sepulcros del Zenú ó Zenúfana, en calidad de Teniente general de don Alonso, aconsejando á éste que, para contentar á la tropa, diese á Cesar ocasión de lucirse y ganar fama.

Pero don Alonso siempre se manifestó poco afecto á Cesar, y excusaba tenerle á su lado; así, en primera ocasión le mandó como caudillo de una expedición secundaria á las orillas del mar, á conseguir alimentos para la tropa. Cesar no sólo envió á don Alonso los mantenimientos que necesitaba, sino que reunió una fuerte suma de oro que se proponía, dividir entre sus

II

“Desde las orillas del golfo del Darién hasta el pueblo del Cacique Abibe (dice Acosta), por cuyo nombre se impuso á las montañas el que tienen todavía, hay un espacio de diez á doce leguas de palmas y altísimos árboles, que forman selva espesa, la cual cubre un terreno cenagoso, en que los ríos, detenidos por palizadas de enormes troncos abatidos por los vientos y los siglos, forman represas, é inundan y fecundan aquella ardiente región.” Después de atravesar aquella peligrosísima zona; los expedicionarios, acaudillados por Cesar, empezaron á escalar la cordillera, y una vez coronada, bajaron hacia las márgenes del Cauca. En este trecho de camino murieron cuarenta Españoles, y muchos caballos perecieron, ahogados unos y despeñados otros. En el valle de Guaca ó Cauca tuvo Cesar que librar una batalla campal al Cacique Nutibara, la cual estuvo á punto de perder; y sin duda la Expedición hubiera sucumbido toda, si no resolviera Cesar á abandonar la empresa y devolverse antes que se unieran las tribus comarcanas para atacarle, como tuvo denuncia de que se preparaban á hacerlo. Regresó, pues, precipitadamente á la provincia de Cartagena, con intención de volver después á acabar de descubrir aquella comarca, en la que encontraron mucho oro en pocos días.

En tanto que Cesar sufría grandes trabajos y penalidades en su viaje de exploración, los Heredias no pasaban en verdad un tiempo muy dichoso; pues cuando nuestros expedicionarios llegaron á las inmediaciones de Cartagena, tuvieron noticia de que el Gobernador y su hermano estaban presos, por orden de un Visitador que había enviado el Gobierno español á juzgarles y residenciarles. El noble Capitán Cesar se llenó de compasión al oír semejante noticia, y olvidando sus antiguas desavenencias con los Heredias no se acordó de las injusticias que había sufrido de su parte, sino que voló á la prisión en que estaban, obtuvo una entrevista secreta con el Gobernador, y le llevó oculta-mente la parte de botín que le correspondía. En seguida fué á empeñarse con el Visitador para que soltase

con confianza á don Alonso y remitiese en primera ocasión á don Pedro á que le juzgasen en España, en donde tenía amigos, y ofreció su bolsa, sus recursos y su influencia para que los Heredias no careciesen de nada. Oiertamente que esta conducta de Cesar fué la de un cristiano y de un hombre estimable y generoso; pero no estaba en desacuerdo con la que casi siempre observaron los Conquistadores entre sí, pues raro fué el varón de aquellos tiempos que se aprovechara de la desgracia de su enemigo para tomar venganza (1).

Una vez arreglado el asunto de los Heredias, el Visitador Vadillo se ocupó en averiguar con Cesar lo concerniente á la riqueza del país que acababa de visitar, y oyó con suma alegría las noticias que le dieron. Satisfecho con estos informes, Vadillo, que padecía más que nadie de una sed insaciable de oro, resolvió ir personalmente á recorrer las tierras descubiertas por Cesar. Reunió prontamente cuantos soldados robustos halló en la Gobernación, y acopiando víveres y armamento de toda clase, y nombrando por su Teniente general á Cesar, púsose en marcha, al principiar el año de 1538, á la cabeza de más de 500 hombres con caballería y 350 infantes; de suerte que fué ésta una de las expediciones descubridoras más numerosas que se formaron en esta sección de América en la época de la conquista (2).

(1) Véase la conducta del Gobernador de Jamaica con Ojeda, la de Nicuesa con el mismo, la del Gobernador de Cuba con Bastidas, la de Lanehero con su perseguidor Armendáriz, y la de otros muchos que sería largo enumerar.

(2) "Llevaban copiosos pertrechos, así para atender á las necesidades de la guerra, del camino y del laboreo de minas, como para cumplir en toda regla con los preceptos religiosos, pues llevaron ornamentos y vasos sagrados, y hasta moldes de hierro para hostias. En atención á las dificultades del terreno y falta de recursos del país por donde había de transitar la numerosa hueste, cada soldado de á caballo llevaba tres: el uno de montura, otro para el hato y otro del diestro con las armas y para pelear cuando llegara el caso; al servicio del jinete y cuidado de las bestias iban un mozo y un negro, ó dos negros, y una india ó negra para moler el maíz, pan de aquella tierra; de los peones, una buena parte iban con machetes para abrir el bosque y limpiar la maleza, y cada par de ellos se socorría

Además del deseo de acopiar oro, Vadillo tenía otro motivo para alejarse de Cartagena: tenía conciencia de haberse excedido en los malos tratamientos dados á los Heredias, y le convenía estar ausente de la Gobernación cuando llegase á ella un comisionado que iría de España para indagar su conducta. Alejábase, pues, Vadillo apresuradamente de la provincia, y tomando la misma vía seguida por Cesar pocos meses antes empezó á internarse en la espesura de los bosques. Pero la tropa era tan numerosa que, no obstante los muchos recursos que llevaba, á poco andar empezaron á faltar los alimentos más necesarios, y los indígenas la hostilizaban sin tregua, causándola grandes daños, asesinando á cuantos se separaban algunos pasos del cuerpo del ejército, é infundiendo á los Españoles gran terror con sus instintos feroces y propensión á comerse los unos á los otros á la menor provocación.

Cesar, más que ninguno, dió señales de gran denuedo y espíritu sereno en todas ocasiones, con lo cual salvó el ejército de las celadas que le tendían las tribus aborígenes. A pesar del brío indómito de los habitantes de las sierras antioqueñas, algunos Caciques visitaron como amigos el campamento Español, llevando presentes de oro á los invasores; con lo que creían librarse de los malos tratamientos de Vadillo y sus compañeros; pero la vista de aquel metal era contraproducentem, pues en vez de acallar su codicia despertaba en ellos mayor deseo de buscarlo de cualquier manera y á toda costa. Al fin los Conquistadores llegaron á las orillas del río Cauca, término conocido hasta entonces de las anteriores expediciones; pero no obstante la situación angustiosa de la tropa, disminuída por el hambre y las fatigas, por las enfermedades y una guerra casi continua, Vadillo siguió su camino hasta llegar á una provincia que llamaban de Iraca, en donde se detuvieron halagados por la abundancia de las provisiones que encontraron, del oro que arrancaron á los naturales y de las fuentes de sal que descubrieron en los terrenos

con un caballo que cargaba la comida y el calzado de entrambos."

Véase—Prólogo escrito por don Marcos Jiménez de la Espada á las obras de Cieza de León.

adyacentes. Mas el clima era tan nocivo, que se vieron casi todos acometidos de fiebres que les llevaban á la muerte sin que pudiesen combatirlos. Vadillo dió entonces orden de que se siguiese la marcha por la orilla izquierda del río Cauca hasta Corí, en donde volvieron á detenerse para tratar de aliviar á los enfermos que llevaban. Muchos días llevaba Francisco Cesar de estar miuado por la enfermedad que había causado la muerte á tantos de sus compañeros; pero, temeroso de desalentar la tropa, no quería quejarse, hasta que, llegando á Corí, no pudo resistir más: la enfermedad le rindió, y á poco espiró en medio de sus afligidos compañeros, que se sintieron completamente desalentados al perderle. Cesar era en realidad el verdadero Jefe de la Expedición, y solo él era capaz de infundir ánimo y confianza á los soldados, dándoles siempre acertados consejos y usando en toda ocasión de gran tacto y prudencia para manejar la tropa, la cual le obedecía sin replicar y le amaba con idolatría.

A Francisco Cesar debe Antioquia su conquista por su litoral fluvial del Norte, así como por el Sur se la debe á Robledo. Estos dos jóvenes y simpáticos conquistadores fueron, sin embargo, muy desgraciados, y la adversidad, que cortó sus días antes de tiempo, impidió que llegasen á adquirir una fama tan notable como sus méritos y cualidades militares prometían.

Cesar,—que fué llorado por sus compañeros y lamentado por los indígenas, pues no se refiere de él un sólo hecho sanguinario, pero ni siquiera inhumano,—fué tristemente sepultado en Corí. Mas, cuando Vadillo quiso que siguiera camino la tropa, ésta manifestó el mayor disgusto y desaliento; y si al fin logró el Visitador que continuara su marcha, siempre iba con desagrado y con inclinaciones á amotinarse, hasta llegar al Valle del Cauca, en donde se encontraron con las colonias recién fundadas por Belalcázar y Aldana. En Cali se desbandó por entero la Expedición, y mientras unos tomaban servicio bajo Lorenzo de Aldana, Vadillo pasó con otros á Popayán y de allí al Perú, en donde se embarcó para Panamá. En el Istmo le encadenaron y llevaron preso á Cartagena, y de allí pasó á España, donde le pusieron pleito, el cual duró tantos años, que al fin murió en Sevilla, sin que hubiesen sentenciado su causa.

LAZARO FONTE.

I

Lázaro Fonte pertenecía á una familia notable de Cádiz, de origen portugués, quien se dedicó á la marina desde su niñez, y así pasó á Santa-Marta como Capitán de navío, no sabemos en qué año.

En la Expedición conquistadora del Nuevo Reino de Granada parece que se lució en todas circunstancias ; pero las crónicas de la época no mencionan ninguna proeza suya, sino la ejecutada en el sitio de Cajicá. Refieren que, como los Españoles vacilaran sobre si debían atacar á los Indios del Zipa refugiados en una fortaleza que éste tenía en Cajicá, ó si ponían fuego al cercado de madera para obligarles á salir, Lázaro Fonte, que mandaba la vanguardia, hizo alto á alguna distancia del edificio. Mientras que se discutía lo que se pudiera hacer, de repente se abrió la puerta del cercado indígena, y se presentó fuera de él un Indio grande, fuerte y fornido, el que, armado con macana, arco y flechas, empezó á dar grandes y destempladas voces. Fonte, que estaba á caballo, preguntó á los intérpretes qué significaban los ademanes feroces del guerrero muisca, y lo contestaron que, siendo el hombre más valiente de todo el ejército del Zipa, le mandaban á que desafiase á singular combate á cualquier soldado español que quisiese luchar con él cuerpo á cuerpo, burlándose de antemano de la audacia del que aceptase el duelo. El Capitán se sonrió, y metiendo las espuelas á su caballo, en dos vuelos fué á parar cerca del Indio belicoso, y sin darle tiempo, le tomó por los cabe-

llos, le levantó del suelo, como si fuese una pluma, con armas y todo, y le llevó, más muerto que vivo y temblando de temor, hasta el centro del campamento español, en donde le recibieron con estrepitosas carcajadas. Aquella audaz hazafia bastó para que los asombrados indígenas que guardaban la fortaleza se pusiesen en derrota, y huyesen despavoridos, dejando desamparada la posición.

Lázaro Fonte era muy querido entre sus subalternos, y respetado y acatado por los indígenas, quienes veían en él un sér superior y sobrenatural. Pero andando el tiempo, aquella popularidad envaneió por demás al joven Capitán, pues se jactaba de la influencia que tenía en el ejército, hasta el punto de ejercerla más de lo que convenía al orden y disciplina de la tropa. De otra parte, sus brillantes preudas habían despertado la envidia de muchos de sus compañeros, y éstos no tenían embarazo en llevar chismes contra él á Quesada, y envenenar por una parte y por otra las desavenencias que suscitaron entre el caudillo y el oficial. Al fin Quesada, fuera de paciencia, resolvió hacer prender á Fonte, con el pretexto de que había rescatado ocultamente, y para su uso, una esmeralda valiosa, cuando era prohibido que se hiciese ningún negocio con los indígenas, sino en provecho general, para ser repartido entre todos. Aunque no se pudo probar el delito (que por cierto no era muy grave), el General Quesada estaba tan exasperado con Fonte que, sin fórmula de juicio y por sí y ante sí, le condenó á muerte.

Aquella noticia cundió entre la tropa en un momento, y todos corrieron á pedir á Quesada con súplicas y lágrimas que revocase la sentencia. Pero aquellas mismas señales de dolor irritaron más la cólera del General, y mientras más le suplicaban, más aseguraba que Fonte moriría degollado, sin remedio. Al fin encerróse con Quesada el bravo y respetable Gonzalo Suárez Rondón, y fueron tan convincentes las razones que le dió para que no se llevase á cabo la sentencia, que Jiménez de Quesada vino en revocarla, condenando á Fonte á destierro entre los Indios Panches. La alegría que causó la revocatoria de la sentencia se convirtió en pena cuando supieron á dónde debía marchar el misero gaditano; pues aquella conmutación era peor que la

muerte, siendo los Panches tan sanguinarios, que de seguro matarían al Español con la mayor crueldad. Volvieron los principales Oficiales á suplicar á Quesada que cambiase el sitio del destierro de Fonte, y al fin obtuvieron que fuese enviado á Pasca, lugar que dista pocas leguas de Santafé por el lado del Sur, y que estaba poblado por una tribu indígena que no había querido entrar en alianza con los Españoles, pero que se decía era menos feroz que los Panches.

II

Empezaba el año de 1539 cuando Lázaro Fonte salió del caserío de Santafé, acompañado de una escolta que debía dejarle entre los Pascas, y seguido por una india " que le servía, dice Piedrahita, y le había cobrado amor. " Trasmontadas algunas escarpadas serranías, los Españoles avistaron el pueblo de los Pascas, que habían desamparado sus habitantes apenas tuvieron noticia de la aproximación de los invasores, y bajando al caserío, la escolta dejó allí al desterrado y regresó á su campamento.

Asilóse Fonte en una casa con la india que le había seguido, y habiendo llegado la noche se entregó al sueño, aunque con mucho recelo de que regresasen los Indios á su pueblo y al verle allí inerte le matasen. Pero ¡cuál no sería su sorpresa, al clarear el día siguiente, cuando se vió rodeado de Indios que en vez de quererle asesinar le manifestaban con claras señas que le respetaban y le obsequiaban con toda clase de alimentos! Esto era lo que había sucedido: mientras que su amo dormía, la india había salido de la desamparada población, y conociendo el sitio donde estaban ocultos los Pascas había ido á buscarles para darles la noticia de que en su caserío quedaba un *hijo del Sol*, abandonado por los suyos porque se había opuesto, decía ella para agradecerles, á que saqueasen y quemasen la población, como lo intentaban los Españoles; y que entonces, para vengarse de su misericordia, le habían dejado allí, pensando que los Pascas le matarían. Pero, añadía, aquello no lo conseguirían, porque ella tenía la seguridad

de que los Indios nunca podrían ser tan desagradecidos que sacrificasen al mismo que había defendido la población abandonada. Efectivamente, los Pascas no solamente no hicieron ningún mal á Lázaro Fonte, sino que le trataron muy bien y le consideraron al igual que su Cacique.

Treinta días había permanecido Fonte en Pasca, cuando tuvo noticia de que por el otro lado de la serra-
nía oriental avanzaba á marchas forzadas una tropa de hombres que llevaban armas de fuego, caballos y perros. Olvidó al momento el Español el resentimiento que tenía contra Quesada, y resolvió enviarle la noticia para que estuviese sobre aviso. Mandó inmediatamente á los indígenas, que le obedecían como á su caudillo, que le preparasen una piel de venado bien bruñida, y con el color de vermellón que da la *vija* escribió á Quesada en la piel, participándole lo que sucedía y previniéndole para que se apercibiese á defender á todo trance su conquista. Una vez preparada su curiosa misiva, pidió al Cacique un mensajero de toda confianza y le despachó prontamente para Santafé.

Acababa Quesada de tener noticia de la llegada de Belalcázar por el Sur, cuando recibió la *carta* de Fonte, y, muy agradecido del buen comportamiento del Capitán, resolvió perdonarle, alzarle el destierro y enviar á Gonzalo Suárez Rondón á reconocer la tropa que le anunciaba aquél, y acompañarle éste de regreso á Santafé. En Pasca encontró Rondón á la tropa de Federmann que llegaba de Venezuela, y con Fonte y un delegado del General venezolano regresó al campamento de Quesada, en donde fueron recibidos con muchas demostraciones de contento.

Aquí concluyen las noticias circunstanciadas que tenemos del Capitán Fonte. Los cronistas apenas añaden que, habiendo él recuperado la amistad de Quesada, fué nombrado uno de los primeros Regidores de Santafé; pero no permaneció en el Nuevo Reino, sino que pasó al Perú, y al cabo de algunos años murió en la ciudad de Quito. Sin embargo, bastan los dos rasgos característicos que acabamos de narrar, para dar idea clara de lo que fué este hidalgo aventurero, cuya persona está delineada con lucidez en estas pocas pinceladas; y así conocemos mejor su carácter, que el de otros Capitanes más importantes en la historia de la Conquista.

GASPAR DE RODAS.

(COLONIZADOR DE ANTIOQUIA).

I

Gaspar de Rodas era oriundo de la ciudad de Trujillo, en Extremadura; su padre, don Florencio de Rodas, era Alcaide de una fortaleza en la provincia de Algarve, en Portugal, llamada Lote; su madre, de nación portuguesa, se llamaba doña Guiomar Coello; y era natural de Lamego. Gaspar pasó á las Indias en 1540, siendo muy joven y llevando á sus expensas gente armada; lo que prueba que su familia tenía alguna importancia. Después de algunos sucesos desgraciados en el Perú y en el Reino de Quito, en 1541 tomó servicio con Belalcázar, el cual, reconociendo en el joven aventurero cualidades notables, le mandó á que cambiase el sitio de Santafé de Antioquia. Hizo Rodas á satisfacción general; pero habiendo invadido en aquel tiempo dicho lugar las fuerzas del Gobernador de Cartagena, éstas tomaron presos á un teniente de Belalcázar llamado Madroñero y á nuestro Conquistador, y poniéndoles collera y ensartándoles en una cadena les enviaron con escolta á Cartagena, como si fueran unos bandidos.

Felizmente para Rodas, se encontró en la vía con su antiguo amigo Jorge Robledo, quien le hizo poner en libertad y le llevó consigo á Antioquia. Aquél no siguió con Robledo, sino que se quedó en aquella ciudad, en donde tenía propiedades y repartimiento de Indios.

Una vez concluidas las desavenencias entre Belalcázar y Robledo, que terminaron con la muerte de éste, Rodas recibió del Gobernador de Popayán el nombramiento de Teniente general de un enviado que mandaba á Antioquia para que prendiese y juzgase á los que se habían alzado contra Madroñero, y maltratado al mismo Rodas. Pero este noble joven no sólo rehusó participar en aquella venganza, sino que dió aviso secretamente á sus enemigos para que se pudiesen en salvo, lo cual hicieron huyendo hacia Cartagena; y así, con un acto de generosidad pagó la injusticia sufrida de parte de los cartageneros.

Corría el año de 1569 cuando, habiéndose sublevado los naturales de Antioquia contra sus encomenderos, cometiendo muchos desmanes, asesinando á los Españoles, saqueando y talando las casas y sementeras, matando á los negros, mestizos é Indios mansos, la situación de toda la provincia era por extremo alarmante. Súpolo el Virrey del Perú, don Alvaro de Mendoza, encargado entonces de atender á la Gobernación de Popayán, de quien dependía Antioquia, y habiendo averiguado cuál sería el hombre más adecuado para castigar á las tribus alzadas, tuvo informes de las dotes militares y de gobierno que tenía Gaspar de Rodas, vecino respetado, querido y muy acandalado de Santafé de Antioquia, y al momento comisionó á nuestro Conquistador para que acudiese á castigar y calmar aquellas revueltas que traían los ánimos tan desasosegados.

Hacia cerca de treinta años que Gaspar de Rodas se había radicado en Antioquia, y naturalmente ya no era un hombre joven; pero aquella raza de conquistadores era robusta y fuerte, y nada la arredraba: ni los años ni las penalidades que se sufrían en aquellas campañas eran parte á desalentarles; así, pues, Rodas aceptó el honroso cargo con gusto, y se empezó á preparar y convocó á todos sus amigos para que le fuesen á ayudar en su empresa. Acudieron de todas las provincias los amigos del Capitán, y cada día llegaba alguno á la ciudad, á la cabeza de los hombres de armas que había podido reunir, seguido de los negros esclavos que poseía, llevando caballerías, ganados y cerdos que sirviesen para fundar poblaciones en diferentes partes de las tierras que sometiesen. Al fin, después de vencer gran-

des dificultades y hacer abundante acopio de armas y municiones, Rodas salió de Antioquia el 6 de Enero de 1570, llevando cien hombres de infantería, trescientos de caballería, setecientos Indios de servicio, y muchos negros esclavos, cuatrocientas vacas, quinientos cerdos, algunas yeguas y otros animales de cría. Al cabo de pocos días de viaje mandó hacer alto en un sitio llamado Tucuná, en donde fué bien recibido por los naturales. De allí envió descubiertas en diferentes direcciones á tomar lenguas é indagar la situación de ánimo de las tribus circunvecinas.

Rodas deseaba pacificar la tierra sin efusión de sangre, y por este motivo mandó ofrecer la paz y su amistad á los Caciques alzados, á trueque de un acto de sumisión. Pero aquellos bárbaros yá no se dejaban halagar con promesas de amistad, sino que, habiéndose reunido los principales Caciques comarcanos, resolvieron rechazar la oferta de paz, y sin manifestar miedo declarar la guerra á los invasores, enviándoles un mensajero á arunciarla. Efectivamente, una mañana se presentó en el campamento español un indígena de aspecto feroz, cubierto de arabescos, con las armas en las manos, llevando en la frente una corona de oro rodeada de penachos de plumas. Preguntó cuál era el candillo español, y presentándose delante de éste con aire fiero y arrogante, y llamando un intérprete, mandó que le dijese en su nombre estas ó semejantes palabras:

“ Yo soy Yatengo, y vengo en nombre de mi tribu, y en el de todas las demás que habitan estos territorios de Pequí, á decirte que te mandamos que salgas de aquí, si no quieres que te declaremos una guerra cruel y sanguinaria, sin misericordia ni perdón. Pero si esta consideración no te detiene, Capitán español, puedes avanzar al interior del país con tu gente y ganados, que nuestra gente te abrirá anchos caminos para que pases. Mas te prevenimos que vayáis armados con vuestras mejores armas, porque si lográis entrar fácilmente en nuestra tierra, no saldréis de la misma manera.”

Gaspar de Rodas le contestó que no olvidaría su prevención; que su tropa estaba lista para continuar su marcha sin demora, y que, aunque hubiera preferido la paz, él aceptaba la guerra sin temor ninguno. Con esto despidió al mensajero para que fuese á avisar á

los suyos cuál había sido la impresión que habían hecho las amenazas de los Caciques en los invasores.

De allí para adelante, en territorio de los Pequí, Rodas tuvo que sufrir mucho de las hostilidades de aquellas tribus indómitas y valientes. Por todas partes incendiaban los bosques y pajonales para impedir la marcha de los rebaños que llevaban los Españoles, creyendo que con esto entraría la confusión en el campo enemigo y podrían aprovecharse de ella para caerles encima. En otras partes encontraban ardiendo los caseríos y las sementeras, y los habitantes refugiados en las cumbres de los cerros y las peñas, de donde arrojaban dardos y piedras sobre los Españoles, con acompañamiento de espantosa gritaría. Sin embargo, la constancia española al fin venció la mala voluntad de los indígenas: éstos, con la prontitud que caracteriza á todos los pueblos primitivos, se cansaron pronto, y unos se rindieron de grado y otros por fuerza. Pero si se rindieron los naturales á la necesidad, no por eso dejaban de procurar que los invasores abandonasen sus territorios; y conociendo la codicia de los Españoles, ponderaban las riquezas que se encontraban en las tierras más lejanas y ofrecían llevarles á ellas.

Rodas continuaba avanzando y descubriendo países nuevos, pero sin detenerse en ninguna parte. Al cabo de muchos meses de marcha, su tropa, fatigada con una campaña tan larga, le manifestó que su ánimo al emprenderla no había sido hacer descubrimientos estériles, sino colonizar para fundar nuevas poblaciones y utilizar los rebaños que llevaban consigo con tantos trabajos. Obligado por los suyos, al fin Rodas se detuvo en el valle llamado Ituango, y el 10 de Septiembre de 1571 fundó allí una población que llamó San-Juan de Rodas; población que no subsistió. Después de haber sido trasladada á diferentes puntos, fué por último abandonada definitivamente por los Españoles, tanto porque su clima era insalubre, como porque los Indios circunvecinos eran cruelmente belicosos. Cumplido aquel deber, Rodas regresó á Antioquia un año después de haber salido de la población. Allí encontró que el Virey, excitado por los enemigos del Conquistador, había revocado los poderes dados á éste para salir á descubrir y poblar, y nombrado á otro para que se hiciese cargo del gobierno.

II

Durante los siguientes años, Rodas permaneció, sin duda, en Antioquia, ocupado en administrar sus haciendas, hasta 1576, año en que la Audiencia de Santafé le mandó el nombramiento de Gobernador de la Provincia, en reemplazo de Andrés de Valdivia,—que había muerto á manos de los Indios,—con la condición de que castigase severamente á los rebeldes asesinos, y fundase una población española en el sitio más conveniente para que sirviese de núcleo de civilización en aquellos territorios, poblados por naturales siempre deseosos de rebelarse. Rodas se puso en marcha apenas pudo reunir setenta hombres bien armados, y, sin arredrarse, se dirigió á la provincia del fiero Cacique Guarcama, el matador de Valdivia, en un país densamente poblado, dicen los cronistas, y cuyos habitantes eran tan denodados cuanto numerosos.

A medida que se internaba en el país, después de haber pasado el río Cauca, notó que los naturales habían abandonado los llanos y los valles y refugiándose en las altas cumbres de los cerros, aguardando un diluvio que sus hechiceros les habían anunciado en aquellos días, el cual, aseguraban, ahogaría á todos los Españoles, salvándose los indígenas que se guardasen en las peñas más altas de la serranía. Al cabo de seis días de estar retirados en lo alto de los montes, los naturales, viendo que no se cumplía el pronóstico, volvieron á bajar á sus caseríos, y no sólo encontraron que no se habían ahogado los Españoles, sino que tranquilamente poseían los bienes de aquéllos.

Al fin Rodas llegó al valle de San-Andrés, el sitio donde había perecido Valdivia, y al momento empezó á hacer diligencias para apresar á los caudillos de la insurrección, lo cual llevó á cabo usando de perfidias que mancharon su carácter. Cuando tuvo á los Caciques en su poder, les hizo bautizar, antes de ahorcar á unos y mutilar á otros, haciéndoles cortar las orejas, las manos y los dedos de los pies. (1) Una vez pacificado,

(1) Aquellas mutilaciones que hoy día nos horrorizan, no solamente las usaban los Españoles con los indígenas, como creen algunos, sino que eran la manera con que se

ó más bien humillado el país, Rodas se ocupó en fundar un pueblo que sirviera de núcleo para proseguir en la conquista y sumisión de aquellas tribus. Llamó la nueva ciudad como una de Extremadura en España: Cáceres, estableciéndola en una loma limpia y bien situada, en el mismo lugar en que los indígenas habían matado á Valdivia (2).

Después de repartir las tierras y los Indios comarcanos entre los treinta soldados que más se habían señalado en la campaña, Rodas regresó á Antioquia. Al cabo de poco tuvo noticia de que, á pedimento de algunos oficiales, la Audiencia de Santafé había alterado sus disposiciones relativas á la nueva colonia, y entonces resolvió pasar al Nuevo Reino, llevando consigo documentos fidedignos con los cuales le sería fácil defenderse del cargo de injusticia que se le hacía. En Santafé no solamente fueron confirmadas de nuevo sus disposiciones, sino que el Gobierno le nombró para que fuese á sujetar á los Guallés, que se habían alzado y cometido algunos desmanes. Rodas salió de la ciudad de Santafé inmediatamente, á la cabeza de ciento diez hombres armados, y en menos de tres meses sujetó á los Indios alzados y tranquilizó á los colonos de Mariquita (Marquetá), que vivían en continuos alarmas.

Una vez cumplidas estas órdenes, Rodas regresó á Antioquia, en donde se necesitaba urgentemente su presencia; pues los indígenas, aprovechándose del gobierno débil y descuidado de los que mandaban en nombre del Gobernador, tenían preparada una vasta conspiración que estaba á punto de estallar. Rodas impidió, en unas partes por medio de la fuerza y en otras apelando á la prudencia y la misericordia, que se pronunciasen los conjurados; y en seguida preparó una expedición conquistadora que recorriese los territorios más poblados y después de sujetar á los indígenas, fundase una ciudad española que fuera el centro

acostumbraba entonces castigar á los criminales en Francia, Italia, Inglaterra, Alemania y demás naciones europeas.

(2) La ciudad de Cáceres, de Antioquia, ha sido fundada tres veces en diferentes partes. Al presente se encuentra en la margen oriental del río Cauca, á 200 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura de 26 gr. cent., y tiene poco más ó menos mil habitantes.

de la civilización de aquellas provincias. Acaudillando él mismo la expedición, sin acordarse de los años que contaba, que serían más de sesenta, Rodas resolvió empezar su correría por el lado del valle de Aburrá (hoy día Medellín), y quiso allegar la buena voluntad de los indígenas, usando de medidas suaves y humanitarias. Prohibió con severas penas que quitasen por la fuerza sus haberes á los naturales, y que jamás recibiesen de ellos cosa alguna, sin ofrecerles en cambio algunos de los efectos de Castilla que más apreciasen. Deseaba el Gobernador que los Indios se acostumbrasen á traficar con oro, y de esta manera inducirles á que voluntariamente trabajasen en buscarlo para los Españoles, sin que á éstos costase gran cosa conseguirlo. (1).

Habiendo encontrado un sitio ameno en las orillas del río Porce, Rodas fundó allí, en 1581, una ciudad española que llamó Zaragosa de las Palmas, sitio poblado con más de dos mil indígenas expertos en el arte de lavar el oro corrido que abundaba en aquella tierra. Pero si el país era bello y rico, también era tan extremadamente insalubre, que al llegar allí todo extranjero á pocos días enfermaba de muerte, y sólo unos pocos se salvaban. Al presente Zaragoza está situada sobre el río Nechí, sitio más propio para el comercio, por ser aquel río navegable hasta el Cauca; pero su clima no es menos deletéreo que el de la antigua fundación de Rodas. Así, poco ha adelantado, y hoy día apenas cuenta poco más de dos mil seiscientos habitantes. Se halla á 205 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura de 27 gr. cent.

Concluída esta fundación, Rodas regresó á Antioquia, en donde volvió á tomar las riendas del gobierno, las que tuvo en sus manos aún por largos años; muriendo al fin, —no sabemos fijamente en qué fecha, — muy anciano y respetado por todos los colonos y habitantes de su patria adoptiva.

(1) "Esta política surtió el mejor efecto, y en breve, en los juegos de suerte á que eran tan aficionados los Españoles corrían en el campamento hasta veinte mil pesos de oro, pues los Indios daban setenta pesos por una hashá, seis por una aguja, y todo en esta proporción; pero de lo que se mostraban más ansiosos era de la sal: por una libra daban treinta pesos de oro."

ANTONIO DIAZ CARDOSO.

I

Uno de los conquistadores subalternos cuyo nombre se encuentra á cada paso en las crónicas de la Conquista, es el Capitán Antonio Díaz Cardoso. Era natural de Santa-Comba, en Portugal, y pertenecía á una familia conocida de aquel lugar. Habiendo pasado á la isla de San-Miguel, en las Azores, se casó con Felipa Almeida, oriunda de aquel lugar. Pero, sin duda, aguijoneado por el deseo de hacer fortuna, pasó á España y tomó servicio en el ejército español, yendo en seguida á Indias como Capitán de jinetes y sirviendo en Santa-Marta en todas las facciones que ocurrieron allí desde 1529 en adelante.

Durante la gobernación de García de Lerma, éste le envió con su sobrino, Pedro de Lerma, á recorrer la tierra adentro, y descubrió muchos territorios del Valle-Dupar y Zazari hasta el Magdalena. Para premiarle sus servicios, le dieron un repartimiento de Indios de alguna consideración en el Valle-Dupar. En 1532 Cardoso obtuvo del Gobernador Infante licencia para acaudillar varias expediciones, con el objeto de someter los Indios Pocigueicas y los habitantes de la provincia de las Argollas. En aquellas campañas hizo prodigios de valor, hazañas dignas de un antiguo paladín, asombrando á los indígenas con su audacia y sometiéndoles después con actos de generosidad. Durante una correría por las márgenes del Magdalena, Cardoso logró prender á dos Caciques notables, á los cuales trató como á amigos, y en seguida les puso en libertad,

cargándoles de dádivas y obsequios y apaciguando con esta conducta el odio que habían jurado á los Españoles. De la misma manera acalló la mala voluntad que los feroces Chimilas tenían á los Europeos; y volvió al fin á Santa-Marta, en 1534, con un rico botín que había costado poca sangre, lo que rara vez sucedía entonces.

Acompañó al Gobernador Pedro Fernández de Lugo en sus entradas al interior de la provincia de Santa-Marta, y por último tomó parte en la expedición exploradora que capitaneó Gonzalo Jiménez de Quesada y que tuvo por resultado la conquista del rico reino de los Chibchas. Durante aquella penosísima campaña, Cardoso nunca se desalentaba, y con su ejemplo infundía brío y esperanza á sus subalternos, porque sufría con ellos las mismas penalidades, vivía como ellos y caminaba á pie, combatiendo como simple soldado. Este Capitán fué el que con Antonio de Olalla descubrió el país casi civilizado que vieron como un panorama encantador desde la cumbre de la sierra de Opón. Siempre en primera línea cuando había peligro, Cardoso participó en todas las expediciones más arriesgadas, y en unión del Capitán Valenzuela descubrió las minas de esmeraldas de Somondoco. Fundada la ciudad de Santafé de Bogotá, obtuvo solar en la segunda cuadra de la calle de San-Miguel, abajo de la Plaza Mayor.

Gerónimo Lebrón le remitió preso á España, acusado por sus émulos de haber tratado mal á los Indios de sus repartimientos de Suba y Tuna, en el distrito de Santafé; pero como se habo sincerado de aquellos cargos, quedó libre, y pasando por San-Miguel recogió allí á su mujer y á sus hijas Isabel y Marquesa, y las trajo al Nuevo Reino, estableciéndose definitivamente en Santafé.

Cardoso fué siempre muy acatado y respetado por los colonos; y dice Quesada, en su "Relación sobre los Conquistadores y Encomenderos," "que tenía harto bien que comer en un repartimiento que tiene llamado Suba y Tuna en que había nuevecientos ó mil Indios." Probablemente por este motivo su nombre no vuelve desde entonces á figurar en las crónicas contemporáneas, y no sabemos la fecha de su muerte, como tampoco la de su nacimiento.

PEDRO CIEZA DE LEON.

(CONQUISTADOR Y ORONISTA).

I

El tipo de Cieza de León es uno de los más interesantes y curiosos que registran los anales del siglo XVI, y una prueba de la gran fuerza moral y física de que disponían aquellos asombrosos Conquistadores. Casi todos los datos que tenemos de Cieza de León los hemos tomado del erudito Prólogo que escribió el señor Marcos Jiménez de la Espada, en la parte de las obras de Cieza que se ha publicado en Madrid, en la colección de la *Biblioteca Hispano-ultramarítima*.

Cieza era, como casi todos los más famosos conquistadores de América, extremeño, nacido en Llerena, se infiere que en 1518. Pasó á las Indias siendo muy joven: algunos dicen que de trece años, pero tendría más, puesto que el primer lugar á donde arribó fué Cartagena, y las primeras aventuras propias que menciona fueron en las expediciones á que acompañó á los Heredias en aquella provincia, de 1535 para adelante.

Cieza fué soldado del Visitador Vadillo, y militó bajo sus banderas cuando éste emprendió aquella famosa jornada por el Atrato arriba hasta llegar al valle del Cauca; jornada que ya se ha referido al hablar de Francisco Cesar, que murió en ella. Desbandada la expedición de Vadillo en Cali, Cieza tomó servicio bajo las órdenes de Jorge Robledo, al empezar el año de 1539, y fué amigo fiel de este desgraciado conquista-

dor, hasta su muerte. Con él ayudó á fundar la villa de Santa-Ana de los Caballeros (hoy día Anserma), y la de Cartago, en 1540, en donde parece que permaneció algún tiempo.

Aunque nada se sabe de la familia y posición social de Cieza, sin duda había recibido buena educación antes de salir de su patria, puesto que, estando en Cartago, se le ocurrió escribir la relación de sus viajes y aventuras. "Sin una esmerada educación, dice Acosta, no se podría explicar ni la amenidad de su estilo, riqueza de las descripciones, ni, sobre todo, los sentimientos de humanidad que manifiesta hablando de los indígenas, en época en que este modo de pensar no era común."

No obstante su trabajo de pluma, Cieza de León nunca descuidaba sus faenas militares; así, acompañó á Robledo en todas sus correrías de descubrimientos, en calidad de soldado, y como amigo se fué con él á través de toda la provincia de Antioquia hasta salir al golfo de Urabá, con el objeto de embarcarse para España á pedir la gobernación de los países conquistados por él. En San-Sebastián de Buena-Vista, Cieza cayó prisionero de los Heredias con su caudillo; pero mientras que Robledo era remitido á Castilla, nuestro cronista logró que le dejasen partir libremente para el Istmo, llevando encargo del conquistador de Antioquia de defender su causa ante la cancillería de Panamá. Una vez cumplido este encargo, Cieza regresó á Popayán por la vía del Pacífico, y tomó servicio bajo Belalcázar; éste le concedió repartimiento en la villa de Arma y encomiendas de alguna importancia en aquel distrito. Allí volvió á tomar la pluma y se ocupó hasta 1545 en escribir cuantas noticias tenía de la tierra, de las costumbres y de cuanto sucedía en el país. Belalcázar le llamó otra vez á la vida militar hacia fines de 1545, con el objeto de ir á socorrer al Virey del Perú, Blasco de Núñez; pero en la vía tuvo noticia Cieza de la aproximación al Valle del Cauca de su antiguo caudillo y querido amigo Jorge Robledo, nombrado Mariscal en España, y dejando á Belalcázar se devolvió con el fin de irse á juntar con aquél. Según se colige de sus Crónicas, Cieza procuró disuadir al Mariscal de sus ambiciosos planes; pero como no pudiera lograrlo, resolvió co-

rrer la misma suerte que su amigo y se puso bajo sus órdenes. Durante todas aquellas penosas campañas, refiere Cieza que, mientras en la noche descansaban los soldados de sus faenas, él se estaba levantado hasta tarde, escribiendo el diario de lo que había sucedido. Sin embargo, nuestro cronista no tuvo el dolor de presenciar la muerte de Robledo, pues éste le había dejado en Arma con el objeto de que le enviara todos los recursos posibles al campamento de la Loma del Pobo.

Temeroso Cieza de que Belalcázar se vengase de su lealtad al Mariscal, apenas tuvo noticia de la muerte de su caudillo, abandonó su casa y encomiendas y fué á buscar asilo en una cercana mina, en donde permaneció hasta que el Gobernador (ó por su orden) le mandó que compareciese en Cali. Pero vanos habían sido sus temores, porque en 1547 estaba viviendo en Arma tranquilamente, entregado á sus quehaceres campestres y de pluma. A mediados de aquel año, habiendo pasado á Cartago, tuvo Cieza noticia del famoso bando del Presidente La Gasca, en el cual invitaba á todos los Españoles de Indias á que fuesen á servir en el Perú, "no por premio," sino por lealtad al Rey. Sin duda el D^e León estaba ya hostigado de la vida casi salvaje que debía de llevar en aquella colonia, y aprovechándose con gusto de la partida de Belalcázar para ir á socorrer á La Gasca, partió también para el Perú. Se halló en la jornada de Xaquijagnana y en el castigo de Gonzalo Pizarro, y luego pasó á Lima, en donde empezó á escribir una Crónica relativa á la historia peruana. Súpolo La Gasca, leyó y aprobó lo que había escrito el joven soldado de Belalcázar, y además, le nombró oficialmente *Cronista de las Indias*, ofreciéndole todos los recursos que necesitase en el país y facilitándole los papeles y documentos reservados que tenía. La Gasca hacía escribir, ó escribía personalmente, todas las noches, un diario de lo que había ocurrido en el día; diarios que aún se conservan en los archivos de España. Túvulos Cieza á la vista cuando escribió sus Crónicas del Perú, así como todos los documentos anteriores á la Conquista que pudo reunir, y todos los papeles oficiales de la Colonia; y viajó por todo el país con el objeto de observar los monumentos é interrogar á los Indios viejos acerca de las antiguas costumbres de los Incas.

En 1550 nuestro cronista entregaba al Virey del Perú la primera parte de su *Crónica*, y daba la última mano á la tercera y hasta la mitad de la cuarta. Al fin del mismo año se embarcaba con sus preciosos manuscritos para irlos á publicar en España. Mientras que mandaba á la prensa la primera parte de su obra, se ocupaba en escribir dos obras más: "Libro de las cosas sucedidas en las provincias que confinan con el mar Océano," y una "Historia de la Nueva España." Pero no se sabe si las concluyó, porque aunque habla de ellas en sus prólogos, no han parecido hasta el presente.

Una vez en su patria, Cieza de León vuelve á la oscuridad. Acaso por ser hombre de guerra y de pluma, y nada de corte, no logró el favor de los grandes y fué mirado con desdén por el Gobierno. Apenas logró que se publicase en Sevilla la primera parte de su *Crónica* (1553): las demás cayeron en el olvido, de donde las exhumó el cronista don Antonio de Herrera para aprovecharse de ellas, sin mencionar el nombre del autor; engalanándose así con plumas ajenas para cosechar laureles que debieron ser de otro. Cieza de León murió en 1560, pero no se sabe en qué fecha. El señor Marcos Jiménez de la Espada, que ha revivido la fama de Cieza de León, con infatigable erudición, refiere que tan mala suerte tuvo nuestro cronista, aun en los tiempos modernos, que la "Relación de la sucesión y gobiernos de los Incas y otras cosas tocantes á aquel reino" (que forma la 2.^a parte inédita de sus obras) fué atribuída por Prescott á aquel á quien Cieza la dedicó,—don Juan de Sarmiento, Presidente del Consejo de Indias,—por culpa de un escribiente, que al copiarla puso *por* en lugar de *para*.

Según el señor Espada, la obra de Cieza "es la más concienzosa y más completa que se ha escrito de las regiones sur-americanas." Dice que se manifestó geógrafo, naturalista, etnógrafo, historiador y sabio observador de cuanto vió y oyó decir en esa tierra virgen; fué filósofo, prudente, juicioso y sano en sus principios; enérgico, perspicaz, activo y laborioso. Conoció personalmente á la mayor parte de los Conquistadores, y, por consiguiente, puede decir la verdad de todos ellos. Su lealtad al Rey era tal, que jamás disculpaba á los que llegaban á desobedecer á sus mandatos, aun-

que éstos fuesen injustos: "Lealtad al Rey (dice el señor Espada) significaba entonces lo que hoy significa el honor, y el rebelarse contra su voluntad augusta y sacra, ser traidor á la patria, cuyo símbolo era la corona." Aunque llegó hasta aplaudir las crueldades de los realistas para con los Españoles rebelados, tué fan imparcial con los indígenas, que Prescott le elogia por sus juicios, siempre benévolos acerca de las razas indígenas, diciendo que si en Cieza "no se descubre la flama abrasadora del misionero, sí se encuentra el rayo generoso de la filantropía, que envuelve tanto al conquistador como al conquistado, considerádoles hermanos."

Repetimos que el tipo de Cieza es muy interesante, porque muestra á las claras, una vez más, que todos los Conquistadores no eran como les pintan muchos: soldados ignorantes é inhumanos; sino que frecuentemente se encontraba entre ellos, no solamente caballeros hidalgos, sino también letrados, eruditos y hombres de ciencia y de altos principios de humanidad.
